

19

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

COMUNICACION NO VERBAL EN LA ENSEÑANZA Y
APRENDIZAJE DEL CUERPO FEMENINO.

RELACION MADRE-HIJA. CINCO HISTORIAS DE VIDA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION

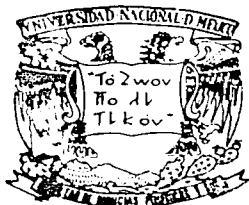
P R E S E N T A :

IVONNE REBECA CERVANTES CORTE

ASESORA: MTRA. ELVIRA HERNANDEZ CARBALLIDO

MEXICO, D. F.

OCTUBRE 2002





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para:

Rebeca Corte, mi madre, sabia pedagoga de lo no verbal. Tú me enseñaste que, a veces, las palabras no son necesarias. Y tampoco los títulos.

Maribel Cervantes, mi hermana, por tu ejemplo de fuerza y resistencia. Porque abriste la brecha que yo seguí.

Angela Alfarache, compañera de la vida, por todo el apoyo, el conocimiento, la experiencia, las horas de trabajo y de inspiración. Por ser un *Ángel de Luz*.

Gracias,

J., porque un día hiciste que todo coincidiera.

Federico del Valle, porque ese día nos volvimos a encontrar, y desde entonces no dejaste de insistir.

Elvira Hernández Carballido, por mostrarme el campo de estudio de la comunicación no verbal: mi pasión más reciente, y acompañarme paso a paso en esta investigación.

A las cinco mujeres que me permitieron entrar en los espacios más íntimos de sus historias de vida. Gracias por su confianza y su tiempo. Por toda la sabiduría que me regalaron.

César Velasco, qué decir... Por todo.

INTRODUCCIÓN	2
1. COMUNICACIÓN NO VERBAL	9
1.1 CONTEXTO HISTÓRICO	9
1.2 BAGAJE TEÓRICO	15
1.3 ENFOQUE DE GÉNERO	29
2. SEXUALIDAD FEMENINA	37
2.1 APROXIMACIONES A LA SEXUALIDAD FEMENINA	38
2.2 TEORÍA FEMINISTA	46
2.3 RELACIÓN MADRE-HIJA	64
3. COMUNICACIÓN NO VERBAL Y SEXUALIDAD FEMENINA	72
3.1 KARINA	72
3.2 INDIRA	89
3.3 IRIS	105
3.4 ANDREA	121
3.5 ELENA	138
4. ANÁLISIS	159
CONCLUSIONES	189
BIBLIOGRAFÍA	195

INTRODUCCIÓN

En la construcción de la sexualidad femenina (enseñanza y aprendizaje del cuerpo, relación madre-hija) intervienen procesos de transmisión y recepción de mensajes explícitos e implícitos, codificación y decodificación, elaboración de significados, retroalimentación... En suma, procesos de comunicación verbal y no verbal.

La presente investigación se centra en la comunicación no verbal, tomando en cuenta que una parte importante de la transmisión y recepción de mensajes sobre sexualidad, entre madres e hijas, ocurre a través de códigos no verbales: gestos, miradas, tonos de voz, silencios, pausas, movimientos corporales... "La madre descubre a la hija tocándose y explorándose la vagina... Con una mueca de desagrado, le aparta la mano." (Friday, 1983:20)

Asimismo, cuando la transmisión y recepción de mensajes ocurre en términos verbales, una parte considerable de su significado viaja a través de formas no verbales.

"Ray Birdwhistell, reconocido investigador de este tipo de comunicación [no verbal] señala que 'en una conversación entre dos personas, sólo el 35% del mensaje oral se transmite por medio de las palabras; el restante 65% se comunica por medio de la comunicación no verbal, esto significa, la forma en que hablan, se mueven, gesticulan y manejan las relaciones espaciales' " (McEntee, 1996:184)

"Mi madre nos había regañado a mis hermanas y a mi por tocarnos 'allá abajo'. Lo consideraba dentro de la misma categoría que hurgarse la nariz o echarse un pedo. Recuerdo el gesto de su cara." (Wallace, 1985:14-15; en Alfarahe, 2000:99)

En la enseñanza-aprendizaje de la sexualidad femenina, este 65% de comunicación no verbal transmite todo aquello que ni madre ni hija son capaces de verbalizar: culpa, deseo, vergüenza, miedo, angustia, placer, aceptación, rechazo...; todos los sentimientos y emociones que ambas experimentan hacia su propio cuerpo y el de la otra.

"A mi madre siempre le he mentado. Y ella a mí. ¿Qué edad tenía yo cuando aprendí su lenguaje, cuando aprendí a llamar las cosas por otros nombres? ¿Cinco, cuatro años? ¿Era tal vez más pequeña? Su negativa, al enfrentarse con algo que no podía decirme, que su madre a su vez no había podido decirle a ella, y sobre lo cual la sociedad nos había ordenado a ambas que guardáramos silencio, entorpece todavía hoy nuestra relación." (Friday, 1983:15)

Por lo anterior, el presente trabajo sostiene como hipótesis principal que la comunicación no verbal desempeña un papel fundamental en el proceso de enseñanza y aprendizaje del cuerpo femenino, que tiene lugar entre madres e hijas.

En nuestra cultura, la relación madre-hija es de central importancia en la construcción de la sexualidad femenina, dado que influye como ninguna otra en la formación de la percepción que la niña tiene de sí misma y de su cuerpo.

La madre es quien nombra, designa, aprueba o rechaza —con un gesto, una mirada, una entonación— la relación que la niña establece con cada parte de su cuerpo. Es ella, en pocas palabras, quien transmite a la pequeña lo que significa ser mujer, cómo debe portarse y lo que se espera de ella. "No se nace mujer; llega una a serlo." (Beauvoir, 1986:13)

Dicha transmisión y recepción de saberes (mensajes) ocurre, entre madres e hijas, a través de formas explícitas e implícitas (verbales y no verbales). Entre los mensajes verbales están, por ejemplo:

"no tocar el cuerpo por el sólo placer de hacerlo; tocar el cuerpo únicamente para limpiarlo, vestirlo y embellecerlo (embellecimiento que, desde luego, no es para la niña misma, sino para algún otro: el padre, las visitas, la familia, las maestras). En la infancia estas normas y reglas son emitidas por la madre generalmente en forma de regaños y amonestaciones." (Alfarache, 2000:103)

Los mensajes no verbales, a su vez, pueden ser agrupados bajo lo que algunas teóricas del feminismo (Friday, Ussher, Lagarde, Alfarache) denominan: el silencio materno.

Tanto el silencio materno como la relación madre-hija (elementos importantes en la construcción de la sexualidad femenina) han sido abordados —para su estudio, análisis, comprensión— por mujeres feministas, desde diferentes disciplinas: antropología, sociología, psicología, sexología y, en menor grado, comunicación; esto, no obstante que:

- 1) en la enseñanza y aprendizaje del cuerpo (construcción de la sexualidad femenina), relación madre-hija, intervienen procesos de transmisión y recepción de mensajes verbales y no verbales, codificación y decodificación, elaboración de significados, retroalimentación...; todos ellos, elementos de la comunicación humana, y, por ende, factibles de ser analizados desde la perspectiva de la ciencia de la comunicación.
- 2) el silencio materno —protagonista en la transmisión de saberes madre-hija— es, en términos de esta ciencia, comunicación no verbal; y, por tanto, susceptible de ser analizado con la ayuda de herramientas teórico-prácticas que, investigadores de la comunicación no verbal, han desarrollado.

De igual manera, planteo que llevar un tema como éste al campo de la ciencia de la comunicación, motivará a que se generen más trabajos de investigación con perspectiva de género, al interior del mismo.

En este contexto, y a fin de analizar la importancia de la comunicación no verbal en la construcción de la sexualidad femenina, elaboré cinco historias de vida a partir de entrevistas con cinco mujeres profesionistas, egresadas de la carrera de ciencias de la comunicación, en edad adulta (25 años en adelante), conscientes de la presencia de la comunicación verbal y no verbal en su propia educación sexual.

Las historias de vida están estructuradas en tres etapas:

Infancia: descubrimiento del cuerpo, juego, placer. Mensajes no verbales relacionados con la existencia de los genitales femeninos.

Adolescencia: desarrollo de los pechos, menarquia, autoerotismo, vinculación erótico-afectiva, reproducción; mensajes no verbales utilizados en la transmisión de dichos cambios.

Adulthood: Relaciones erótico-afectivas: homo, hetero, bisexuales. Un cuerpo para otros. Maternidad. Mensajes maternos no verbales sobre todo lo anterior, y lo que debe ser una mujer que busque realizarse como tal.

He analizado las historias de vida a partir de un bagaje teórico que combina, por un lado, los conocimientos generados por investigadores de la comunicación no verbal: Birdwhistell, precursor del estudio de los movimientos corporales y los gestos (kinésica); Hall, investigador del lenguaje silencioso o proxémica, y Trager, estudioso del paralenguaje; además de otros autores como Argyle, Watzlawick, Ekman y Friesen, Knapp, McEntee, Davis... Por otro lado, están los conocimientos generados por investigadoras feministas, como Lagarde, Friday, Alfarache, entre muchas otras, quienes han estudiado, desde una perspectiva de género, la construcción de la sexualidad femenina y las relaciones madre-hija. De igual manera me serví de mi propia historia de vida, de mi condición de mujer y de mis conocimientos como egresada de la carrera ciencias de la comunicación, para efectuar el análisis.

Ahora bien, en relación con las entrevistas, es necesario comentar que las dos primeras fueron videograbadas (con previa autorización de las informantes), pues,

tratándose de comunicación no verbal, estimé necesario tener un registro visible del lenguaje corporal de las mujeres entrevistadas, a fin de analizarlo posteriormente. Sin embargo, la presencia de la cámara de video actuó como obstáculo para la libre y relajada narración de sus historias de vida; en el caso de Karina, por ejemplo, no fue sino hasta que apagué la cámara¹, que empezó a hablar abiertamente de la relación con su madre. Andrea, por su parte, intentando controlar su nerviosismo, recurrió, inconscientemente, a una serie de poses y actuaciones que imprimieron un toque falaz a los primeros momentos de la entrevista. Además, las cinco mujeres del grupo muestra solicitaron que los vídeos *no* fueran expuestos ante ningún público, y yo tenía contemplado presentarlos como apoyo en el examen oral; así que decidí renunciar a la idea, y a la videograbación de las entrevistas restantes.

No obstante, las cinco mujeres entrevistadas accedieron a narrar sus historias de vida en presencia de una grabadora, y a que yo tomara notas cada vez que lo considerara necesario. La toma de notas me permitió registrar algunos códigos de su lenguaje corporal que, posteriormente, utilicé en el análisis.

La recreación de las historias de vida (transcripción de casetes) fue hecha con todo rigor, respetando el estilo narrativo de cada entrevistada —uso de muletillas, interjecciones, pausas, expresión de emociones: llanto, risas; por considerarlos parte de su paralenguaje—, y tomando como guía la estructura antes mencionada. En la narración final, eliminé solamente los pasajes que se alejaban considerablemente de los objetivos de la presente investigación:

¹ Porque se me acabó la cinta... ¡afortunadamente!

- 1) Destacar la importancia de la comunicación no verbal.
- 2) Analizar la sexualidad femenina para detectar la presencia de mensajes no verbales.
- 3) Recuperar cinco historias de vida que enfatizen la importancia de la comunicación no verbal en la construcción de la sexualidad femenina

Finalmente he estructurado el trabajo en cuatro capítulos:

En el primero, expongo brevemente la historia de la investigación en comunicación no verbal: orígenes, avances y difusión, ubicándola en el contexto general de los estudios sobre comunicación humana. Posteriormente hago un resumen de los conocimientos que, en esta materia, han generado los principales investigadores: definiciones, clasificaciones, funciones, modalidades; y, por último, retomo tres de estas modalidades: kinésica, proxémica y paralingüística, pero esta vez desde una perspectiva de género, tomando en cuenta que la comunicación —verbal o no verbal— es un proceso que implica a mujeres y hombres.

El segundo capítulo está dedicado a la sexualidad femenina. Parto de la teoría freudiana por considerarla una especie de principio detonante, que, en los albores del siglo pasado, revolucionó los conceptos sobre sexualidad, en general, y sexualidad femenina, en particular. En seguida, presento un breve resumen de los conocimientos generados por investigadoras feministas, desde diferentes campos de estudio: la antropología, la sociología y el psicoanálisis; y con una perspectiva de género. Para terminar, profundizo en el aspecto de la relación madre-hija, argumentando que es ésta

una de las relaciones pedagógicas más importantes en la construcción de la sexualidad femenina.

En el capítulo tercero, presento las historias de vida de cinco mujeres (cuyos nombres han sido cambiados), quienes accedieron a compartir sus experiencias de vida —a veces dolorosas, a veces gozosas— relacionadas con su sexualidad, erotismo, culpa, vergüenza, temor, y con los mensajes no verbales que recibieron de sus madres al respecto. Las historias de vida tienen como hilo conductor tres etapas del ciclo vital: infancia, adolescencia, vida adulta; y están narradas en primera persona con la intención de que sean las propias mujeres quienes hablen de ese mundo —generalmente silenciado— de la sexualidad femenina.

En el capítulo cuatro, hago un análisis del papel que desempeña la comunicación no verbal —kinésica, proxémica, paralingüística, artifactual— en el proceso de enseñanza y aprendizaje de la sexualidad femenina, relación madre-hija; tomando como base la teoría expuesta en los primeros capítulos y las cinco historias de vida del grupo muestra. Centro la atención, especialmente, en las dos primeras etapas del ciclo vital: infancia y adolescencia, dado que en ellas se hace más evidente la labor pedagógica materna.

1. COMUNICACIÓN NO VERBAL

La investigación en comunicación no verbal tiene un origen, desarrollo y auge.

En el presente capítulo se expone brevemente la historia de ese proceso de búsqueda, su inicio, avance y propagación, ubicándolo en el contexto general de lo que ha sido la investigación sobre comunicación humana. En seguida, se presenta un resumen del bagaje teórico que los estudiosos del lenguaje no verbal han generado: definiciones, modalidades, clasificaciones, códigos, funciones... Y, finalmente, un análisis, desde una perspectiva de género, de ese intercambio de información mediante mímica, gestos o movimientos corporales, denominado comunicación no verbal.

1.1 Contexto histórico

"Siempre ha existido el lenguaje no verbal", afirma el profesor José Lorenzo García².

"El brazo en alto de la época clásica, el saludo romano, significaba amistad, paz y progreso. El brazo en alto con la palma abierta, como demostrando que en ella no había arma alguna, nada que ocultar, significaba el haber alcanzado un grado de progreso, bienestar, felicidad y libertad, hasta entonces impensable salvo bajo la romanización. En el mundo árabe, en lenguaje no verbal, el equivalente a nuestro apretón de manos heredado de roma, consiste en llevar los dedos en secuencia al pecho, los labios y a la frente... Napoleón saludaba y premiaba a sus granaderos tirándoles de una oreja, gesto que al parecer copió de Julio César." (Lorenzo, 2000:11)

² José Lorenzo García, Licenciado en Filosofía y Letras y Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid.

Sin embargo, el interés por este tipo de lenguaje surgió, entre los estudiosos de la conducta humana, a principios del siglo XX. Algunos psicólogos, por ejemplo, realizaron experimentos sobre las expresiones del rostro y sus capacidades comunicativas. Los antropólogos, a su vez, señalaron que la forma de mover el cuerpo, la expresión corporal, no es casual o fortuita, sino que se aprende lo mismo que una lengua. En 1921, Edward Sapir hizo la siguiente observación:

"Respondemos a los gestos con especial viveza y se podría decir que conforme a un código que no está escrito en ninguna parte, que nadie conoce pero que todos comprendemos." (Davis, 2000:17)

Por su parte, Mark L. Knapp, estudioso del tema, plantea que la investigación en comunicación no verbal tiene algunos precedentes importantes.

"En efecto, *The Expression of Emotion in Man and Animals*, de Darwin, que vio la luz en 1872, ha ejercido una gran influencia en el estudio moderno de las expresiones faciales; *Psique y Character*, de Kretschmer, en 1925, y *The Variations of Human Physique*, de Sheldon, en 1940, sentaron las bases del trabajo acerca de los tipos corporales; y el libro clásico de Efron, *Gesture and Environment*, de 1941, introdujo modos innovadores de estudiar el lenguaje del cuerpo, estableció el importante papel de la cultura en la formación de muchos de nuestros gestos y fijó un marco para la clasificación de los comportamientos no verbales que sigue influyendo en las investigaciones de hoy día." (Knapp, 1999:10)

A finales de los años cuarenta, un grupo de investigadores —provenientes de disciplinas tan diferentes como la antropología, la psiquiatría, la sociología, la etología y la psicología— realizaron los primeros estudios sistemáticos sobre conducta no verbal; elaboraron programas de investigación, y trazaron las primeras líneas de un futuro marco teórico. Este grupo —conocido como "el colegio invisible" o la "escuela de 'Palo Alto' (por el nombre de la pequeña ciudad del sur de las afueras de San Francisco)" (Mattelart, 1997:47)— estaba conformado por los antropólogos Gregory Bateson, Ray Birdwhistell, Edward T. Hall; el sociólogo Erwin Goffman y el psicoterapeuta Watzlawick, entre otros.

En esos años, los investigadores de Palo Alto también se manifestaron en contra de una teoría que estaba causando gran influencia, o en palabras de Mattelart (1997:47), "que se estaba imponiendo como referencia maestra" entre las escuelas y corrientes, ocupadas de estudiar la comunicación humana. Se trata de la teoría matemática del ingeniero electrónico Shannon, publicada hacia 1948, que conceptualiza al proceso de comunicación como una línea recta entre un punto de partida y un punto de llegada.

"En este esquema lineal en el que los polos definen un origen y señalan un final, la comunicación se basa en la cadena de los siguientes elementos constitutivos: la *fuerza* (de información) que produce un mensaje (la palabra por teléfono), el *codificador* o emisor que transforma el *mensaje* en signos a fin de hacerlo transmisible (el teléfono transforma la voz en oscilaciones eléctricas), el *canal*, que es el medio utilizado para transportar los signos (cable telefónico), el *descodificador* o receptor, que reconstruye el mensaje a partir de los signos, y el *destino*, que es la persona o la cosa a la que se transmite el mensaje." (Mattelart, 1997: 42)

Según Shannon, el problema de la comunicación consiste en lograr —de manera eficaz y al menor costo posible— la transmisión de un mensaje; para lo cual, es necesario asegurar el buen funcionamiento de los elementos del proceso: emisor y receptor, sin preocuparse del sentido que éste de al mensaje o la intencionalidad de aquél.

Al respecto, los investigadores del "colegio invisible" —estudiosos de las interacciones simbólicas y la comunicación interpersonal— argumentan que "el proceso de comunicación debe ser descrito, estudiado, analizado en las ciencias humanas según un modelo que le sea característico" (Lazar, 1996:35); y que

"la complejidad de la más mínima situación de interacción es tal que resulta inútil querer reducirla a dos o más 'variables' trabajando de forma lineal. Hay que concebir la investigación en materia de comunicación en términos de nivel de complejidad, de contextos múltiples y de sistemas circulares." (Mattelart, 1997:48)

Asimismo, formulan una teoría general de la comunicación como respuesta a la teoría matemática concebida por Shannon; en la cual, el proceso de comunicación es un todo integrado, un proceso social permanente que reúne diversos modos de expresión: la palabra, el gesto, la mímica, la mirada, el espacio interpersonal... "Uno no puede no comunicarse" (Lazar, 1996:36), es la frase que resume dicha teoría.

Bajo esta concepción, Ray Birdwhistell, precursor del estudio de los movimientos corporales y los gestos (kinésica), plantea la importancia de estudiar el contexto en que se desarrolla el proceso de comunicación, y los diferentes elementos reunidos en una persona, en un momento dado. Es decir, para captar el sentido de los gestos, es necesario definir el contexto preciso. Según su hipótesis, existe una relación fundamental entre cuerpo y cultura; considera que el gesto, arrancado de su contexto, no tiene sentido. "Para entender su significado, es necesario interpretarlo en un sistema interactivo de múltiples canales que están interaccionando." (Ibidem, 38)

Por su lado, Gregory Bateson concibe a la comunicación como la matriz en la cual se encuentran insertadas todas las actividades humanas, y se dedica al estudio de este interaccionismo simbólico.

A su vez, Hall desarrolla una serie de trabajos sobre el *lenguaje silencioso* y la organización del espacio entre los individuos, a través de códigos no verbales, sentando así las bases de la proxémica.

El grupo de Palo Alto es, pues, el precursor de los estudios sobre comportamiento no verbal. Gracias a su intervención contestataria en relación con la teoría matemática, el estudio de lo no verbal queda entrelazado a la investigación en comunicación humana,

convirtiéndose en una nueva línea de trabajo, cuya importancia no será apreciada sino en la década de los ochenta.

Al respecto, Mattelart hace la siguiente observación:

"Hay que esperar a la crisis de los modelos macrosociológicos, contemporánea de la vuelta a los espacios de proximidad, para ver por fin reconocida, en los años ochenta, la contribución decisiva del conjunto de la escuela de Palo Alto a una teoría sobre los procesos de comunicación como interacciones." (Mattelart, 1997:49)

Sin embargo, la investigación sobre comportamiento no verbal continúa, y en 1952, Birdwhistell publica su obra *Introduction to Kinesics*, que refleja sus esfuerzos por estudiar minuciosamente el comportamiento humano a través de los movimientos corporales y los gestos: kinésica.

En 1959, Hall publica una primera obra titulada *The Silent Language*, donde analiza la manera en que los humanos usan el espacio, la dificultad de las relaciones interculturales y los múltiples lenguajes y códigos proxémicos. En 1966, publica un segundo libro, *The Hidden Dimension*, que detalla las ideas anteriores y analiza el ingrediente de la inconsciencia en la construcción del micro espacio, o espacio personal; el significado de la organización de los muebles en una habitación determinada y el de la apertura/cierre de puertas. Descubre que la percepción del espacio en el ser humano es dinámica porque está ligada a la acción, y elabora una escala de distancias interpersonales. (Lazar, 1996:38)

En 1956, el psiquiatra Jürguen Ruesch y el fotógrafo Weldon Kees escriben el primer libro que utiliza el término "comunicación no verbal" en el título: *Nonverbal Communication: Notes on the Visual Perception of Human Relations*; una obra pionera sobre este tipo de lenguaje y su aplicación terapéutica. Ruesch y Kees "estudiaron tanto las señales de percepción, como de evaluación y de expresión entre pacientes psicóticos,

manicodepresivos y esquizofrénicos" (Lorenzo, 2000:22). Estos gestos resultaron un buen canal de comunicación enfermo/paciente.

Entre los años de 1960 y 1970, la investigación en comunicación no verbal se hace más formal y sistemática. Algunos investigadores, incluso, abordan otras áreas del comportamiento no verbal. Destacan, por ejemplo:

"Sommer (1969), que continuó trabajando en el área de la proxémica, y Kendon (1970), Sheffen (1972), y Duncan y Fiske (1977), quienes examinaron más a fondo la estructura y organización del movimiento corporal y la postura. Las expresiones de emoción fueron estudiadas como señales faciales (Ekman, Friesen y Ellsworth, 1972) o vocales (Davitz, 1964). A esto siguieron nuevas áreas de investigación que incluían el movimiento del ojo (Argyle y Cook, 1975; Exline, 1971), las pausas (Goldman-Eisler, 1968), la dilatación de la pupila (Hess, 1975), la atracción física (Berscheid y Walster, 1974) y la habilidad para emitir y recibir señales no verbales en forma exacta y correcta (Rosenthal, Hall, Dimatteo, Rogers y Archer, 1979). Por otra parte, Mehrabian (1972) buscó entender lo que varios grupos de comportamiento no verbales significaban para los interactuantes." (Fernández³, 2001: 201)

En 1969, Ekman y Friesen trazan un importante marco teórico sobre los orígenes, uso y codificación de la conducta no verbal.

En 1970 se publica el informe de un periodista (Fast, *Body Language*) acerca del estudio de lo no verbal. Los resultados de las investigaciones realizadas por Birdwhistell, Hall, Scheffen, entre otros, cautivaron la imaginación del gran público, que demandó más información sobre el "fascinante y relativamente desconocido mundo del comportamiento no verbal". (Ibidem, 201)

"pero el enorme interés del público por la comunicación no verbal parece ser parte del espíritu de nuestro tiempo, de la necesidad que mucha gente siente de restablecer contacto con su propias emociones; la búsqueda de esa verdad emocional que tal vez se expresa sin palabras." (Davis, 2000:18)

³ Carlos Fernández Collado, Rector de la Universidad de Celaya y Presidente del Colegio de la Comunicación del Estado de Guanajuato.

En la década de los ochenta, las investigaciones sobre comunicación no verbal cobran auge. Los estudiosos de la comunicación humana giran su interés hacia el campo de las señales no verbales, esto con el fin de identificar la manera en que dichas señales interactúan para alcanzar objetivos comunicacionales. Los resultados de tales investigaciones dejan en claro que los mensajes no verbales deben estudiarse en conjunto con los verbales, pues ambos son parte del proceso total de comunicación. Y, en los años noventa, surge una nueva teoría explicativa de la forma en que estos dos sistemas interactúan en el proceso global.

1.2 Bagaje Teórico

La comunicación entre dos o más personas —sea cara a cara, a través de un canal o de un medio— no se limita al intercambio de mensajes verbales o escritos; se trata de un proceso mucho más complejo, donde el comportamiento corporal, todos los gestos, los movimientos voluntarios e involuntarios; la postura, la vestimenta, la proximidad; los tonos de voz, los silencios, las pausas..., juegan un papel importante.

“Podría parecer que los humanos sólo nos comunicamos con la palabra o por escrito. Pero mientras esta comunicación tiene lugar, un complejo mundo de signos y símbolos entra en funcionamiento. Incluso es posible establecer una comunicación sin que intervenga para nada el elemento verbal.” (Lorenzo, 2000:21)

El elemento verbal pone al descubierto sólo la parte voluntaria del proceso, es decir, lo que “el sujeto comunicante deja expresar” (Lazar, 1996:36); mientras que lo no verbal permite captar aquello que el individuo no tiene intención de transmitir.

"Ray Birdwhistell, un pionero de la cinesis⁴, ha llegado a la conclusión de que gran parte de la base de las comunicaciones humanas se desarrolla a un nivel por debajo de la conciencia, en el cual las palabras sólo tienen una relevancia indirecta." (Davis, 2000:42)

Esta parte del proceso comunicacional —que se codifica o decodifica a niveles, generalmente, subconscientes; se emite vía gestos, ademanes, movimientos corporales, faciales, miradas...; y expresa sentimientos, emociones, contradicciones, engaños...— corresponde a lo que los investigadores de las interacciones humanas han denominado **comunicación no verbal**.

McEntee⁵, por ejemplo, la define como "información que se transmite a través de los gestos, las expresiones faciales y de la tensión o relajamiento corporal" (1996:184). O bien: "todo aquel significado que un mensaje puede contener, además de, a pesar de o en lugar del significado transmitido por las palabras orales o escritas." (Ibidem, 186)

Para Hunt, "se refiere a todas aquellas señas o señales relacionadas con la situación de comunicación que no son palabras escritas u orales." (Ibidem, 185)

Knapp nos dice que son los "acontecimientos de la comunicación humana que trascienden las palabras dichas o escritas". (1999:41)

Sapir; "las sutilezas del énfasis, del tono y de la sintaxis; la duración y la continuidad variantes de una expresión, los movimientos corporales que la acompañan." (McEntee, 1996:184)

Por tanto, la comunicación no verbal puede ser definida como aquella parte del proceso comunicacional que emplea señales distintas a las palabras dichas o escritas, señales que provienen de las "diversas manifestaciones de nuestra corporalidad"

⁴ Cinesis o Kinesis (del griego *kinen*: mover): "estudio del movimiento del cuerpo humano". (Davis, 2000:19)

⁵ Doctora en Lingüística Aplicada, y profesora titular de Comunicación en ITESM, Campus Monterrey.

(Fernández, 2001:203): gestos, ademanes, miradas, posturas; tonos de voz, silencios, pausas; apariencia física, forma de vestir, colores, olores, proximidad, tacto...

No se puede no comunicar. Las señales no verbales —a diferencia de las palabras— están presentes en toda interacción comunicativa. Transmiten información sobre la personalidad, sexo, edad, nivel socioeconómico, pertenencia grupal, trabajo, nacionalidad; estado de ánimo, intensidad emocional, afectos (por mencionar algunos) de los participantes en dicha interacción.

"Los que mantenemos los ojos abiertos podemos leer volúmenes enteros en lo que contemplamos a nuestro alrededor (Edward T. Hall: antropólogo, investigador de las relaciones proxémicas⁶ en *CNV*)."⁷ (Lorenzo, 2000:18)

Cuando iniciamos una comunicación con otra persona, tanto lo que nos manifiesta verbalmente, como lo que *no nos dice*, ofrece una serie de datos importantes sobre ella. Sin embargo, a veces, los mensajes no verbales son más efectivos que los verbales; en una investigación realizada por Burgoon⁷ (1985) se comprobó que "las personas confían más en la comunicación no verbal que en los aspectos verbales para determinar el significado social de un mensaje"; que "la confianza de los adultos en lo no verbal es mayor cuando los mensajes verbales y no verbales entran en conflicto". (Ibidem, 28)

El significado de un mensaje no verbal depende del contexto en que se lleve a cabo el acto comunicativo (McEntee, 1996:187). Cada comportamiento no verbal puede tener múltiples significados. En ocasiones, dos significados distintos pueden ser comunicados simultáneamente por la misma señal. Y la misma señal puede tener significados distintos para diferentes personas, o incluso para la misma persona (Fernández, 2001: 203, 204).

⁶Proxémica: "Estudio de la manera en que el hombre percibe, estructura y utiliza sus espacios personales y sociales". (McEntee, 1996:239)

⁷Burgoon, Judee K., *Nonverbal Signals*, en: Lorenzo García... p, 28

"Hace muchos años comencé a preguntarme: ¿Cómo hacen los movimientos del cuerpo para representar las palabras? Ahora me pregunto: ¿Cuándo resulta apropiado el empleo de las palabras? Son muy adecuadas para enseñar o para hablar por teléfono, pero en este instante usted y yo nos estamos comunicando en muchos niveles diferentes, y solamente en uno o dos de ellos las palabras poseen alguna relevancia. Actualmente mi planteamiento es distinto: El hombre es un ser multisensorial. Algunas veces verbaliza." (Birdwhistell; en Davis, 2000:51)

De lo anterior se desprende que la comunicación no verbal es tan importante, si no más, como la comunicación verbal. El *cómo* decimos las cosas es, por lo menos, igual de relevante que el contenido verbal de nuestro mensaje.

"Sapir señala que frecuentemente la CNV (comunicación no verbal) es más que suficiente, para los propósitos de la comunicación" (McEntee, 1996:184). Y Knapp plantea que la importancia de la CNV queda expuesta con sólo tomar en cuenta la *cantidad* de mensajes no verbales presentes en una interacción; cita los resultados obtenidos por Birdwhistell para apoyar su razonamiento.

"Una persona media habla con palabras durante un total de 10 u 11 minutos diarios (la oración hablada normal dura sólo unos 2.5 segundos)... En una conversación normal de dos personas, los componentes verbales suman menos del 35 por ciento del significado social de la situación mientras que más del 65 por ciento del significado social queda del lado de lo no verbal." (Knapp, 1999:33)

En la misma línea argumental están los resultados obtenidos por Mehrabian, quien llevó a cabo una investigación (Estados Unidos, 1967) sobre la forma y el porcentaje en que influyen los mensajes no verbales.

"Tras realizar una serie repetida y contrastada de cuestionarios entre estudiantes norteamericanos, (Mehrabian) formuló su famosa ecuación, que ha quedado como axioma, y que arrojó los siguientes resultados:

Mensajes del cuerpo.....	55%
Paralenguaje ⁸	38%
Palabras.....	7%

Total..... 100%

⁸ "Paralenguaje. Categoría de CNV referente no a lo que decimos verbalmente (contenido), sino a los mensajes que emitimos según la forma en que hablamos (cómo lo decimos)." (Lorenzo, 2000:28)

Es decir, en una comunicación interpersonal lo más importante son los signos no verbales (93%), es decir, gestos, expresiones del rostro y la forma de expresión. El contenido puramente verbal sólo tenía una importancia relativa del 7%." (Lorenzo, 2000:28)

Pero la importancia de la CNV no está depositada sólo en su cantidad sino también en su influencia sobre los elementos del proceso comunicacional: emisor-receptor, expone el catedrático Fernández Collado, para quien "las señales no verbales desempeñan un papel trascendente en el proceso total de la comunicación" (2001:197). Y agrega que la apariencia personal, la forma de vestir, los gestos o movimientos corporales, faciales; la proximidad, el espacio, los olores, el tacto, la mirada, son importantes fuentes de información sobre el emisor o receptor; que regulan, dirigen o coordinan la interacción.

Maldonado (1998:171), a su vez, sostiene que las personas brindan información verbal y no verbal simultáneamente; pero, en ocasiones, sólo información no verbal. Por ejemplo, cuando una persona se niega a hablar de sí misma, su postura corporal puede indicarnos si es segura o insegura, qué estado de ánimo tiene o cómo se siente en nuestra presencia. Una mirada baja puede transmitir sumisión o rechazo; y una mirada sostenida por más de tres segundos, agresividad o amenaza.

En su trabajo más reciente, Burgoon expone algunas situaciones en las que la gente se inclina más por los mensajes no verbales: "cuando se juzga el estilo personal de alguien; cuando se responden preguntas que requieren de interpretación; cuando se evalúan las emociones, ideas y actitudes de expresiones inconscientes; y cuando se juzgan las cualidades de credibilidad y liderazgo de las personas". (Fernández, 2001:199)

La importancia de la comunicación no verbal se manifiesta también en otras áreas de la vida social. Pensemos, por ejemplo, en el papel de las señas no verbales en situaciones terapéuticas.

"El Dr. Eric Berne (fundador del *Análisis Transaccional*), en su excelente libro *Introducción al tratamiento de grupo*, al referirse a la importancia de los primeros minutos que el terapeuta pasa con sus pacientes, señala que para diagnosticar y evaluar la situación, y planear un tratamiento adecuado tiene que valerse de los *cinco sentidos*. Para ello debe procurar sentarse en una posición que le permita observar fácilmente a todos sus pacientes en todo momento y no se le escape un solo movimiento de los que allí se produzcan. Los *oídos* deberán mantenerse selectivamente abiertos y asimismo es conveniente mantener despierto el sentido del *olfato*" (Lorenzo, 2000:23)

O bien, pensemos en situaciones donde la comunicación verbal está limitada, como es el caso de la interacción médico-enfermera durante una operación; en la educación de sordomudos y ciegos; en la comunicación entre personas que trabajan en sitios con mucho ruido, o entre personas de culturas, idiomas o etnias diferentes.

En las artes: danza, teatro, música, cine (el cine mudo potenció el uso de estas formas de expresión); en la publicidad, en la producción televisiva, radiofónica, en los medios audiovisuales en general; en la política, la diplomacia, relaciones sociales...

Sería interminable la lista de las situaciones en que la comunicación no verbal resulta fundamental. No obstante, para fines de este trabajo, nos quedaremos con la importancia de los mensajes no verbales en las interacciones de la vida cotidiana, es decir, en las relaciones interpersonales, cara a cara; donde la relación madre-hija y la enseñanza y aprendizaje del cuerpo femenino tienen lugar.

Al respecto, Fernández Collado señala que existen circunstancias en que "las restricciones en relación con el lenguaje son autoimpuestas por cuestiones

culturales"(2001:199); tal sería el caso de la emisión y recepción de mensajes vinculados con la sexualidad, en general, y con la sexualidad femenina, en particular.

En lo expuesto hasta aquí, la comunicación no verbal ha sido tratada como un proceso aparte del sistema verbal; esto, con fines puramente analíticos. Ahora es pertinente mencionar que los sistemas verbal y no verbal "se hallan inextricablemente unidos" (Knapp, 1999:11) en el proceso total de la comunicación humana.

"La comunicación no verbal (...) no puede separarse de la comunicación verbal. Ambas están estrechamente vinculadas entre sí, ya que cuando dos seres humanos se encuentran cara a cara se comunican simultáneamente a muchos niveles, conscientes e inconscientes, y emplean para ello la mayoría de los sentidos." (Davis, 2000:16)

"La CNV no es un sistema aislado, sino que es parte del sistema verbal (Hunt, 1985:69), y sirve para apoyar este sistema en varias formas, según la intención o el objetivo de la fuente o a pesar de su intención." (McEntee, 1996:186)

Algunos teóricos como Argyle, Ekman y Friesen han analizado esta relación de interdependencia.

"Argyle afirma (que) algunos de los hallazgos más importantes en el campo de la interacción social giran en torno a las maneras en que la interacción verbal necesita el apoyo de las comunicaciones no verbales." (Knapp, 1999:26)

Y asigna una "serie de usos primarios y fundamentales" (Lorenzo, 2000:37) al comportamiento no verbal: 1) expresión de emociones, 2) transmisión de actitudes interpersonales: dominación, sumisión, disgusto, agrado, 3) presentar a otros nuestra personalidad y 4) acompañar al habla.

Ekman y Friesen, por su parte, consideran que el comportamiento no verbal, cuando acompaña a la comunicación verbal, desempeña una serie de funciones específicas: repetir, contradecir, sustituir, complementar, acentuar, regular o controlar.

Repetir: El mensaje verbal se confirma con la expresión corporal. Es un mensaje que redonda lo ya transmitido de manera verbal. Ilustra y repite lo dicho. (Ibidem, 37)

Contradecir: En ocasiones se contrastan los mensajes verbales y no verbales en forma extrema; de manera que el mensaje comunicado por un canal contradice al otro (Fernández, 2001:216). Las señales no verbales suelen ser definitivas para detectar el engaño o la mentira: hacen visibles la contradicción en una información.

"Freud dijo en cierta ocasión: 'Quien tiene ojos para ver y oídos para oír puede estar convencido de que ningún mortal es capaz de guardar un secreto. Si los labios permanecen en silencio, habla con las yemas de los dedos; la delación le exuda por todos los poros.'" (Knapp, 1999:200)

Sustituir: Esta función de la CNV se refiere a que nuestros gestos y expresiones faciales pueden reemplazar a las palabras. "Algunos psiquiatras consideran que determinados gestos, tics, posturas son formas de CNV que sustituyen a un discurso imposible o frustrado." (Lorenzo, 2000:42)

Complementar: La conducta no verbal puede modificar o elaborar mensajes verbales. "Si alguien es recriminado verbalmente por otro, el destinatario puede adoptar diferentes posturas no verbales que complementan su mensaje verbal: sumisión/vergüenza/sonrojo, o bien desafío/ataque." (Knapp, 1999:30)

Acentuar: De la misma manera que subrayamos una palabra o ponemos signos de exclamación en un escrito, la comunicación no verbal enfatiza partes del mensaje verbal. (McEntee, 1996:187)

Regular o controlar: Los mensajes no verbales funcionan como señales de tránsito o, en términos del lenguaje escrito, como signos de puntuación para "regular el flujo de la conversación" (Ibidem, 187). Se refiere a las formas no verbales mediante las cuales una

persona indica que termina una intervención hablada, y la "otra" ya tiene "permiso" para intervenir o hablar. "Se trata de *reglas implícitas*: pausas mayores de tres segundos, interrupciones paralingüísticas, cambios de tema o incremento del contacto visual." (Lorenzo, 2000:43)

La comunicación verbal y la no verbal son, pues, sistemas interdependientes. "La separación es artificial", nos dice Knapp (1999:11), "porque en la interacción cotidiana real ambos procesos ocurren como una unidad total e indivisible." (Ibidem, 26)

Sin embargo —"debido a que la comunicación verbal ha recibido mayor atención y estudio científico" (Fernández, 2001:197)—, algunos investigadores de la comunicación humana han girado su interés hacia la parte no verbal del proceso; la han nombrado, definido, y analizado como un sistema que, tanto por su cantidad como por su influencia, desempeña un papel trascendente en el proceso total de la comunicación humana.

Knapp plantea que

"los escritos teóricos y las investigaciones sobre comunicación no verbal pueden dividirse en las siguientes siete áreas: 1) movimiento corporal o cinésica (emblemas, ilustradores, expresiones de afecto, reguladores y adaptadores), 2) características físicas, 3) comportamientos táctiles; 4) paralenguaje (cualidades vocales y vocalizaciones), 5) proxémica, 6) artefactos, 7) entorno o medio." (1999: 41)

Según Duncan⁹

"Una lista de modalidades de la comunicación no verbal podría incluir: a) el movimiento corporal o conducta kinésica, gestos u otros movimientos corporales, incluyendo la expresión facial, el movimiento ocular y la postura; b) el paralenguaje: las vocalizaciones, ciertos sonidos no lingüísticos, como la risa, el bostezo, el gruñido y ciertas distorsiones o imperfecciones del habla, como pausas repentinas y repeticiones, y c) la proxémica: la utilización del 'espacio social y personal y la percepción que se tiene de éste' (Hall, 1966:1); d) el olfato, e) la sensibilidad de la piel al tacto y a la temperatura; y f) el uso de artefactos, como el vestuario y el arreglo personal." (Duncan, 1969:118; en McEntee, 1996:186)

⁹ Duncan, Starkey, "Nonverbal Communication", *Psychological Bulletin*, No. 72, 1969, 118-135, en McEntee, 1996:736

Combinando la clasificación propuesta por Knapp y el orden en que Duncan dispone las modalidades de la comunicación no verbal, a continuación se da una breve explicación de cada una de ellas.

Movimiento corporal o kinésica. El movimiento del cuerpo es el sistema más rico de emisión de mensajes. La kinésica (del griego *kinen*: mover) o cinésica es el área de conocimiento que se encarga de estudiar la expresión de dichos mensajes y los significados que la gente pueda atribuirles (McEntee, 1996; Knapp, 1999)

"Algunos de los objetos de estudio de la kinésica son: 1) gestos y movimientos corporales, 2) expresiones faciales, 3) la mirada y 4) el tacto." (McEntee, 1996:210)

Hay diferentes tipos de conducta no verbal corporal; algunos ofrecen información difusa, otros están destinados a transmitir mensajes concretos; unos informan acerca de las emociones y otros ofrecen datos sobre el comportamiento interpersonal. "En un esfuerzo por orientarse en el mundo relativamente desconocido de la conducta no verbal, Ekman y Friesen desarrollaron un sistema de clasificación de los comportamientos no verbales. Las categorías que incluye son las siguientes"(Knap, 1999:17): emblemas, ilustradores, expresión de afectos, reguladores y adaptadores

a) Emblemas: Según la propia definición de Ekman y Friesen, los emblemas son

"gestos capaces de suplir una palabra o una frase. Se aprenden dentro de una cultura y pueden ser específicos de ella. Cuando recurrimos a ellos lo hacemos con una cierta intencionalidad." (Lorenzo, 2000:55)

Los emblemas son movimientos corporales que poseen un significado preestablecido; "tienen una traducción verbal directa" (Fernández, 2001:205), como el gesto de tener sueño, que consiste en inclinar la cabeza a un lado y apoyar la mejilla sobre una mano.

- b) **Ilustradores:** Movimientos ligados al discurso que sirven para visualizar lo que se está diciendo verbalmente. "Acompañan, ilustran y refuerzan el mensaje verbal." (McEntee, 1996:211)

Aunque la gente puede ser consciente de que está usando un gesto o movimiento para ilustrar, acompañar o reforzar su mensaje hablado, el nivel de conciencia es menor que en el caso de los emblemas. Un ejemplo de esta categoría puede ser: tronar los dedos mientras se habla de hacer algo con rapidez o darse prisa.

- c) **Expresión de afectos:** Se trata predominantemente de configuraciones faciales que expresan estados afectivos. Si bien es la cara la fuente primaria del afecto, también el cuerpo puede ser leído como juicios globales sobre afectos. Las muestras de afecto pueden repetir, aumentar, contradecir o no guardar relación con las manifestaciones afectivas verbales. (Knapp, 1991:21)

Una vez que ha aparecido la expresión en el rostro, al parecer se tiene un alto grado de conciencia, pero la expresión se puede dar sin ninguna conciencia o control. (Fernández, 2001:205)

- d) **Reguladores:** Hay actos no verbales que mantienen y regulan de cabo a rabo la naturaleza del hablar y el escuchar entre dos o más sujetos interactuantes. Indican al hablante que continúe, repita, se extienda en detalles, se apresure, haga más ameno su discurso, conceda al interlocutor su turno de hablar. Regulan el habla y la escucha. Establecen el ritmo de la conversación, su intercambio. Pueden ser señales como una inclinación de la cabeza, destello de cejas, contacto visual... (Lorenzo, 2000:50)

e) **Adaptadores:** Tal vez estas conductas no verbales sean las más difíciles de definir y las que mayor especulación impliquen. Se les denomina adaptadores porque se piensa que se desarrollan en la niñez como esfuerzos de adaptación para satisfacer necesidades, cumplir acciones, dominar emociones, desarrollar contactos sociales o cumplir una gran cantidad de otras funciones...

Según Ekman y Friesen, el rostro proporciona más información acerca de la naturaleza de las emociones: tristeza, alegría miedo...; y el resto del cuerpo, de la intensidad de las mismas. Muchos actos de comunicación no verbal tienen una interpretación concreta, otros ilustran las palabras, otros transmiten información y muchos resultan ser expresivos o adaptantes.

Proxémica o utilización humana del espacio. La proxémica se puede dividir en: espacio personal o espacio territorial.

El espacio personal es el área o zona que separa a una determinada persona, a su *yo personal*, de los demás. Aunque los individuos no sean conscientes de su necesidad de este espacio, es muy probable que lo sean en el momento en que alguien lo invade. Existen normas específicas que rigen las distancias físicas a mantener durante una interacción social y, cuando alguien viola esas normas, se produce una verdadera incomodidad en la persona afectada. Por lo regular, hay más molestia cuando un individuo se acerca demasiado a otro, que cuando se aleja demasiado.

La territorialidad puede ser definida como la necesidad de establecer y mantener un determinado espacio propio. Mientras que el espacio personal es la zona que rodea al individuo (como una especie de burbuja protectora, que se mueve o desplaza con él), la territorialidad se refiere a una zona o zonas inmóviles o estáticas.

Las personas poseen una infinidad de formas de mostrar y establecer su territorio: las bardas para delimitar los patios; la colocación de los muebles de forma estratégica, con el fin de que determinados lugares o espacios no sean accesibles a cualquier persona; o bien, la colocación de objetos personales sobre mesas o sillas para indicar que ese determinado territorio está ocupado.

La territorialidad sirve para regular la interacción social, estableciendo barreras o puentes comunicacionales a través del propio contexto comunicativo. (Knapp, 1999)

Paralenguaje. (cualidades vocales y vocalizaciones): para decirlo sencillamente, el paralenguaje se refiere a cómo se dice algo y no a qué se dice. Tiene que ver con el espectro de señales vocales no verbales establecidas alrededor del comportamiento común del habla. Trager creyó que el paralenguaje tenía los componentes que se enumeran a continuación: *Cualidades de la voz*: incluyen elementos tales como el registro de la voz, el control de la altura, el control del ritmo, el tempo, el control de la articulación, la resonancia... *Vocalizaciones*: incluyen la risa, el llanto, el suspiro el bostezo, el estornudo, el ronquido. La intensidad de voz, la altura, y los segregadores vocales: mmm, hum, ajá, ah, uh. Probablemente haya que incluir las pausas, sonidos intrusos, errores al hablar. (Ibidem, 24)

Paralenguaje es un término de CNV acuñado, en 1958, por George Trager. Se refiere no a lo que se dice verbalmente, sino a *cómo se dice*. Siguiendo a Fernando Poyatos se trataría de los códigos que utilizan las cualidades primarias de la voz (intensidad, tono, timbre, tempo, ritmo...); calificadores (control o tipo de voz: laríngea, esofágica, labial, mandibular); diferenciadores y alternantes. Recordemos que, según la

célebre ecuación de *Mehrabian*, su efecto en el mensaje comunicativo era de un 38%. (Lorenzo, 2000:71)

Pausas y silencios. La existencia humana y la de otros organismos está integrada por la sucesión de sonidos y movimientos y sus opuestos: silencio y quietud. Las pausas vacías de un discurso están cargadas de significado. El silencio y las pausas o segregadores vocales que se pueden usar o bien como elemento retórico para dar énfasis a un discurso, reflexionar, regular la conversación o imponerse por la naturaleza del entorno. Según Jensen, las funciones del silencio son: puntuación o acentuación sobre ciertas palabras, ideas o contenidos; evaluación o juicio sobre el comportamiento ajeno (acuerdo, desacuerdo, ataque); expresión de emociones; actividad mental: meditación, reflexión, estudio, ignorancia. (Ibidem, 73)

Comportamientos táctiles. Para algunos autores esta categoría se encuentra inmersa en el estudio de la kinésica; para otros el contacto físico real constituye una clase diferente de fenómenos. Algunos investigadores se ocupan de la conducta táctil como de un factor importante en el desarrollo infantil y otros se interesan por el comportamiento táctil adulto. Las subcategorías de la conducta táctil pueden comprender la caricia, el golpe, el sostener, el guiar los movimientos de otro, y otros ejemplos más específicos. (Knapp, 1999)

Artefactos. Comprende la manipulación de objetos con personas interactuantes que pueden actuar como estímulos no verbales. Estos artefactos comprenden el perfume, la ropa, el lápiz de labios, las gafas, la peluca y otros objetos para el cabello, pestañas postizas y todo el repertorio de postizos y productos de belleza.

Características físicas: Se refiere a cosas que se mantienen sin cambio durante la interacción. Se trata de señales no verbales importantes que no son forzosamente movimiento. Comprende el físico o la forma del cuerpo, el atractivo general, los olores del cuerpo y el aliento, la altura, el peso, el cabello, el color o la tonalidad de la piel.

Entorno o medio. Los factores del entorno (o medio) incluyen los muebles, el estilo arquitectónico, el decorado de los interiores, las condiciones de luz, olores, colores, temperatura, ruidos adicionales o música y otros elementos. Las variaciones en la disposición, los materiales, las formas o superficies de los objetos en el entorno interactuante pueden ejercer una gran influencia en el resultado de una relación interpersonal. Ejemplo: un cenicero lleno de colillas. (Knapp, 1999)

1.3 Enfoque de género

La comunicación humana es un proceso complejo que implica actividades de interrelación, codificación, decodificación, transmisión, recepción..., de mensajes verbales y no verbales entre *mujeres y hombres*.

La forma en que las personas escuchan, perciben, seleccionan, organizan, interpretan o transmiten una información, está íntimamente ligada a su identidad femenina o masculina; es decir, a su género.

"El procesamiento de la información se produce de forma diferente en los hombres y en las mujeres." (Pearson *et al*, 1993:57)
(Por ejemplo), "escuchan de manera diferente; los hombres escuchan con el fin de dar solución a un problema específico, mientras que las mujeres escuchan para comprender algo que no han conseguido entender con anterioridad." (Ibidem, 68)

El género implica "las actividades y creaciones del sujeto, el hacer del sujeto en el mundo" (Lagarde, 1996:27); la forma de pensar, de sentir, de ver, de relacionarse; sus concepciones, valores, lenguajes, deseos; la autoestima, la percepción de sí, de su cuerpo, del entorno; su capacidad de decisión, de *poder*, de asertividad; sus bienes materiales y simbólicos...

El género, nos dice, Lagarde:

"es una construcción simbólica (que) contiene el conjunto de atributos asignados a las personas a partir del sexo"¹⁰. Se trata de características biológicas, físicas, económicas, sociales, psicológicas, eróticas, jurídicas, políticas y culturales." (Ibidem, 27)

Según Pearson y otras autoras,

"el género se considera, habitualmente, como el conjunto de conductas aprendidas que la propia cultura asocia con el hecho de ser un hombre o una mujer. En nuestra cultura, se instruye a los hombres sobre el ideal de masculinidad, mientras que a las mujeres se les indica cuál es el ideal femenino." (1993:27)

La instrucción genérica comienza con la vida misma. Al nacer una criatura, lo primero que todos preguntan es su sexo; "¿qué fue, niña o niño?". Acto seguido, le asignan ropas de un color específico (rosa o azul), juguetes, adornos...; y, más tarde, conductas, expectativas, cumplimientos, órdenes, que le hagan saber —le *comuniquen*— el significado de ser hombre o mujer, y lo que se espera de ella o él.

"Desde el momento en que nace un bebé, le hacemos saber, de mil maneras sutiles y no verbales, que es un niño o una niña. La mayoría de las personas sostiene en brazos a las niñas y a los niños de forma diferente. En nuestra sociedad y aun a muy tierna edad, los niños suelen estar sujetos a un trato más brusco." (Davis, 2000:22)

Así, la asignación del género y el uso de prácticas verbales y no verbales para comunicarlo al individuo, en particular, y a la sociedad, en general, quedan establecidos

¹⁰ "El sexo es el conjunto de características genotípicas y fenotípicas presentes en los sistemas, funciones y procesos de los cuerpos humanos; con base en él, se clasifica a las personas por su papel potencial en la reproducción sexual. No hay homogeneidad cultural en la definición de los componentes sexuales ni genéricos. Para la antropología es claro que las características sexuales no implican características genéricas." (Lagarde, 1996:85)

desde el nacimiento. Género y comunicación forman una especie de "mecanismo cultural" (Lagarde, 1996:27) que se inaugura al momento de nacer y se activa, una y otra vez, a lo largo de la vida.

"cada persona reconoce a otra a través de la mirada de su cuerpo, de la escucha de su voz y constata que es una mujer o un hombre. Además lo certifica en las acciones, los comportamientos, las actitudes, las maneras de actuar y de relacionarse, y por el conjunto de cosas que esa persona puede o no hacer, decir, pensar. Es decir, por los límites impuestos a su *ser-en-el-mundo* por esa construcción que es el género." (Ibidem, 27)

Comunicación y género son, pues, interdependientes. Mujeres y hombres aprenden a serlo mediante prácticas comunicativas verbales y no verbales, y el carácter de esas prácticas depende, a su vez, del género de sus participantes.

Género y comunicación están, además, presentes en todas y cada una de las esferas macro y microsociales de un país; en el Estado, en la economía, la política, la cultura; la televisión, el cine, la radio...; en las leyes, la religión, la escuela, la familia, las relaciones interpersonales... En la vida cotidiana

"La vida cotidiana está estructurada sobre las normas de género y el desempeño de cada uno depende de su comportamiento y del manejo de esa normatividad. Si algo es indiscutible para las personas, es el significado de ser mujer o ser hombre, los contenidos de las relaciones entre mujeres y hombres y las prohibiciones para las mujeres por ser mujeres y para los hombres por ser hombres. Cada quien a lo largo de su vida ha debido saber todo esto muy bien, no dudar y ser leal al orden, asumirlo, recrearlo y defenderlo." (Ibidem, 19)

En la mayoría de las sociedades, ese orden genérico está constituido por relaciones de dominación de un género (femenino) frente al otro (masculino); relaciones de subordinación que dan cuenta de una organización social, donde se preserva sistemáticamente el poder masculino. Bustos define este orden genérico como una estructura social androcéntrica, la cual considera "al ser humano de sexo masculino como el centro del universo, como la medida de todas las cosas, como el único capaz de dictar

leyes, de imponer justicia, de gobernar el mundo" (1994:283). La autora señala además que

"Generalmente existe la falsa creencia de que la visión androcéntrica del mundo es la que poseen los hombres, pero esto no es así; en realidad es la que posee la inmensa mayoría de los seres humanos, hombres y mujeres, educados en esta visión y que no han podido o no han querido sustraerse de ella." (Ibidem, 283)

Por su parte, Lagarde define el sistema de relaciones entre géneros como:

"El patriarcado(;) orden social genérico de poder, basado en un modo de dominación cuyo paradigma es el hombre. Este orden asegura la supremacía de los hombres y de lo masculino sobre la inferiorización previa de las mujeres y de lo femenino. Es asimismo un orden de dominio de unos hombres sobre otros y de enajenación entre las mujeres." (1996:52)

Ahora bien, el orden social genérico que impera en nuestra sociedad ha sido ampliamente estudiado e investigado —en la academia, la política, la cultura...— por mujeres feministas, quienes han desarrollado una visión crítica, analítica y científica sobre la situación de inequidad entre mujeres y hombres. Tal visión se conoce como *perspectiva de género*.

La perspectiva, visión o enfoque de género posibilita el análisis y la comprensión de "las relaciones sociales intergenéricas (entre personas diferentes) e intragenéricas (entre personas del mismo género) privadas y públicas, personales, grupales y colectivas". El análisis de las instituciones sociales, políticas, educativas, religiosas, culturales; y de cualquier "mecanismo pedagógico de enseñanza genérica" (Ibidem, 31).

La comunicación, como se mencionó en párrafos anteriores, es uno de estos mecanismos de enseñanza genérica. Recordemos que gran parte de la información referente al género se transmite a través de señales no verbales; de hecho, somos capaces de distinguir entre hombres y mujeres gracias a ellas. Pensemos, por ejemplo,

en las joyas que lleva puestas una determinada persona; en su postura corporal, su timbre de voz, la forma de sonreír o la vestimenta que usa.

Algunas investigaciones, realizadas a partir de los años ochenta, han arrojado datos importantes sobre la utilización genérica de los códigos no verbales.

"Se ha podido comprobar que las mujeres y los hombres utilizan los códigos no verbales de forma diferente, y que, asimismo, difieren en la habilidad que poseen para descodificar el significado que expresa el lenguaje no verbal." (Pearson et al, 1993:186)

Diferencias kinésicas

En relación con los gestos, expresiones faciales y movimientos corporales, las y los investigadores han llegado a las siguientes conclusiones¹¹:

1. Las mujeres utilizan una mayor cantidad de expresiones faciales y son más expresivas que los hombres.
2. Los hombres expresan menos sus emociones, sobre todo en presencia de otros hombres.
3. Las mujeres tienden a sonreír más que los hombres y, como consecuencia de ello, sus sonrisas son mucho más difíciles de interpretar. "La sonrisa de una mujer puede significar alegría, un comportamiento social adecuado, o bien un método para disimular su nerviosismo." (Ibidem,197)
4. Dado que los hombres sonríen menos; la interpretación puede resultar más sencilla. "Por lo general, las sonrisas masculinas expresan sentimientos positivos." (Ibidem, 197)

¹¹ La mayoría de las conclusiones que aquí se exponen han sido tomadas del texto: Comunicación y Género (ver Bibliografía)

5. La postura corporal de los hombres suele ser más relajada. Tienden a recostarse cuando están sentados. Regularmente mantienen las piernas entreabiertas y los brazos separados de su cuerpo, formando un ángulo de 5 a 15 grados; esto, incluso cuando están de pie. Al momento de caminar, echan la cadera ligeramente hacia atrás; tuercen, ligeramente, el tronco y mueven los brazos como si de una marcha se tratara.
6. Las mujeres, en cambio, tienden a mostrar una postura corporal más rígida: mantienen el tronco erguido, las piernas juntas, los brazos cerca del cuerpo; lo anterior, se encuentren de pie o sentadas. Cuando caminan, mueven todo el cuerpo, desde el cabello hasta los pies, y tienden a echar la cadera, un poco, hacia delante. "La postura y el porte de las mujeres mantiene una estrecha relación con su condición sexual." (Ibidem, 201)
7. En relación con la mirada, en la mayoría de las culturas, "las niñas reciben instrucciones más estrictas que los varones respecto a dónde no deben mirar. La conexión entre el sexo y el contacto ocular es, de hecho, muy fuerte" (Davis, 2000:87).

Diferencias proxémicas

En cuanto al uso que mujeres y hombres hacen del espacio personal y territorial, tenemos lo siguiente:

1. Las mujeres necesitan menos espacio personal que los hombres; sin embargo, su necesidad de distancia interpersonal depende de la situación, el contexto y el sexo de la otra u otras personas que estén cercanas.

2. Es más frecuente acercarse a las mujeres que a los hombres. Las mujeres se acercan más a las demás personas. Los hombres suelen mantener un mayor espacio interpersonal. El acercamiento femenino crea menor ansiedad; el masculino, mayor. Las mujeres prefieren interactuar lateralmente; los hombres, cara-a-cara.
3. "Con más frecuencia, se sitúa a las mujeres en los laterales de una mesa rectangular... Con más frecuencia se sitúa a los hombres a la cabeza de una mesa rectangular." (Pearson *et al*, 1993:189)
4. Con relación al uso del espacio territorial, a las mujeres se les asigna un territorio más pequeño que a los hombres. Frieze plantea que, por ejemplo, las mujeres difícilmente tienen una habitación —en su casa o departamento— de uso exclusivo, personal y particular; mientras que los hombres "poseen sus propios despachos, estudios, *guardias*, o áreas de trabajo". (Ibidem, 190) Y lo mismo sucede con los objetos: los hombres poseen su silla, su taza del café, sus bolígrafos; en tanto que los objetos usados por las mujeres, generalmente, son de posesión comunal. "Las habitaciones típicamente femeninas, es decir, la cocina o un cuarto donde se hacen labores, así como sus sillas, no suelen estar exclusivamente reservadas para sus dueñas." (Ibidem, 191)

Diferencias paralingüísticas

En relación con las señales que acompañan al lenguaje: tono, volumen, silencios, pausas los y las investigadoras han llegado a las siguientes conclusiones (las más importantes):

1. Las mujeres hablan en un tono más agudo que los hombres; poseen una voz más suave; emplean mayor entonación.
2. Henley y Pfeiffer (Ibidem, 207) señalan que las diferencias entre las voces femeninas y masculinas son aprendidas y constituyen un requerimiento de sus respectivos roles sexuales; esto, independientemente de las diferencias anatómicas que pueden existir.
3. "Los patrones de entonación femeninos se caracterizan por mostrar un cierto sentido de incertidumbre, interrogación, desamparo e impotencia." (Ibidem, 206)
4. Los hombres suelen hablar más alto, más firme, con menos expresividad.

Por último, es necesario señalar que algunos investigadores de la comunicación no verbal han llegado a la conclusión de que las mujeres tienen mayor capacidad que los hombres para decodificar y emitir mensajes no verbales.

"Las mujeres, como grupo, logran más altas calificaciones que los hombres en pruebas que miden tanto la emisión como la recepción de mensajes no verbales. Se ha descubierto que las mujeres parecen ser más hábiles en la percepción de señales corporales negativas." (Fernández, 2001:207)

"Robert Rosenthal y sus colaboradores hace años prepararon un test denominado *PONS (Profile on Nonverbal Sensitivity)*. Una de sus primeras conclusiones fue que las mujeres son mejores descodificadores y emisores de CNV que los varones. Esto se debe posiblemente a la intensa y prolongada relación de las madres durante muchos años con los bebés y los hijos pequeños." (Lorenzo, 2000:26)

Al respecto, la presente investigación plantea que una explicación posible a dicha capacidad genérica se encuentra en el largo entrenamiento que las mujeres reciben, durante el proceso de enseñanza-aprendizaje de la sexualidad femenina, en la relación madre-hija, para decodificar los mensajes no verbales; dado que la comunicación no verbal desempeña un papel preponderante en este proceso.

2. SEXUALIDAD FEMENINA

En las últimas décadas, la sexualidad femenina ha sido objeto de múltiples reflexiones, análisis e investigaciones, tanto en el terreno científico como en el espacio político y social. Mujeres y hombres —feministas y no feministas, provenientes de disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología, la filosofía...— han abordado el tema con la intención de desentrañar ese complejo entramado de experiencias bio-socio-culturales e históricas que determina, organiza y constituye la identidad de las mujeres.

“Las mujeres constituyen su humanidad en primer término en torno a la sexualidad. A diferencia de los hombres que parten de ella y de su cuerpo para existir, la existencia de las mujeres está dominada por la sexualidad. Esto ocurre a tal punto que la historicidad de las mujeres radica en su sexualidad y, en ese sentido, en su cuerpo vivido.” (Lagarde, 1993:202)

En el primer apartado de este capítulo, se extrae someramente la teoría freudiana sobre la sexualidad femenina, tomando en cuenta que ésta funge —en la historia de las investigaciones relacionadas con el tema— como una especie de principio detonante. En la década comprendida entre los años 1925 y 1935, los conceptos freudianos: *envidia del pene* y *complejo de castración*, produjeron una serie de intensos debates en torno al *enigma de la femineidad*; y éstos, a su vez, como una reacción en cadena, llevaron a la realización de más investigaciones.

En el segundo apartado, se expone un breve resumen de los conocimientos que, en esta materia, han generado las teóricas feministas desde sus diferentes campos de estudio, incluido el psicoanálisis. Por último, se profundiza en el aspecto de la relación madre-hija, por ser ésta una relación fundante y transmisora de los valores, ordenamientos, prohibiciones, libertades..., que estructuran la sexualidad de las mujeres.

2.1 Aproximaciones a la sexualidad femenina

Hablar de la teoría freudiana sobre la sexualidad femenina, nos obliga a hacer la siguiente precisión: en la génesis de esta construcción, subyace la teoría de la sexualidad infantil, misma que Freud elabora a partir de sus investigaciones en torno al desarrollo psicosexual del varón.

"Cuando estudiamos las primeras conformaciones psíquicas que la vida sexual adopta en el niño, siempre hemos tomado al del sexo masculino, al pequeño varón, como objeto de nuestras investigaciones. Suponíamos que en la niña las cosas debían ser análogas, aunque admitíamos que de una u otra manera debían ser también un tanto distintas." (Freud, 1981: 2897)

Es decir, en un principio (y por lo menos hasta 1923), Freud considera que la sexualidad de la niña sigue un proceso similar al desarrollo del niño; incluso, le asigna un primigenio carácter masculino.

"La actividad autoerótica de las zonas erógenas es en ambos sexos la misma, y por esta coincidencia falta en los años infantiles una diferenciación sexual tal y como aparece después de la pubertad. Con referencia a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbaciones pudiera decirse que la sexualidad de las niñas tiene un absoluto carácter masculino, y si fuera posible atribuir un contenido más preciso a los conceptos 'masculino' y 'femenino', se podría también sentar la afirmación de que *la libido es regularmente de naturaleza masculina, aparece en el hombre o en la mujer e independientemente de su objeto, sea éste el hombre o la mujer.*" (Freud, II:1223) (Subrayado del autor.)

Por supuesto, Freud no deja de tomar en cuenta, ya desde sus primeros escritos, algunas diferencias sexuales entre niñas y niños. En *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905)¹² por ejemplo, menciona que, en la niña, la zona rectora de su sexualidad se ubica en el clitoris; que la vagina permanece inadvertida en los primeros años, y que hay que

¹² "Obra escrita en 1900 y publicada en 1905, consta de tres capítulos... Esta obra fue objeto de constantes revisiones por parte de Freud" (Miranda, Conapo II, p.573). La edición que aquí se utiliza es la publicada en 1920.

esperar una oleada represiva en la pubertad para que la capacidad erógena del clitoris se transfiera a la vagina y, entonces, la masculinidad de la joven trueque en feminidad. Habla también de la envidia que la niña siente al descubrir el órgano genital del niño, tan diferente al suyo; envidia "que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un muchacho" (Freud, II:1208).

Pero apenas son esbozos. Básicamente, nos dice Tubert, hasta 1923, Freud considera que el desarrollo sexual infantil en mujeres y hombres responde a "cierta simetría, basada en el complejo de Edipo, que anuda, para cada uno de los sexos, el deseo erótico hacia el progenitor del sexo opuesto y el deseo hostil hacia el progenitor del mismo sexo" (Tubert, 1990:10)

Así, en lo primeros años de vida, la sexualidad infantil presenta un carácter similar: masculino: activo. *Los niños* —expone Freud, en *Tres ensayos...*— poseen una sexualidad autoerótica, perversa, polimorfa y con una franca disposición bisexual¹³; plantea además que el recién nacido trae ya consigo impulsos sexuales *en germen*, y que éstos se desarrollan en tres fases: oral, anal y genital, cada una vinculada a su respectiva zona erógena. (Hacia los cinco años de edad, los impulsos sexuales sucumben ante una represión progresiva, dando lugar a un periodo de latencia.)

La fase genital o fálica¹⁴ es la última etapa de la organización sexual infantil; se caracteriza, entre otras cosas, por la unificación de los impulsos sexuales bajo la

¹³ En su idea de disposición bisexual psíquica del ser humano, Freud plantea que "tanto el niño como la niña pequeños suelen identificarse ya con el padre, ya con la madre en sus fantasías acerca de la relación sexual, y lo mismo la mujer que el hombre conservan durante toda la vida componentes psíquicos provenientes de estas identificaciones, que sólo bajo ciertas circunstancias llevan a la neurosis." (Fern, 132)

¹⁴ Freud le asigna ese nombre dado que niñas y niños, al momento de observar sus genitales y compararlos, sólo reconocen el órgano masculino; el femenino permanece aún desconocido. "En el carácter principal de esta *organización genital infantil* hallamos, además, su más importante diferencia de la organización genital definitiva del adulto. Este carácter diferencial consiste en que el sujeto infantil no

primacía de los órganos genitales, la elección de objeto¹⁵ y la disolución del complejo de edipo vinculada al complejo de castración. Tubert resume esta fase de la siguiente manera:

"La fase fálica es el estadio de organización infantil de la libido (energía propia de la pulsión sexual) que se constituye después de las fases oral y anal y se caracteriza por una unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales. Pero, a diferencia de la organización genital puberal, los niños de ambos sexos sólo reconocen el órgano sexual masculino y la oposición de los sexos (que sólo en la pubertad se configurará como la polaridad masculino-femenino) se identifica con la oposición fálico-castrado. Es en el estadio fálico donde culmina el complejo de Edipo, que queda así profundamente articulado con el complejo de castración: miedo a la castración en el varón y envidia del pene en la mujer, ambos resultantes del fantasma de castración que explica el enigma de la diferencia de los sexos suponiendo que las mujeres han sido castradas." (Ibidem, 11)

A partir de 1923 —fecha en que introduce la noción de fase fálica y sistematiza el complejo de castración como dimensión indisociable del Edipo—, Freud establece una asimetría entre niños y niñas, en la medida en que la sexuación de ambos quedará referida a un único elemento, el falo, y a su ausencia, real o imaginaria. Es interesante observar la secuencia de los textos escritos por él en esta época: *La organización genital infantil* (1923), *La disolución del complejo de Edipo* (1924) y *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925), donde reformula su concepción de la diferencia entre la configuración sexual de niños y niñas.

Al respecto, Miranda nos dice que la terminación del complejo edípico (complejo de castración) es uno de los aspectos que llevó a Freud a reconsiderar la sexualidad de la

admite sino un órgano genital, el masculino, para ambos sexos. No existe, pues, una primacía genital, sino una primacía del falo." (Freud, 1981:2699)

¹⁵ "Con frecuencia, o regularmente, tiene ya efecto en los años infantiles una elección de objeto semejante a la que caracteriza la fase evolutiva de la pubertad; elección que se verifica orientándose todos los instintos sexuales hacia una única persona, en la cual desean conseguir sus fines." (Freud, 1981:2698)

niña de manera independiente ya que hasta entonces, 1923, la había considerado *mutatis mutandi* al desarrollo del varón.

"La diferencia en la vivencia del complejo de castración hace afirmar a Freud que la sexualidad femenina no debe entenderse más como un paralelo del varón, sino que tiene un desarrollo independiente." (Miranda, 1994:586)

Freud dirige, entonces, su atención hacia el proceso femenino, no sin antes reconocer que "desgraciadamente (...) nos faltan datos sobre el desarrollo de los procesos correlativos en las niñas" (Freud, 1981 III: 2699). Su explicación, a *grosso modo*, es la siguiente:

En los primeros años de vida, la niña no conoce la diferencia entre los sexos; imagina el cuerpo de los demás según la imagen del propio, que ha ido conociendo a partir de las sensaciones derivadas de las etapas oral y anal. El clítoris de la niña, nos dice Freud, "se comporta al principio exactamente como un pene" (Freud, III:2751). Una fuente de satisfacción —vía frotamiento—, mientras succiona el pecho de la madre, cuando orina o en el momento de la higiene corporal.

"Todo lo que he podido investigar sobre la masturbación de las niñas se refería exclusivamente al clítoris y no a las otras partes de los genitales exteriores... Las descargas espontáneas de la excitación sexual, tan frecuentes en las niñas, se manifiestan en contracciones del clítoris, y las frecuentes erecciones del mismo hacen posible a la niña el juzgar acertadamente y sin indicación alguna exterior las manifestaciones sexuales del sexo contrario, transfiriendo simplemente al sexo masculino las sensaciones de sus propios procesos sexuales." (Freud, II:1223)

No obstante, señala Freud, siempre se le presenta a la niña la ocasión de contemplar la zona genital de un niño (algún hermano, un primo o un compañero de juegos) y descubrir la diferencia. Entonces

"... cuando la sujeto tiene ocasión de compararlo (el clítoris) con el pene verdadero de un niño, encuentra pequeño el suyo y siente este hecho como una desventaja y un motivo de inferioridad. Durante algún tiempo se consuela con la esperanza de que crecerá con ella, iniciándose en este punto el complejo de masculinidad de la mujer. (Después) la niña no considera su falta de pene como un carácter sexual, sino que la

explica suponiendo que en un principio poseía un pene igual al que ha visto en el niño, pero que lo perdió luego por castración." (Freud, III:2751)

El descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, leída por la niña como castración consumada, hace que ésta desarrolle sentimientos de rabia, envidia y desesperanza, o un afán de revancha, de mostrar que, a pesar de todo, no es inferior al niño. Esto es lo que Freud, en *Algunas consecuencias psíquicas...*, denomina "complejo de castración femenina" o "envidia fálica".

"En efecto, (la niña) advierte el pene de un hermano o de un compañero de juegos, llamativamente visible y de grandes proporciones; lo reconoce al punto como simil superior de su propio órgano pequeño e inconspicuo, y desde ese momento cae víctima de la envidia fálica." (Freud: III, 2899)

La niña sufre, entonces, una herida narcisista que la lleva a experimentar un resentimiento contra su madre. Freud plantea que el complejo de castración y la consecuente "envidia del pene" empujan a la niña al complejo edípico, es decir, al desarrollo de sentimientos erótico-afectivos hacia el padre y de rivalidad-hostilidad hacia la madre. Pero reconoce que

"Nuestro material se hace aquí —incomprensiblemente— mucho más oscuro e insuficiente... Pero, en general, hemos de confesar que nuestro conocimiento de estos procesos evolutivos de la niña es harto insatisfactorio e incompleto." (Freud: III, 2750-51)

Miranda nos dice que en este punto se hace presente el problema al que Freud, interesado ya en el desarrollo específico de la sexualidad femenina, busca solución. La niña, igual que el niño, tiene como objeto primario a la madre, pero ahora debe cambiar de objeto de la madre al padre, y simultáneamente mudar de una actitud erótica activa masculina —representada por la masturbación clitorídea— a la actitud de amor pasivo en relación con el padre, representada por la sensibilidad vaginal receptiva. (Miranda, 1994:587).

En *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925),

Freud plantea la situación de la siguiente manera:

"El complejo de Edipo de la niña pequeña implica un problema más que el del varón. En ambos casos la madre fue el objeto original, y no ha de extrañarnos que el varón la retenga para su complejo de Edipo. En cambio, ¿cómo llega la niña a abandonarla y a adoptar en su lugar al padre como objeto? Al perseguir este problema he podido efectuar algunas comprobaciones susceptibles de aclarar precisamente la prehistoria de la relación edípica en la niña." (Freud, 1981:III, 2898)

Reconociendo una vez más que carece de material analítico suficiente, Freud avanza una explicación: la envidia fálica experimentada por la niña trae, entre otras consecuencias (envidia, celos, sentimiento de inferioridad), el relajamiento de los lazos cariñosos con el objeto materno. La falta de pene es casi siempre achacada a la madre, quien la echó al mundo tan insuficientemente dotada (Freud III:2900). La niña pierde interés en su propio clítoris, que ya conocía como un lugar del cuerpo que le gustaba tocar; ahora le parece inútil e insignificante al compararlo con el pene... Gracias a esta serie de desilusiones, la pequeña se desprende de la madre y se interesa por el padre, generando el deseo de tener un hijo suyo como sustituto al viejo deseo de tener un pene

La niña ha entrado de lleno al complejo de Edipo. Ama al padre y odia a la madre, a quien considera una rival. El paso siguiente en el desarrollo sexual debería ser —según la teoría freudiana— que la pequeña renunciara al padre y se identificara con la madre, es decir, que se llevara a cabo la disolución del complejo de Edipo, tal como sucede en el varón. (Recordemos que la disolución del complejo de Edipo garantiza en el niño la

formación de su conciencia moral y ética; en pocas palabras, de su *super-yo*¹⁶.) Sin embargo, Freud nos dice que en el caso de la niña

"falta todo motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo. La castración ya ha ejercido antes su efecto, que consistió precisamente en precipitar a la niña en la situación del complejo de Edipo. Así, éste escapa al destino que le es deparado en el varón; puede ser abandonado lentamente o liquidado por medio de la represión, o sus efectos pueden persistir muy lejos en la vida psíquica normal de la mujer. Aunque vacilo en expresarla, se me impone la noción de que el nivel de lo ético normal es distinto en la mujer que en el hombre. El *super-yo* nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en el hombre. Ciertos rasgos caracterológicos que los críticos de todos los tiempos han echado en cara a la mujer —que tiene menor sentido de la justicia que el hombre, que es más reacia a someterse a las grandes necesidades de la vida, que es más propensa a dejarse guiar en sus juicios por los sentimientos de afecto y hostilidad—, todos ellos podrían ser fácilmente explicados por la distinta formación del *super-yo*." (Freud, III:2902)

Con un complejo edípico sin resolver, fijada al padre y hostil a la madre, la niña entra en un periodo de *latencia* —"de relativo adormecimiento de la curiosidad y actividades sexuales" (Fernández del Valle, 1998:126)— que desembocará, a su vez, en la pubertad: etapa en la cual la niña se transformará en mujer; su masculinidad trocará en feminidad, y su erotismo activo, en pasividad receptiva, dando origen a una sexualidad orientada básicamente al deseo compulsivo por la maternidad.

La idea de una mujer permanentemente ligada al padre, rival y celosa de la madre, envidiosa del pene, inmersa en una castración consumada, fue el motor que activó una serie de debates en torno a los conceptos freudianos.

Entre los años de 1925 y 1935, mujeres y hombres, feministas y no feministas, se dieron a la tarea de cuestionar las elaboraciones del maestro, ofreciendo explicaciones

¹⁶ "Una de las instancias de la personalidad, descrita por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico, es el *super-yo*; su función es comparable a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la conciencia moral, la auto observación, la formación de ideales, como funciones del *super-yo*... Según Freud, la formación del *super-yo* va paralela a la declinación del complejo de Edipo: el niño, renunciando a la satisfacción de sus deseos edípicos marcados por la prohibición, transforma su *catexis* sobre los padres en identificación de a los padres, interioriza la prohibición." (Laplanche, 440)

alternativas —desde dentro y fuera del psicoanálisis— sobre el enigma de la feminidad, el *ser mujer* y la sexualidad femenina.¹⁷

Tales explicaciones, que derivaron más tarde en corrientes del pensamiento analítico, influyeron en la reelaboración que, entre 1931 y 1933, hizo Freud de su teoría.

Los artículos *Sobre la sexualidad femenina* (1931) y *La Feminidad* (1932) dan cuenta de lo anterior; en ellos, Freud reconoce que la prehistoria de la relación edípica, es decir, la relación madre-hija o *fase preedípica*, tiene un lugar fundamental en el desarrollo sexual de la niña, una "importancia que hasta ahora no se le había asignado" (Freud, 1981III:3077); y comenta que el reconocimiento de tal importancia le fue aligerado gracias a los trabajos realizados por mujeres psicoanalistas.

"Todo lo relacionado con esta primera vinculación materna me pareció siempre tan difícil de captar en el análisis, tan nebuloso y perdido en las tinieblas del pasado, tan difícil de revivir, como si hubiese sido víctima de una represión particularmente inexorable... Parecería, que las analistas como Jeanne Lampl-de Groot y Helen Deutsch, por ser del sexo femenino, pudieron captar estos hechos más fácil y claramente, porque contaban con la ventaja de representar sustitutos maternos más adecuados en la situación transferencial con las pacientes sometidas a su tratamiento." (Freud, III:3078)

Fernández del Valle, por su parte, agrega otros dos nombres al grupo de mujeres analistas, cuyos trabajos de investigación ejercieron cierta influencia en las concepciones freudianas: Karen Horney y Melanie Klein.

"Los últimos dos artículos de Freud sobre la sexualidad femenina tienen, pues, como antecedente inmediato, la vigorosa actividad creativa de un grupo de mujeres psicoanalistas. Los escritos de Horney, Deutsch, Klein y Lampl-deGroot habían dejado en claro que no es posible derivar "la envidia del pene" del solo hecho de la

¹⁷ Ya en *Algunas consecuencias psíquicas...*, Freud manifiesta alguna reacción a las réplicas feministas sobre sus formulaciones teóricas.

"No nos dejemos apartar de estas conclusiones por las réplicas de los feministas de ambos sexos, afanosos de imponernos la equiparación y la equivalencia absoluta de los dos sexos; pero estamos muy dispuestos a concederles que... todos los individuos humanos, en virtud de su disposición bisexual y de la herencia en mosaico, combinan en sí características, tanto femeninas como masculinas, de modo que la masculinidad y la femineidad puras no pasan de ser construcciones teóricas de contenido incierto." (Freud, 1981:2902)

carencia anatómica de este órgano: el descubrimiento de la diferencia sexual adquiere su significado a partir de la relación de la niña con sus progenitores y, en especial, con su madre. Así Freud se ve obligado a reemprender su descripción del desarrollo sexual de la mujer, al percatarse de que en sus anteriores descripciones del complejo de masculinidad se echa de menos una descripción cuidadosa del terreno en el que surge, en la mujer, el reconocimiento de las diferencias anatómicas." (Fernández del Valle, 1998:138)

Los trabajos de investigación de las mujeres psicoanalistas pusieron en claro —no sólo para Freud, sino también para las investigaciones futuras— que la relación madre-hija ocupa un papel de vital importancia en el desarrollo sexual de la niña. Tales trabajos representan, además, el inicio de una historia de la sexualidad femenina escrita por y desde la óptica femenina... Son mujeres escribiendo desde su propia experiencia del cuerpo.

2.2 Teoría Feminista

Una cuestión no claramente feminista¹⁸.

Como se mencionó en el apartado anterior, la promoción teórica del complejo de castración —en su vertiente femenina: envidia del pene— despertó una serie de debates sobre el enigma de la feminidad.

Recordemos que, para Freud, la noción de complejo de castración es la clave que ayuda a comprender cómo se construye la diferencia de los sexos; a partir de la fase fálica niñas y niños siguen un proceso asimétrico. En el núcleo de esta fase está el

¹⁸ *No claramente feminista* porque, aunque las autoras que presento aquí no se declaran abiertamente feministas, ya sus trabajos teóricos contienen proposiciones feministas en germen. El título *Una cuestión no claramente feminista* es una suerte de paráfrasis de un título tomado de Flax (1995:236).

reconocimiento del órgano genital masculino, como único existente, ya que la niña no reconoce aún la existencia de la vagina.

Los debates que se llevaron a cabo entre 1925 y 1935, giraron en torno a estos dos ejes:

- 1) "La existencia de la vagina ¿se reconoce durante la infancia, o en la pubertad?"
- 2) La envidia del pene ¿es primaria, como sostiene Freud? ¿O es una formación defensiva secundaria? Nadie puso en duda que se tratara de un hecho muy comúnmente observado en la clínica psicoanalítica¹⁹." (Fernández del Valle, 1998:128)

Ambos ejes colocaron en el centro de la discusión la *cuestión femenina*: qué es la feminidad, qué significa ser mujer, cuáles son las características de su sexualidad. Y por primera vez —aunque el debate se estableció en torno a los conceptos freudianos— la atención de importantes grupos intelectuales y científicos de aquella época se concentró en el estudio de la problemática femenina... Es éste un tiempo de análisis no claramente feministas (de ahí el título de este subapartado), no abiertamente feministas²⁰; sin embargo, en los trabajos de algunas de las mujeres que se dieron a la tarea de contestar

¹⁹ Sin embargo, aclara Fernández del Valle, "en aquellos años no se practicaban aún estudios sistemáticos de observación de niños y la experiencia en psicoanálisis con niños pequeños era todavía muy escasa. Se intentaba pues, a partir del psicoanálisis de mujeres (a excepción de Melanie Klein, que ya trabajaba con niños), y con ayuda de alguna anécdota sobre el comportamiento infantil, reconstruir el desarrollo de la sexualidad de la niña, suponiendo que los conflictos inconscientes hallados guardaban la huella de las vivencias tempranas del sujeto. El procedimiento es impecable si se trata de estudiar la realidad psíquica pero —ahora lo tenemos muy claro—, no sirve a propósitos como la descripción de la fisiología de la respuesta sexual, o el estudio de la integración del esquema corporal en el lactante. (Fernández del Valle, 1998:128)

²⁰ No abiertamente feministas sólo en el ámbito de la ciencia, porque hay que recordar la presencia de los movimientos feministas de comienzos del siglo que —nos dice Tubert (1995:9)— "más que una ideología, representaban una rebelión contra las normas que definían la feminidad burguesa victoriana."

a las elaboraciones freudianas, ya hay concepciones feministas en germen.²¹

Es el caso, por ejemplo, de las teorizaciones de Helen Deutsch, Jean Lampl-de Groot, Melanie Klein, Karen Horney, quienes comenzaron por preguntarse ¿cuáles eran los motivos de la niña para envidiar el pene? La idea de una envidia *sólo porque sí*, las tenía inconformes; esto, aunque algunas de ellas (Deutsch, Lampl-de Groot), ya en el debate, estuvieran a favor de las teorías del maestro.

"Karen Horney (1923)²² hacia notar que no se había logrado aún comprender porqué surge la envidia del pene. Este enojo ante la supuesta superioridad anatómica del niño, ¿sería en verdad suficiente para causar una reacción tal, que llevara a la mujer, en ciertos casos, a renunciar por completo a su sexualidad?" (ibidem, 128)

Deutsch (1925), por su parte, dice que la niña no es *masculina*, rechazando la hipótesis freudiana de que 'la niñita es un hombrecito' hasta llegar a la fase fálica. Existe una considerable semejanza entre los niños de ambos sexos, pero esto, para ella, no se debe a que ambos sean masculinos, sino al hecho de que la diferenciación definitiva habrá de producirse más tarde. La autora afirma:

"Si aceptamos que los seres humanos tienen orgánicamente disposiciones bisexuales, que la mujer y el hombre se originan en una fuente primaria común, nos vemos obligados a concluir que en la economía psíquica de los individuos los dos componentes, masculino y femenino, deben unirse para formar un todo armónico. El componente femenino predominará en las mujeres y el masculino en los hombres. Cuando la armonía de las tendencias masculinas y femeninas se perturba en un

²¹ Incluso Freud, comenta Tubert,

"es el revolucionario que contribuyó más eficazmente que muchos otros a la liberación de las mujeres..."

En su teoría se reveló un espíritu incuestionablemente revolucionario. Pero para acotar los enunciados teóricos que aún hoy representan un revulsivo para las ideologías sobre la feminidad, debemos dejar de lado la *doxa* freudiana sobre la mujer, expresada en su correspondencia y citada frecuentemente como prueba del carácter conservador de su autor. Considero que esas opiniones se pueden separar completamente de su teoría, a la que son ajenas...

Considero que el psicoanálisis freudiano proporciona una concepción de la mujer que no la reduce a un *destino* natural ni social." (Tubert, 1988:14)

"El psicoanálisis puede ayudarnos a comprender la problemática de la mujer en tanto revela la *articulación simbólica de la diferencia sexual a través de sus efectos imaginarios*." (ibidem:13) (Subrayado de la autora)

²² La fecha que aparece entre paréntesis, enseguida del nombre de alguna autora, corresponde al año en que se publicó su trabajo.

individuo, surge un conflicto interno. Las fuentes de esta perturbación, como he intentado demostrar son psicológicas. Los niños de ambos sexos tienen características activas y pasivas. Muchas de las fuerzas activas y agresivas de la infancia se conservan como componentes positivos de la vida mental femenina." (cit. en Tubert, 1988:52)

Ahora bien, Deutsch considera que en el caso de la niña, los factores constitucionales y ambientales se combinan para producir una inhibición de sus fuerzas activas y agresivas. Pero cuando habla de *factores constitucionales* se remite a la existencia de un *núcleo esencial femenino*, al cual define como "la disposición pasivo-masoquista en la vida mental de las mujeres" (Fernández del Valle, 1998:133). En este núcleo se encuentra, también, la raíz biológica de la tendencia a la maternidad. "Sexualidad y maternidad se funden en la vida más profunda e inconsciente del alma." (cit. en Tubert, 1988:61)

(Desgraciadamente una exposición a profundidad de las ideas de esta autora —o de cualquiera de las aquí mencionadas— rebasa por mucho los objetivos del presente trabajo, así que me limitaré a mencionar que, afirmaciones como las anteriores, y muchas otras, trajeron para Deutsch tantas críticas como las que habían caído sobre Freud. En los Estados Unidos, alrededor de los años sesenta, se le llegó a considerar la representante oficial de la teoría freudiana, y esto consistía ya un anatema, en algunos ámbitos feministas de aquella época.)

Lampl-de Groot (1927) —otra discípula de Freud, y a favor de él— propuso una "explicación enormemente sencilla al problema de por qué desea la niña un pene" (Fernández del Valle, 1998:134):

Hasta la fase fálica, la niña se comporta y desarrolla de una manera similar al niño. Ingresa en la fase fálica y en el complejo de Edipo orientando sus deseos hacia la madre.

con el anhelo de eliminar al padre, a quien considera un rival que le impide la posesión exclusiva de aquélla.

"La niña quisiera conquistar y poseer a su madre y deshacerse de su padre, pero la falta de pene se lo impide: su madre siempre preferirá como compañero a un hombre. Obligada a renunciar a su madre, opta por identificarse con ella y, a través de su nueva identificación femenina, concibe el deseo de tener un hijo de su padre." (Ibidem, 134)

Que quede claro —enfatisa Fernández del Valle— para Lampl-de Groot, lo que la niña desea no es en último término un pene, sino el amor incondicional de la madre. La "superioridad" del sexo masculino, supuestamente proclamada por la interpretación freudiana de la envidia del pene, consiste en que sólo un hombre puede hacerle el amor a mamá, sólo un hombre puede completarla sexualmente. La aceptación de este hecho constituye lo que se ha llamado "complejo de castración".

Melanie Klein (1928), por su parte, considera que la investigación psicoanalítica, hasta ese momento, se ha centrado en la organización sexual del hombre, dejando en segundo plano la de la mujer; así que propone estudiar específicamente el desarrollo sexual de *la mujer*.

Klein es la única, de los analistas que participan en el debate, que obtiene su material clínico del análisis directo de niñas y niños pequeños. Y sostiene que las niñas tienen una "noción general inconsciente acerca de la existencia de la vagina" y "un conocimiento consciente de que tienen una abertura en los genitales".

"En algunos casos las niñas obtienen este conocimiento a través de investigaciones realizadas en juegos sexuales con otros niños, y en otros lo descubren solas. Indudablemente, tienen una fuerte tendencia a negar o a reprimir tal conocimiento, en razón de la ansiedad que sienten con respecto a este órgano y al interior del cuerpo." (Klein, 1964; en Tubert, 1988:74)

En relación con la envidia del pene y a la ruptura de la relación con la madre, Klein plantea que la niña se aleja de ésta y se orienta hacia el padre (específicamente hacia su pene) como resultado de las frustraciones que le produce el destete y la imposición del control de los esfínteres. El pene es visto por la niña como objeto de gratificación oral.

A partir de este nuevo deseo, desarrolla fantasías en las que su madre introduce el pene del padre en su cuerpo y le da a él sus pechos; estas fantasías constituyen el núcleo de las teorías sexuales tempranas, que producen en la niña sentimientos de envidia y de odio hacia la madre por esconder en su cuerpo el pene del padre (en esta etapa del desarrollo, los niños de ambos sexos creen que el cuerpo de la madre contiene todo lo deseable: la leche, las heces que la madre conserva para sí mientras despoja a las hijas e hijos de las suyas, los bebés que son también un producto intestinal valioso en la mente del niño pequeño, y, especialmente, el pene del padre).

Klein sostiene que las tendencias edípicas de la niña se inician con sus deseos orales por el pene del padre, deseos que ya se acompañan de impulsos genitales. El deseo de robar a su madre el pene del padre e incorporarlo a sí misma es un factor fundamental en el desarrollo de su vida sexual.

Estos puntos de vista difieren ampliamente de los planteamientos freudianos. Klein defiende su coincidencia con Freud en dos puntos: la niña quiere tener un pene y odia a la madre por no habérselo dado. Sin embargo, para ella, lo que la niña desea fundamentalmente no es poseer un pene como atributo de masculinidad, sino incorporarlo como objeto de gratificación oral.

La niña odia a la madre por no dejarla apoderarse de sus tesoros y constantemente en sus fantasías la asalta para robárselos por la fuerza. Así, la niña vive en constante pie

de guerra respecto a su madre, temiendo siempre sufrir los mismos ataques que ella ha imaginado llevar a cabo.

El intenso miedo a ver el interior de su cuerpo violentamente destruido es análogo al temor de castración en el varón, pero con la agravante de que la niña no puede comprobar la integridad de sus órganos internos. Ante esta angustia insoportable, la vagina, cuya existencia misma puede llegar a ser negada, cede el primer lugar al clitoris, que sí puede ser visto.

"La perenne inseguridad de la propia valía que sufren muchas mujeres, atribuida por Freud a la envidia del pene, es para Klein una consecuencia de esta hostilidad hacia la madre, que llena a la niña de miedo y de culpa." (Fernández del Valle, 1998:136)

Karen Horney (1933) es la primera en considerar como un problema en sí mismo el hecho de que la mujer se sienta en desventaja por carecer de pene; se pregunta de dónde viene esa sensación de inferioridad que las niñas experimentan al descubrir la existencia del órgano genital masculino, y vincula esta experiencia a la influencia de las condiciones culturales.

(Por ejemplo) "existe en la niña una envidia del pene que se centra en las ventajas que tiene el varón para examinar sus genitales y para dirigir el chorro de orina manipulando su pene, mientras que a ella se le prohíbe la masturbación." (Ibidem, 130)

Horney es, pues, la primera en hacer una crítica culturalista de la situación femenina; para lo cual toma en cuenta la tesis sustentada por el sociólogo Georg Simmel, que afirma que toda nuestra civilización es una civilización masculina. El Estado, las leyes, la moral, la religión, y las ciencias son creaciones masculinas.

Dice Simmel:

"Las exigencias del arte, el patriotismo, la moral en general y las ideas sociales en particular, la corrección en el juicio práctico y la objetividad en el conocimiento teórico, la energía y la profundidad de la vida: todas estas características pertenecen por así decirlo, en su forma y sus pretensiones a la humanidad en general, pero en su configuración material histórica son enteramente masculinas. Suponiendo que designáramos estas cosas, vistas como ideas absolutas, por la sola palabra *objetivo*, observaríamos entonces que, en la historia de nuestra raza, la ecuación objetivo=masculino es una ecuación válida." (cit. en Tubert, 1988 79)

Basada en esta tesis, Horney plantea que el psicoanálisis y todo su cuerpo teórico es producto de la mente de un "genio de sexo masculino" (Ibidem, 78). Y subraya que Freud mismo ha llamado la atención sobre cierta unilateralidad de las investigaciones psicoanalíticas, en el sentido de que se había tomado como objeto de estudio casi exclusivamente al hombre y al niño en su proceso de desarrollo.

En este sentido, continúa Horney,

"es posible que la organización genital de la niña pequeña sea tan semejante a la del niño como se ha supuesto. Pero siguiendo a Simmel podemos suponer que la adaptación femenina a la estructura masculina tiene lugar en un periodo tan temprano y en un grado tan intenso que llega a sofocar la *naturaleza específica* de la niña. O tal vez las observaciones psicoanalíticas se hayan realizado desde el punto de vista del hombre." (Ibidem, 80)

Así, en los planteamientos de Horney aparece ya el ingrediente de lo social, y lo cultural, como un factor importante de la subordinación femenina; sin embargo, todavía está muy presente, en su trabajo (al igual que en el de las autoras anteriores), la idea de una *naturaleza femenina*. La crítica a esta noción naturalista correrá a cargo de las teorizaciones feministas, efectuadas desde diferentes campos de estudio.

Una cuestión claramente feminista

En 1949, Simone de Beauvoir, una de las madres fundadoras de la teoría feminista contemporánea, puso el acento en la dimensión histórica y cultural de la condición femenina, declarando que

"No se nace mujer: llega una a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización en conjunto es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que califica como femenino. (1986:13)

De Beauvoir insiste, como lo harán las teóricas feministas posteriores, en que esa supuesta mutilación no constituye la "esencia" de la mujer, ni es un reflejo de ella. Más bien es una consecuencia de ideas y fuerzas históricas, y por ello, susceptibles de cambio. Sin embargo —continúa— en las culturas de dominio masculino, ninguna mujer escapa a los muchos modos de dominación en los que se restringe y define su ser como la *otra* (siempre inferior) del hombre. La autora describe las vidas limitadas y limitantes del *segundo sexo*. Y, con relación al complejo de castración, expone que el deseo por un pene se presenta de formas diferentes, según el caso.

"En primer lugar, hay muchas niñas que ignoran la anatomía masculina hasta una edad avanzada. Para muchas otras, ese pedacito de carne que cuelga entre las piernas de los muchachos es insignificante, y hasta irrisorio; es una singularidad que se confunde con la de las ropas, o el tocado; a menudo la descubren en un hermanito recién nacido, y 'cuando la niña es muy pequeña —dice H. Deutsch— no se impresiona por el pene del hermanito', y cita el ejemplo de una niña de dieciocho meses que permaneció absolutamente indiferente al descubrir el pene y no le dio valor sino mucho más tarde, en relación con sus preocupaciones personales. Sucede incluso que el pene llega a ser considerado como una anomalía, una excrecencia, una cosa vaga que cuelga como los lobanillos, las ubres o las verrugas, que hasta puede inspirar desagrado. Por último, hay muchos casos en los cuales la niña se interesa por el pene de un hermano o de un amigo, pero no significa que sienta celos precisamente sexuales y menos aún que se sienta profundamente herida por la ausencia de ese órgano." (Ibidem, 18)

Lo que sí puede despertar envidia en las niñas pequeñas —nos dice la autora— es ese derecho que tiene el niño para tocarse el pene, para usarlo como un juguete con el cual dirigir la orina, mientras está de pie, y a la vista de todos: no tiene que esconderse: puede orinar en los jardines o en las calles. En cambio, a ella se le prohíbe tocar sus genitales, debe ponerse en cuclillas, y no puede orinar en espacios abiertos. “Esa diferencia constituye para la niña la diferencia sexual más chocante.” (Ibidem, 18)

La envidia del pene no se debe, entonces, a la posesión física o no de éste, sino a lo que esa posesión simboliza.

“Si la niña se siente impotente para saciar sus deseos de masturbación o exhibición; si sus padres reprimen su onanismo; si tiene la impresión de ser menos querida y estimada que sus hermanos, entonces proyectará su insatisfacción sobre el órgano macho... Y Adler ha insistido justamente sobre el hecho de que la valoración efectuada por los padres y el entorno es la que da al varón el prestigio del cual el pene es aplicación y símbolo a los ojos de la pequeña niña. Se considera que su hermano es superior, y él mismo se enorgullece de su virilidad, por lo que ella la envidia y se siente frustrada. A veces siente rencor respecto de su madre, y más raramente con respecto a su padre; o bien se acusa a sí misma de estar mutilada, o se consuela pensando que el pene está oculto en su cuerpo y que un día saldrá.” (Ibidem, 22)

La obra de Simone de Beauvoir —nos dice Flax (1995:237)— inicia, implusa y enmarca el campo de la posterior investigación feminista, la cual se dará a la tarea de propagar con más fuerza la noción de que las características humanas consideradas *femeninas* son adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse *naturalmente* de su sexo.

En la década de los sesenta, la lucha feminista se centra en la denuncia de la desigualdad sexista y las diferencias en los papeles de mujeres y hombres, subrayando que la condición de *madre y esposa* —adjudicada a las mujeres como una característica

natural— no es más que un producto socio-cultural e histórico; al igual que la posición dominante asignada a los varones. (Lamas, 1994:178)

Al mismo tiempo, grupos de mujeres feministas organizan, entre otras actividades, sesiones de concientización con el objetivo de que sean ellas mismas quienes hablen — desde su experiencia de vida— de temas como el miedo a la violación, al abuso, a la violencia masculina... Se trata de jornadas de autoconciencia y autoayuda, donde las mujeres hablan de cómo viven y padecen la desigualdad entre hombres y mujeres; de su derecho al control de la natalidad, del aborto, de los hijos no deseados; del derecho al placer sexual, separado de la reproducción; del derecho a la satisfacción, a la libertad de elección: heterosexual u homosexual; del derecho a gozar de su propio cuerpo... Hablan, en pocas palabras, de lo que significa *ser mujer*, de la feminidad, de la sexualidad, desde sus propias experiencias corporales.

Los años sesenta son, pues, los años de la reflexión vivencial sobre la condición femenina. Flax comenta, en relación a los grupos de concientización, que "las teóricas feministas tienen una profunda deuda con estos movimientos de mujeres" (1995:237).

Los años setenta, en cambio, se caracterizan por la proliferación teórica. En esta década, el estudio de la sexualidad femenina adquiere una nueva importancia, ahora como construcción socio-cultural e histórica... Ya en los años cincuenta habían aparecido investigaciones sobre su dimensión biológica; el estudio de Kinsey, *Sexual Behavior in the Human Female* (1953), es un buen ejemplo de ello.

"Las mujeres pueden —y de hecho lo hacen— disfrutar del sexo tanto como los varones, las mujeres no son frías, tanto los varones como las mujeres carecen de información real sobre la sexualidad femenina; las mujeres son criaturas que necesitan y buscan el orgasmo tanto como los varones" (Kinsey, 1953; en Lerer, 1995:30)

Pero ahora, siguiendo la línea señalada por los estudios de Simone de Beauvoir, las teóricas feministas abordan el tema de la sexualidad desde un enfoque social, político, cultural e histórico. Un enfoque antropológico.

"El enfoque antropológico ha permitido analizar la enorme diversidad social y cultural que da vida a la historia y, en ese marco, ubica la diversidad genérica. Estudios antropológicos de las más distintas corrientes han demostrado incluso cómo aquellos atributos de las mujeres o de los hombres, considerados sexuales, en otras sociedades y culturas son atributos del otro sexo." (Lagarde, 1993:179)

La diferencia entre sexo y género fue introducida, en 1964, por Stoller, quien sugirió el uso del término *género* para designar lo femenino y lo masculino; y del término *sexo* para hacer referencia al

"sexo del macho o de la hembra y a los componentes biológicos que determinan si una persona es macho o hembra... Para los fenómenos psicológicos debe emplearse la palabra *género*: podemos hablar del sexo masculino o femenino, pero también podemos hablar de la masculinidad y de la feminidad, sin hacer necesariamente referencia a la anatomía o a la fisiología." (Stoller, 1968:VII-IX; en Lagarde 1993:177-178)

La distinción entre sexo y género permitió enfrentar mejor el determinismo biológico, y ampliar la base argumentativa a favor de la igualdad entre mujeres y hombres.

Así, en 1975, Gayle Rubin ofrece una de las primeras explicaciones contemporáneas sobre las relaciones de género; plantea que la sexualidad no está relacionada con la genitalidad anatómica, y define el sistema de sexo/género como "el conjunto de convenciones mediante las cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana". Sostiene que "el sexo, tal como lo conocemos —identidad de género, deseo, fantasías sexuales—, es un producto social." (cit. en Flax, 1995: 248)

De esta década son también las obras de Millet, *Política Sexual*; Friedan, *La mística de la feminidad*, y Greer, *El eunuco femenino*; todas, con una clara intención de

posicionar, en el centro de la discusión, a la sexualidad femenina, presentándola como una construcción patriarcal edificada a partir de la anatomía. Las críticas feministas más conocidas al psicoanálisis son producto de estas autoras.

"Muy pocas mujeres desean tener pene. Quizá alguna piense que sería útil tener uno para mear; lo que si suelen 'envidiar' las mujeres, por otra parte, es la libertad, el poder y el prestigio que parece conferir el hecho de tenerlo. Kate Millet exponía este planteamiento en *Política sexual* (1970), e indicaba también que seguramente los niños desearían mucho antes los pechos que los penes. Pero Freud no tenía la costumbre de preguntar a sus pacientes (varón o mujer) qué deseaban. Más bien era famoso por preguntar retóricamente: '¿Qué quieren las mujeres?'; en la práctica, prefería decirselo él." (Gilbert *et al*, 1989:196)

La producción teórica de los años setenta y ochenta busca modificar la imagen de la feminidad y la sexualidad femenina, cuestionando el papel de las mujeres en la sociedad y evidenciando que el uso de su cuerpo —como objeto sexual en la publicidad, los medios de comunicación, la pornografía...— ha sido, de múltiples formas, una de las tradiciones sexuales más difundida en el sistema patriarcal. La teoría feminista opone, a la idea de que el cuerpo de la mujer es para el uso del hombre, la consigna de que "las mujeres son dueñas de su propio cuerpo." (Ibidem, 223)

Las teóricas feministas demandan una nueva calibración de los valores, un replanteamiento de las ideas sobre lo que es justo, excelente, digno de elogio y moral. "Como vivimos en sociedades en las que los hombres tienen más poder que las mujeres, tiene sentido asumir que se consideren más dignas de alabanza las cualidades asociadas a ellos y que el 'elogio' al estereotipo femenino se utilice en realidad como un medio para mantener a las mujeres en sus lugares separados y desiguales." (Flax, 1995:77)

A partir de los años ochenta, la producción intelectual feminista construye nuevos estilos, nuevos relatos sobre el género, la sexualidad, las diferencias y similitudes entre

los sexos... En ellos han cambiado de forma radical las expectativas sobre la trama, los personajes centrales y la moralidad aceptable.

"...un logro de las feministas actuales ha sido construir las estructuras críticas, las plataformas, la seguridad general, a partir de las cuales las mujeres puedan seguir explorando, desarrollando y definiendo su sexualidad " (Gilbert *et al*, 1989:232)

Los nuevos relatos sobre la sexualidad femenina son elaborados desde la antropología, la psicología, la sociología e, incluso, el psicoanálisis. Mitchell, Irigaray, Cixous, Chodorow, Olivier, entre otras, son representantes de esta última línea de investigación, que propone utilizar la teoría freudiana como un medio para comprender la subordinación de las mujeres.

El psicoanálisis feminista sostiene, *grosso modo*, que el psicoanálisis debe entenderse como una explicación de la forma en que cada individuo llega a adquirir una "ley patriarcal" y cómo esta adquisición determina su estructura psíquica. En este contexto, el análisis freudiano de la psique femenina no debe leerse como una prescripción —es decir, una justificación del sufrimiento de las mujeres y su "lugar" bajo el patriarcado—, sino más bien como una descripción de las consecuencias inevitables para el desarrollo psíquico de las relaciones sociales patriarcales. El masoquismo femenino, la envidia del pene y su super yo más débil deben comprenderse como resultados de la imposición sobre las mujeres de la ley patriarcal (Flax, 1995:70). Así, lo importante de la explicación psicoanalítica, desde el punto de vista del feminismo, es que muestra a la sexualidad femenina y a la femineidad como resultados de una historia compleja, y no como hechos provenientes de la naturaleza.

"La sexualidad nunca fue para Freud un dato natural, biológico o anátomo-fisiológico; precisamente, el psicoanálisis tiene su origen histórico en la separación de la enfermedad psíquica y el sexo biológico." (Tubert, 1988:20)

Y Flax agrega que

"La teoría freudiana es revolucionaria en su contenido porque revela, con mayor profundidad de forma más completa que cualquier otra teoría psicológica, la miseria que sufrirán las mujeres mientras vivan bajo la 'Ley del Padre'." (1995: 270)

Bajo la *Ley del Padre*, bajo los discursos falocéntricos, *la mujer*²³, su cuerpo y su deseo aparecen como un *otro*, un espejo o un valor de uso para el hombre. "Hasta sus órganos son necesarios como una demostración de la potencia masculina... Las mujeres están allí como testigos. Se las forma para someterse a una economía exclusivamente falocrática." (Irigaray, 1992; en Flax, 1995:289)

Bajo una perspectiva psicoanalítica feminista, en cambio, la sexualidad de *las mujeres* nunca es verdaderamente fálica/genital; a diferencia del placer de los hombres, el de ellas nunca se centra en un órgano o se orienta a una meta: la liberación (de la tensión) orgásmica. Es más bien plural: "La mujer tiene órganos sexuales más o menos en todas partes... La geografía de su placer está mucho más diversificada, es más múltiple en sus diferencias, más compleja, más sutil que lo que se imagina comúnmente." (Ibidem, 289)

Sin embargo, nos dice Cixous, esta sexualidad fluida y sin límites no puede conceptuarse con los parámetros masculinos; para los hombres y el discurso masculino, la sexualidad femenina aparece como un "continente oscuro", desconocido, incluso para las propias mujeres. Bajo el sistema patriarcal, "a la mujer le asquea la mujer y la teme" (cit. en Flax, 1995:290), y los hombres desarrollan una relación ambivalente con ellas y el

²³ "Hay que contribuir a la invisibilización de las mujeres hablando de ellas en singular ('la mujer'), de manera que queden en el discurso como un ente abstracto que haga de las personas seres imperceptibles en su diversidad, idénticos a sí mismos y, por esa vía, receptores de las atribuciones que deseen imponerles quienes ejercen la opresión patriarcal de género." (Cazés, 2001, *Misoginia de Estado*, en revista Milenio, marzo 28)

continente oscuro de su sexualidad: las aman y las temen; de ahí, todos los mitos que, sobre sus cuerpos y sus deseos, han generado. Mitos que, a fuerza de costumbre y tradición, han sido asumidos como realidades y, peor aún, como características propias de la *naturaleza femenina*.

Lerer²⁴ —en su libro *Sexualidad femenina: mitos y realidades* (ver bibliografía)— expone algunos de ellos. Por ejemplo, el mito de que las mujeres, en la infancia, son seres asexuados; o el que dicta que las niñas bonitas o buenas no se tocan los genitales porque huelen feo. Que las niñas se vuelven mujeres con la primera menstruación, y que ésta es una maldición; por tanto, debe ser celosamente ocultada. Las mujeres menstruantes están enfermas. Es mejor no tener *relaciones* durante *la regla* porque es sucio y vergonzoso.

La masturbación sólo es un mal sustituto de la relación sexogenital. Las mujeres que se masturban son anormales. La masturbación deforma nuestros genitales. La mujer tiende a ser frígida, casi por naturaleza. Las posibilidades de sentir placer nacen con una; no se pueden aprender. Gozar es un pecado. Las mujeres tendemos al masoquismo y a la locura por naturaleza.

La virginidad es un tesoro de la mujer.

Si una mujer no se casa es una fracasada en su vida. Sexualmente, la mujer es pasiva y el varón activo. Tomar la iniciativa es cosa de él. La mujer tiene menos necesidades eróticas que el hombre; su deseo sexual es menor que el de él. Es deber de la mujer satisfacer al compañero. La mujer es más lenta en la excitación y en llegar al

²⁴ María Luisa Lerer es psicóloga clínica e investigadora de la problemática de la sexualidad y la sexogenitalidad desde la perspectiva del género. No es psicoanalista; su enfoque es desde la psicología feminista.

orgasmo. La mujer normal alcanza el orgasmo solamente con el coito. Las mujeres no deben tener fantasías sexuales; son nocivas. En la mujer el goce es más espiritual que corporal. El sexo oral es propio de ninfómanas y prostitutas.

La mujer es la que tiene que cuidarse para no concebir. La maternidad disminuye el deseo sexual. Las madres deben olvidarse de su capacidad erótica. Con la edad, la sexualidad femenina se vuelve vergonzante. La sexualidad se debilita en la menopausia y desaparece en la tercera edad...

Mitos hechos realidad constituyen histórica y culturalmente la experiencia corporal de las mujeres. Sus cuerpos han sido diseñados y vividos *para, por y desde* los otros. En el sistema patriarcal, el cuerpo femenino es expropiado,

"y cada mujer se erige sobre esa expropiación. La subjetividad de cada mujer marcada por dicha expropiación produce en ella la necesidad, el inconsciente imperativo deseo de *ser-para-los-otros*. La autoidentidad femenina tiene una marca común construida en el cuerpo que sintetiza que los haceres, el sentido y el fin de la existencia no se encuentran contenidos en cada mujer sino en *los otros*.

La vida de las mujeres adquiere sentido siempre y cuando haya vínculos con *otros* y cada mujer puede trabajar, sentir, pensar para *los otros*." (Lagarde, 1996:60)

Desde un enfoque antropológico feminista, Lagarde plantea que la sexualidad femenina es una construcción sociocultural e histórica, cuya estructura está determinada por la "ley del padre", que dicta para las mujeres: exclusión, inferiorización, opresión; castidad, monogamia (para las mujeres buenas y poligamia servil para las malas); desprecio, invisibilización, violencia... (Lagarde, 1993:198)

Según la autora, la sexualidad femenina tiene dos espacios vitales: el de la

procreación y el del erotismo²⁵; ambos constituyen "la base de la especialización sociocultural de las mujeres". Vinculada al primer ámbito, está la maternidad como deber ser *natural*, positivo e irrenunciable de la feminidad. "Todas las mujeres son madres de manera independiente de la procreación y de la edad." (Ibidem, 202).

El ámbito del erotismo, en cambio, está reservado a un grupo menor de mujeres: las malas, las perversas, las putas; mujeres cuyos cuerpos están destinados no para dar vida a *los otros*, sino para la obtención de placer por *otros*. (Nótese que, sea positiva o negativamente, el cuerpo de las mujeres es siempre un *cuerpo para otros*.)

²⁵ Lagarde señala la importancia de distinguir entre sexualidad y erotismo (términos que en el uso corriente son manejados como sinónimos), dado que "el erotismo es parte de la sexualidad pero no la agota". La sexualidad es más amplia. Lo expresa de la siguiente manera:

"En nuestra cultura la sexualidad es identificada con el erotismo, al punto de usarse indistintamente ambos términos. En el terreno teórico es necesario diferenciar ambos conceptos para elaborar categorías rigurosas..."

La sexualidad es el conjunto de experiencias humanas atribuidas al sexo y definidas por éste, constituye a los particulares, y obliga su adscripción a grupos socioculturales genéricos y a condiciones de vida predeterminadas. La sexualidad es un complejo cultural históricamente determinado consistente en relaciones sociales, instituciones sociales y políticas, así como en concepciones del mundo, que define la identidad básica de los sujetos.

En los particulares la sexualidad está constituida por sus formas de actuar, de comportarse, de pensar, y de sentir, así como por capacidades intelectuales, afectivas y vitales asociadas al sexo.

La sexualidad consiste también en los papeles, las funciones y las actividades económicas y sociales asignadas con base en el sexo a los grupos sociales y a los individuos en el trabajo, en el erotismo, en el arte, en la política y en todas las experiencias humanas; consiste asimismo en el acceso y en la posesión de saberes, lenguajes, conocimientos y creencias específicas; implica rangos y prestigio y posiciones en relación al poder... La división del trabajo por géneros es un hecho sexual, como lo son la masculinidad o los uniformes que obligatoriamente deben diferenciarnos; el embarazo femenino es parte de la sexualidad femenina, y el parto es tan sexual como lo son las experiencias eróticas." (1993:184)

A su vez, el erotismo "consiste en la exaltación o inhibición de los impulsos libidinales. Tiene como base el ansia o excitación libidinal puesta de manifiesto en el sistema nervioso, en las membranas mucosas, en la piel y en los más diversos órganos. El erotismo tiene por protagonistas a los sujetos particulares y a los grupos sociales, tiene como espacio el cuerpo vivido, y consiste en acciones y experiencias físicas, intelectuales y emocionales, subjetivas y simbólicas, conscientes e inconscientes, así como formas de percibir y sentir, tales como la excitación, la necesidad y el deseo, que pueden conducir o significar por sí mismas goce, alegría, dolor, agresión, horror y, finalmente, pueden generar placer, frustración o malestar de manera directa o indirecta... Circunscribo lo erótico y el erotismo a la libido y a lo libidinal." (Ibidem, 207)

Desde luego, puntualiza la autora, el erotismo está presente en la vida de todas las mujeres; "pero salvo el caso de las putas, en el resto está asociado de manera subordinada y al servicio de la procreación". (Ibidem, 203)

Por lo anterior, la sexualidad femenina aparece ante los sujetos, mujeres y hombres, como una sexualidad escindida. Escisión que se produce social y culturalmente, y se aprende, a nivel individual, desde la infancia.

Desde pequeñas, las mujeres son educadas en esta concepción de sexualidad escindida; desde pequeñas, saben que hay básicamente dos tipos de mujeres, unas buenas, otras malas: "las madre-esposas y las putas" (Ibidem, 203).

La enseñanza y aprendizaje del cuerpo escindido —cuerpo erótico, cuerpo procreador, cuerpo *para otros*— se da, pues, en la infancia y, fundamentalmente, en la relación madre-hija.

2.3 Relación madre-hija

Sea desde el psicoanálisis, la antropología, la psicología..., desde una perspectiva feminista o no, las investigaciones, enfoques y análisis expuestos anteriormente coinciden en la afirmación de una premisa básica: la relación madre-hija es de vital importancia en la conformación de la sexualidad femenina, en la enseñanza y aprendizaje que hace cada mujer de su cuerpo y del cuerpo de la otra.

Ya Freud hablaba, en sus artículos sobre sexualidad femenina, de la importancia del vínculo madre-hija, al cual denominó *fase preedípica*:

"No es posible comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase anterior al establecimiento del complejo de Edipo, cuya duración había sido considerablemente subestimada... En cierto número de casos persiste hasta el cuarto o quinto año de vida, abarcando así la mayor parte del primer florecimiento sexual. . . Algunas mujeres quedan incluso detenidas en esta primera relación, sin alcanzar jamás una verdadera inclinación hacia el hombre. La fase preedípica de la mujer adquiere así una significación que hasta entonces no se le había asignado " (Freud, 1981 III 3077)

Para Lampl-de Groot, Deustch, Klein y Horney, las relaciones tempranas de la niña con su madre son de radical importancia para el desarrollo psico-sexual de las mujeres.

"Cualquiera que sea la forma de psicoanálisis que incorporen, estas teóricas recalcan el carácter central de la relación entre madre e hija como fuerza fundamental y determinante continua en la psique y actividad de las mujeres." (Flax, 1995:285)

De igual manera, para las psicoanalistas, antropólogas, psicólogas, sociólogas feministas, la relación madre-hija tiene un lugar fundamental en la transmisión-recepción de valores, mandatos, prohibiciones que conforman la sexualidad femenina en el sistema patriarcal.

"La importancia de esta identificación primaria con la madre..., en el proceso por el cual la niña llega a concebirse a sí misma como mujer es, hoy día, universalmente aceptada por los estudiosos (*sic*) de la identidad de género." (Fernández del Valle, 1998:136)

Autoras como Chodorow, Dinnerstein, Olivier subrayan la importancia de estudiar la relación madre-hija en una sociedad donde las características tipificadas como masculinas son dignas de alabanza, y las femeninas, por lo general, modelo de inferioridad.

Chodorow²⁶, por ejemplo, señala la necesidad de estudiar los vínculos materno-filiales en una sociedad donde las familias se caracterizan por la ausencia del padre; pues resulta importante analizar los efectos que tal ausencia tiene en la niña pequeña, y

²⁶ Socióloga feminista, autora del libro *El ejercicio de la maternidad*, Gedisa, Barcelona, 1978.

los efectos de la transmisión de los valores femeninos de madre a hija en una sociedad patriarcal que no reconoce esos valores.

Para la autora, las madres son el primer otro significativo a través del cual los varones y mujeres adquieren subjetividad. Este hecho es también responsable de la subordinación psíquica de las niñas, que adopta la forma de feminidad.

Con relación al vínculo madre-hija, hijo, señala:

"Las madres estimulan la diferenciación de sus hijos, porque los experimentan como distintos de ellas mismas; en cambio, perciben a sus hijas como extensiones físicas y psíquicas de sí mismas, dificultando su separación y creando una identificación más intensa y una simbiosis más prolongada que en el caso de los hijos. A esto se suma el hecho de que los padres se encuentran, en nuestra sociedad, menos disponibles que las madres, por lo cual para una hija es mucho más difícil ingresar en una situación triangular edípica y, de este modo, queda atrapada en la relación con la madre." (cit. en Flax, 1995:29)

Debido a esta identificación más prolongada con la madre, que se extiende a todo el periodo de la adolescencia, las mujeres tienen un yo con límites menos firmes y defensivos que los hombres, y se experimentan a sí mismas de una manera menos diferenciada y más relacionada con los objetos externos. (Ibidem, 31)

Asimismo, las mujeres, en tanto madres, producen hijas con capacidades maternas y deseos de ejercer la maternidad como centro positivo y edificante de su feminidad; en cambio, producen hijos cuyas capacidades y deseos de cuidar a los otros son coartados con el fin de prepararlos para su futuro de padres: proveedores de dinero, ajenos a la educación de la progenie.

En este sentido, Dinnerstein²⁷ —siguiendo una perspectiva kleiniana que acentúa la omnipotencia de la madre— agrega que las mujeres, dada la ausencia del padre (realidad sociológica), mantienen en la adultez la imagen infantil de una madre todopoderosa, y evitan los riesgos de la libertad sustituyendo esa representación *mágica* de la infancia por una intensa dependencia de los hombres.

Olivier (1987:52), por su parte, se pregunta "¿qué vive la niña frente a su madre?" En una sociedad donde el padre está ausente²⁸ y las niñas son educadas, generalmente, por la madre o por cualquier otra mujer que adopte el papel (abuelas, tías, hermanas mayores, nodrizas...), ¿quién desea a la niña?, ¿quién la ve como un ser sexuado y "coloreado de deseo"? Nadie. "En una primera época, el cuerpo, el sexo de la niñita no es deseado por nadie" (Ibidem, 75). El padre no está, y "la madre no desea su propio sexo como objeto de placer, sino el sexo complementario del suyo, es decir el del hombre" (Ibidem, 84).

Por tanto, "la niña comienza su vida con la división cuerpo-espíritu: es amada como niña, pero no deseada como cuerpo de hija. No es un objeto 'satisfactorio' para su madre en el plano sexual y sólo podría serlo para su padre y sólo para él." (Ibidem, 83)

"La hija, objeto no edipiano para su madre, se sentirá *insatisfecha*, primera de las consecuencias del no deseo de su madre: la niña, y después la mujer, no estará nunca satisfecha con lo que *tiene*, con lo que *es*; siempre aspira a otro cuerpo que no el suyo: querría tener otro rostro, otro busto, otras piernas... Casi toda mujer considera que tiene algo en su cuerpo que no es apropiado a los ojos de los demás.

En efecto, lo primero que tiene no apropiado es su cuerpo mismo, desde que posee un sexo que no puede producir deseo en la madre. La niña es, a los ojos de su madre, encantadora, adorable, graciosa, inteligente, todo lo que se quiera, menos sexuada y coloreada de deseo. El color del deseo le falta a la pequeña manipulada por manos de mujer." (Ibidem, 84)

²⁷ Dinnerstein, Dorothy, 1976, *The Mermaid and the Minotaur*, Harper and Row, Nueva York.

²⁸ Y aunque esté presente, hay un tabú impuesto a los varones sobre el cuidado de los niños y, especialmente, de las niñas.

Al respecto, y desde una perspectiva antropológica, Lagarde plantea que este *no deseo de la madre por la hija* es construido culturalmente. "La madre no desea a la hija porque su cultura patriarcal fálica, la hace desear al varón. La hija al ser como ella, le devuelve la imagen de lo que no puede desear." Y agrega que

"Prohibiciones en torno al erotismo entre mujeres, hacen que la madre descubra sin deseo positivo el cuerpo de la hija, a diferencia del toque que erotiza el cuerpo del hijo cuya respuesta es el placer erótico materno. Así, el tabú del incesto no está en la base del deseo negado a la hija, sino el tabú del homoerotismo." (Lagarde, 1993: 212)

La madre toca a la niña sin intención erótica. En el centro de su relación se establece que el contacto con el propio cuerpo y el de la otra debe darse sólo en función de la higiene. La niña debe silenciar, reprimir, olvidar esas gratificantes sensaciones que despierta la mano de mamá al pasar una toalla o un algodón húmedo de aceite por su vulva, su clítoris, sus labios genitales. La madre debe apartar a la niña de sí, de su cuerpo, conforme ésta va creciendo. Por tanto, nos dice Lagarde, "la infancia es para las mujeres el espacio del descubrimiento de su cuerpo para el placer y goce propios, y simultáneamente, es el espacio de su adormecimiento."

"La niña descubre por diferentes vías el erotismo de su cuerpo y debe olvidarlo. Las prohibiciones, los regaños, y los castigos sirven para que aprenda a tocarse sin intencionalidad erótica. Pero sirve a la enajenación de la mujer con su cuerpo, sobre todo la distancia de la madre y su silencio, así como la ausencia de un trato erótico temprano con ambos padres." (Ibidem, 213)

Al mismo tiempo, ya en los primeros años, la madre implanta en la hija la noción de *un cuerpo para otros*; la pequeña puede tocar su cuerpo sólo para limpiarlo, bañarlo, cambiarlo de vestidos: "para estar bonita cuando llegue papá" o "los invitados", o la familia. La niña tiene acceso a su cuerpo sólo

"para embellecerlo, para agradar, para gustar, para ser deseada por otro: se peina, se perfuma, se arregla las uñas y se viste. El deber estético de la mujer tiene el sentido de preparar su cuerpo (y su persona) esencialmente para el placer del otro, para lograrlo debe ser bella y atraerlo." (Ibidem, 14)

La madre es la encargada de implantar la feminidad y las nociones sobre el cuerpo, el erotismo, la maternidad, lo decente, lo obsceno, lo bueno, lo malo..., en las hijas. La relación madre-hija es a menudo una relación complicada. Lagarde la considera

"una de las relaciones más complejas de nuestra sociedad, una de las más difíciles de comprender, una de las más conflictivas y una de las más interesantes. Todo ello porque es una relación entre pares, esto es, entre mujeres, las pares más pares y, a la vez, las más dispares... El núcleo de la relación entre madre-hija es lograr que la madre implante en la hija la feminidad, ya que no nacemos con ella. Es decir, la madre se constituye en la institución fundamental que construye la feminidad personalmente en otra mujer." (cit. en Alfarache, 2000:96-97)

Para Ussher, esta relación es ambivalente porque la madre está por lo general preparando a su hija para ocupar una posición circunscrita en un mundo patriarcal similar al suyo propio.

"La mayoría de las madres preparan a sus hijas para las restricciones que han regido sus propias vidas con el fin de que sus hijas no sean unas inadaptadas. Esto implica obediencia a las leyes sociales que definen la feminidad: a saber, diferir de los demás, anticiparse y satisfacer las necesidades de los demás, así como buscar la autodefinición a través de las relaciones." (1991:55)

Alfarache la concibe como una de las relaciones fundantes en la construcción identitaria de las mujeres, a lo largo del ciclo de vida. Para la autora, la imagen de la madre está ubicada en el inconsciente, y su impronta es parte de la autoidentidad de cada mujer; al inicio de la vida, las niñas internalizan a la propia madre como símbolo de la mujer, y ésta perdura a lo largo de su vida.

Ahora bien, en cuanto a la metodología que utiliza la madre para transmitir conocimientos sobre sexualidad a la hija, Alfarache señala tres:

- 1) Con el ejemplo.
- 2) A través de la lengua materna, cuyos contenidos son la norma, el deber ser y el tabú.

3) Con el silencio; y ésta es la forma que más interesa a la presente investigación: la pedagogía del silencio como instrumento fundamental en la enseñanza-aprendizaje de la sexualidad femenina.

Los silencios madre-hija se estructuran en torno a la sexualidad y, en este sentido, la autora los relaciona con la transmisión de saberes madre-hija a lo largo de la infancia y la adolescencia. (Alfarache, 2000:104)

Alfarache sostiene que

"La madre es la primera pedagoga del silencio como forma de transmisión de saberes en torno al cuerpo y la sexualidad. Se trata de un proceso de aprendizaje complejo ya que el silencio se instaura ahí donde no lo había. La hija aprende los saberes transmitidos a través del silencio materno, constituyéndose así no en la negación de los saberes sino en parte fundamental del proceso de enseñanza-aprendizaje entre la madre y la hija. Mediante el silencio materno en torno a determinadas partes del cuerpo de la hija, ésta aprende a olvidarlas; olvido que se produce a lo largo del periodo de la infancia, de tal manera que zonas del cuerpo que la pequeña descubre como placeras han desaparecido de la memoria en etapas posteriores. De hecho el silencio se constituye paradójicamente en la forma de transmisión de saberes de madres a hijas. Muchas de las mujeres entrevistadas reportan sin excepción cómo aprendieron de sus madres a base de interpretar sus silencios, cómo tuvieron que aprender a develar los códigos de las miradas y de los gestos que constituían el lenguaje materno, a través del cual fluye la transmisión de conocimientos madre-hija". (Ibidem, 104-105)

Y Altable plantea lo siguiente:

"Existe un elemento en la educación de las niñas, además de las incitaciones verbales, que cumplirá una gran función en los elementos de seducción: el silencio. A la niña se le hace callar porque es niña y porque es de sexo femenino. El silencio, lleno de signos, miradas, sonrisas, muecas y gestos corporales cumplirá un papel fundamental en la adquisición de la identidad femenina, pues, con sus contenidos emocionales, constituirá maneras de educar más inmediatas y eficaces que el libro o el discurso mental. Estos gestos del silencio, la niña los aprenderá de las figuras femeninas que se mueven a su alrededor y que ejercen sobre ella una influencia mimética. ¿Y cuáles son estas figuras? La madre/esposa, la maestra y las mujeres de la familia, a través de las cuales atrará muy pronto en el espacio y actividades de las mujeres adultas y en su mundo afectivo." (Altable, 1991:42)

En la presente investigación, la pedagogía del silencio es tratada como enseñanza a través de mensajes no verbales. El silencio plagado de gestos y miradas —desde la

perspectiva de la comunicación humana— recibe el nombre de comunicación no verbal; de ahí la hipótesis que sustenta este trabajo: en la enseñanza-aprendizaje del cuerpo femenino, la comunicación no verbal desempeña un papel fundamental. Cuando madres e hijas instauran el silencio a su alrededor, comienza esta comunicación no verbal a través de códigos kinésicos, proxémicos, paralingüísticos, artificiales.

3. COMUNICACIÓN NO VERBAL Y SEXUALIDAD FEMENINA.

3.1 Karina (34 años)

Tengo cuatro hermanas y un hermano. Somos seis hijos en total. Mi papá tiene sesenta y ocho años, y mi mamá sesenta y seis. Soy la tercera de arriba para abajo, tengo dos hermanas arriba y dos abajo. Mi hermano es el menor, tiene 29 años. Él es el consentido de mi mamá, quizá porque es el único hombre, aunque ella dice que todos somos iguales, pero no es cierto.

Yo soy diferente a todas mis hermanas, me refiero al carácter. Ellas son sumisas y todo les asusta, cuenta mucho la educación que tuvieron: dos son secretarias, y una educadora, de la vieja generación. Yo, en cambio, fui al CCH y estudié una carrera a nivel licenciatura. El CCH y la universidad te dan las bases para pensar de otra manera.

Soy rebelde, como dice Andrés, el tipo con el que ando: "siempre vas en contra de todo".

Mira, yo creo que la relación con mi mamá, a esta edad que tengo, es buena; pero te das cuenta que ella es más abierta con otra gente, ponle tú, con mis primas o con conocidas, que con uno mismo; o sea, yo te puedo decir que, al menos durante mi infancia, que ella nos haya hablado de... como dices tú... de... —disculpa, es que me cuesta trabajo hablar de esto, estoy un poco nerviosa—, del cuerpo, no. Yo no me acuerdo que ella nos haya dicho cómo se iba a desarrollar tu cuerpo, o cómo funciona tu

organismo... Sí tengo unos vagos recuerdos de mi abuela, la mamá de mi mamá, que siempre te decía: "tienes que traer las faldas largas porque no puedes andar enseñando las piernas" o "porque te puedes encontrar algún pelado que te las quiera tocar", o que no podías patinar porque si te caías te podías *hacer daño* y ya no ibas a poder tener hijos. Yo no entendía que relación había pero me acuerdo que si te caías era como si te fueras a romper *algo adentro*²⁹. Ya ves que dicen que los golpes si te afectan, ¿no?

O nos decía que no podías andar en bicicleta igual que los hombres. ¡Cómo ibas a andar tú en bicicleta como un hombre! También te podías lastimar. Esas son de las cosas que me acuerdo.

Vivimos en casa de mi abuelita mucho tiempo, no juntos, en cuartos separados, pero en el mismo terreno. Así que se puede decir que ella influyó en mi educación... También me regañaba si andaba *rabona*, decía: "¡cómo vas a andar así, enseñando *todo!*" Pero no te decía qué, sino "todo", y yo me imaginaba que significaba las piernas o también los calzones, y me lo imaginaba porque se te quedaba viendo *abajo*. Entonces "todo" significaba "*abajo*", pero no es que te detuvieras a pensar, lo aprendías y ya. En esa época estaba en la primaria, y ya sabes, es la edad en que quieres andar en patineta o patinar, y andar jugando con los chamacos.

²⁹ La expresión "algo adentro" funciona como sustituto paralingüístico de la palabra "genitales" o, probablemente, "vagina". Nótese que los vocablos que conforman dicha expresión no son, ni remotamente, sinónimos de las palabras antes mencionadas; pero, pronunciados en este contexto, con cierta entonación y gesto, adquieren tal significado, lo cual nos coloca ante un claro ejemplo de comunicación no verbal paralingüística.

En lo sucesivo, las expresiones que contengan mensajes no verbales estarán escritas con cursivas y negritas.

Nosotros éramos muy afines a jugar con mis primos y, como somos más hombres que mujeres, jugábamos a fútbol, a las canicas, al trompo, escondidillas, a la reata, a cosas más de hombres, a los carritos. Y mi abuela se enojaba mucho, decía que no podíamos jugar con los niños porque ellos eran más bruscos; que no podías subírte al árbol (teníamos dos Jacarandas) porque te podías caer y lastimarte *ahí abajo*. Tenía mucho el rollo de los hijos.

En ese tiempo, mi mamá le ayudaba a mi papá con el gasto; trabajaba lavando ropa ajena. Entonces no podía dedicarse a nosotros, siempre andaba pidiendo ropa a sus vecinas o conocidas para lavarla. Por eso nos criamos más con mi abuelita. (Ella ya murió, hace como dieciocho años).

Sobre los juegos... Un día jugamos a... este... Pero, fijate, de eso sí me acuerdo muy vagamente. No sé que tipo de juego era pero todos estábamos desnudos, ¡qué pena contigo! Era un juego que hacías tú a escondidas, porque si se enteraban los papás, *no lo íbamos a contar*.

No sé cómo empezaba, pero, has cuenta, decíamos, pon tú, "vamos a jugar"..., ponle tú, a... A lo mejor nos queríamos conocer, ¿no? Conocer cómo eran nuestros cuerpos... Estábamos todos juntos, éramos como cinco, mis primos y yo. Tenía como diez años. Mi primo, el más grande, como doce.

Y sí, andábamos desnudos, completamente desnudos. Y, te digo, no sé a qué jugábamos, pero corríamos, como si estuviéramos en la playa. Jugábamos en mi casa. A veces, mi mamá se iba con mis tías y nos quedábamos solos, ni mi abuelita estaba. Completamente solos. Entonces nos desnudábamos y corríamos, como a las *trais*, sí,

jugábamos a las traís y nos alcanzábamos y ya; luego, nos vestíamos rápido porque fueran a llegar las mamás. Pero sí es un vago recuerdo que tienes.

Sobre mi cuerpo... Yo no exploraba mi cuerpo ni nada de eso. Ese juego que te cuento fue lo más atrevido que hicimos durante la niñez. Atrevido, porque yo no me acuerdo que se pudiera andar desnudo, corriendo por ahí; y el desnudarte con tus primos, ¡qué onda! Sí me acuerdo mucho que ese día andábamos jugando a corretearnos, pero así desnudos. Persiguiéndonos.

Luego, ya en la adolescencia, vino eso de la menstruación. Yo no sabía nada, y la primera vez que la tuve, me acuerdo que regresaba de la escuela y ese día había tenido deportes y la ropa se manchó..., y tú te asustas porque no sabes qué onda. Nunca me dijeron nada de lo que me iba a pasar.

Hasta después mi hermana —mayor que yo dos años— me explicó que *eso* me iba a suceder cada mes, que nuestro cuerpo cambiaba, y que ahora tenías que tener más cuidado, no jugar con los niños porque ya eras una *señorita*.

Y te lo dicen así, y tú no entiendes nada, no entiendes por qué te dicen que te tienes que cuidar, o porque no puedes hacer educación física. Yo me acuerdo que decían: "cuando estás *así* no puedes hacer ejercicio, y le tienes que decir a la maestra que estás en tu *período* para que te de permiso de no asistir a la clase de deportes."

Ni con mi abuelita ni con mi mamá hablaba de *eso*. Fíjate, es lo que te digo. mi mamá es muy rara, porque a la mejor puede decirte: "yo acompañé a tu prima a hacerse un aborto", pon tú, por ejemplo; y no la critica de que ande con un señor casado y que haya salido embarazada y que no quiera tener el hijo. La acompaña a abortar y ya, punto

y aparte, sin decir nada, la apoya. Pero cuando tú le planteas eso, ese mismo problema en el que tú puedes estar, es cuando empiezan los problemas. "¡Es que no puedo creer que tú te vayas a embarazar de alguien que está casado! ¡No puedo creer que te hayas ido con un tipo antes de casarte!", pone el grito en el cielo.

O sea, es muy abierta para apoyar a otra gente, pero no te puede apoyar a ti, no sé si porque estás más relacionada con ella o qué. Por eso te digo que mi mamá no nos dijo nada de eso del cuerpo, más bien tú los ibas aprendiendo, con tus hermanas. Aunque nunca me he llevado bien con ellas. Ahora, de grandes, trato de sobrellevarlas, pero cuando estaba chica, no las soportaba; me llevaba mejor con mis amigas... Es que son muy cerrados en mi casa. O, quizá, es que yo no me adapto a ellos. Te digo, es que yo tengo un carácter muy difícil.

Ahora, sobre el desarrollo del cuerpo... ¡Uff!, nunca me ha gustado mi cuerpo; hasta ahora, más o menos, que vas haciendo conciencia. Se te desarrolla y empiezas a ver que los tipos se te acercan mucho o que te molestan. Y vas sintiendo cierto rechazo hacia tu cuerpo, y tú dices, ponle, "si yo tengo pechos, pues malo porque ahí andan fregando, ¿no?" O se te acercaban mucho en el metro, o te van diciendo cosas en la calle. Ahora ya no me molestan tanto, creo que porque tengo cara de pocos amigos, y lo piensan dos veces antes de decirme algo. Pero en el CCH sí se me acercaban mucho los tipos. Me acuerdo de un día que íbamos en un camión, mi mamá iba sentada adelante; y mi hermana y yo, atrás de ella. Tendría como doce años. Y se acercó un tipo y te iba diciendo de cosas. No me acuerdo qué, pero se iba sobando el... pene. Y tú no entiendes esas cosas al principio. Pero te asustas porque el tipo te va diciendo cosas. Mi mamá iba adelante pero no se daba cuenta de nada, obviamente el tipo decía las cosas quedito; y

así íbamos, y de pronto que *se lo saca...*, se saca el pene y te lo enseña y tú te asustas, te asustas mucho y le dices a tu mamá que te quieres bajar, que te urge, pero nunca le dices lo que pasa realmente. No le dices por miedo y porque no entiendes nada, el tipo se saca el pene, casi te lo pone encima y nadie dice nada. El camión no iba tan lleno. Y mi mamá no se dio cuenta.

Yo creo que esas cositas que pasan dejan muy marcado a uno. Te van creando así como ciertos temores. Si es bastante grotesco, sobre todo cuando no sabes nada de nada. Nunca había visto a un hombre desnudo, ni yo ni mi hermana. Si había visto a mis primos, en el juego ese que te conté, pero el pene no está tan desarrollado como el de un adulto. En esos juegos no hay malicia, lo ves normal, no piensas más allá de lo que tú tienes y lo que tiene tu primo, piensas que no somos iguales, nada más. Pero aquel tipo era un adulto, y yo me impresioné mucho.

El crecimiento de los pechos fue normal, sí me dolían a veces pero así son los cambios del cuerpo... Lo que no me gustó fue usar sostén. No me gustan. Yo les decía a mis hermanas que no quería usar. Ellas me compraron mi primer brassier; recuerdo que me dijeron: "es para que te levante el busto y no se te afloje, porque si no se te va a hacer aguado". Y yo me negaba a usarlo, les decía que me apretaba y que me sentía como prisionera. Pero igual tuve que usarlo. Y creo que hasta la fecha no terminé de acostumbrarme, es muy incómodo, me costó un buen adaptarme, y a veces cuando salía me lo quitaba y lo guardaba en la mochila.

Antes del brassier usaba playeras, playeritas, así como de niño. Mi mamá nos ponía la playera y luego el vestido, o la blusa para ir a la escuela.

Cuando era niña tenía un vestido que me gustaba mucho, tenía una corbatita verde y era muy cortito. Siempre me han gustado los vestidos o faldas cortas: a media pierna o más arriba de la rodilla. Aunque en realidad me gustan más los pantalones. Fijate, tengo una foto de cuando era chiquita, tenía como cinco años (casi no tengo fotos de niña), y un día, ya más grande, le pregunté a mi mamá: "oye, má, ¿quién es este niño?", y ella me respondió: "¡Cuál niño, si eres tú!" Y es que nos vestían como niños, así con pantalones aguados y playeritas.

Pero me sentía como niña, y ser niña era jugar a la comidita, con las muñecas, te ponías tus vestidos, jugabas con tus amiguitas; al papá y a la mamá. Los juegos más comunes. Y sentirse como niño, ser niño era más brusco, vestirse de pantalones o andar jugando a la pelota, a las canicas... Pero, como te digo, la mayoría de las veces jugábamos cosas de niños; el trompo era lo más difícil, a todos les costaba mucho trabajo, para mí era de lo más fácil.

Creo que acepté un poco más el brassier cuando iba en el CCH, porque quieres verte más coqueta, porque ya te empiezan a gustar los chicos. Entonces de alguna manera buscas verte bien y te vas acostumbrando a usarlo.

No creas que tuve muchos novios, ¿eh? He tenido, así si se les puede llamar novios, tres. Pero con el primero sí me costó mucho trabajo porque... Mira, yo fui una niña muy retraída porque tenía problemas... ¡Uy, ya me va a salir el complejo! Mira, yo tenía problemas de... (hace una pausa muy grande, se le ponen los ojos al borde del llanto. Pero infiero que llorar frente a una extraña no le sienta bien; en sí el llanto es un sinónimo —en nuestra cultura— de debilidad, y como Karina aparenta ser una mujer fuerte no se permite las

lágrimas. Para animarle le extendo un pañuelo desechable, lo toma, "uy, ya me vas a psicoanalizar", dice y se ríe, aligera la tensión. Continúa el relato.)

A mí me hacía mucho daño el sol, tenía alergia y me salían muchos granos. Si yo me exponía al sol, ponte tú, unos cinco minutos..., conque me tocara el sol, yo me ponía muy mal. Fue en la época de la primaria, la secundaria y un poco el CCH, ya en la Facultad se fue disminuyendo, tantos tratamientos que hice... Por eso a lo mejor si soy bastante complicada y difícil con mi familia. Porque no creciste igual, porque siempre te dieron un trato distinto, porque mi mamá se la pasaba en los hospitales conmigo.

Entonces, pues novios, no tuve muchos. Amigos, siempre. Desde que yo entré a la primaria siempre he tenido muchos amigos y amigas, claro que a veces me hacían burla y todo, pero de todos modos se acercaban. La secundaria fue una etapa más difícil porque estás expuesta más tiempo al sol. Y sí había niños que me gustaban, pero sólo éramos amigos, ¿cómo se iban a fijar en mí si me salían granos?

Yo tuve mi primer novio a los dieciocho años (cuando entré al CCH), de manita sudada y besitos, nada más; era mi *noviecito santo*.

Después, la primera relación que tuve en forma fue como a los veinticuatro años. Cuando ya empecé a trabajar. Pero el tipo me asustaba porque se quería acostar conmigo y nada más. No quería que anduviéramos sólo de manita sudada; el tipo quería tener relaciones, y yo me decía: "ay no, cómo que nos vamos a acostar así nada más, y si quedas embarazada, qué"... Porque, realmente, no tuviste una educación, nunca tuviste a alguien que te dijera qué pasaba cuando tenías relaciones... Si te daba miedo. El simple hecho de que se te acercara y tú sintieras su pene *así*, tú decías: "ay, qué te pasa". O sea, sí me daba mucho miedo. Pero él siempre me decía: "No, es que no te va a pasar

nada que tú no quieras; yo voy a llegar hasta donde tú quieras, y si realmente no quieres tener relaciones, pues ahí se queda la cosa."

Y, mira, sí lo intentamos unas —qué te gusta— unas dos o tres veces, pero nunca pasó nada porque al final te vencía el miedo, los prejuicios o la educación que te dieron: "cómo vas a tener relaciones antes de casarte", "cómo vas a permitir que un tipo te toque antes de casarte", "tienes que llegar de blanco al altar", "tienes que llegar virgen al matrimonio", y todas esas cosas que oías de tu mamá y tu papá. Fijate, yo tenía como ejemplo lo que pasó con una de mis hermanas, que salió embarazada a los 17 años (estaba en la secundaria) y se armó todo un lío, tremendo; mi papá la iba a correr de la casa, pero al final mi mamá se puso de su lado.

Y entonces, cuando estás con el chavo, tú te acuerdas de todo eso y le dices: "no, ¿sabes qué?, no quiero, ¡no quiero!" Y te acuerdas de la confianza que te han dado y de qué diría la sociedad, y tú mamá, si te viera en esos momentos, y entonces te detienes. Sí pesan mucho, mucho, mucho, los prejuicios y el ámbito cultural en el que creciste: la familia tradicional donde todo el mundo se ha casado, donde tienes, a lo mejor, una prima que es *la loca* y que anda con un tipo casado, y tú sabes como habla toda la familia de ella.

Y entonces, con el primer muchacho, a lo más que llegamos es a que me quitara la blusa y ya, a lo mejor, que me besaba los pechos, pero hasta ahí... Y es que ahí no hay placer, sólo temor, mucho temor. Sin embargo... Fijate —y es que yo estoy bien loca, he tenido unas relaciones bien locas—, a estas alturas ando con un tipo que es un cabrón, un cabrón, que tiene una hija, que aún no se separa de la mujer, que tiene una mujer aparte y que yo vendría siendo como la tercera. Se llama Andrés.

Pero es bien chistoso: a mí los hoteles me dan pavor, y yo creo que es porque te remites a la educación que tienes, como que estuvieras haciendo algo malo. Pero si voy al departamento del tipo o si estoy en otro lugar con él, me siento mejor, o sea como que tengo confianza o te sientes mejor para ser tú. Casi por lo regular no vamos a hoteles, él vive en un departamento, y ahí es mejor.

Yo creo que con mi primer novio no funcionó, aunque te trataba bien y eso, porque tenías miedo a tener relaciones y a lo que te fueran a decir tus padres o tu familia. Y déjame decirte que sí lo intentó muchas veces, *te trabajaba bien el tipo*; o sea, me refiero a que te trataba bien, te apapachaba mucho, "y aquí no va a pasar nada que tú no quieras", y te consienten y toda la cosa, para lograr realmente lo que ellos quieren, porque así funcionan: simplemente ellos te dan lo que tú necesites o lo que tú quieras, para que te sientas bien y lograr sus *objetivos*.

Yo creo que sí estaba enamorada de él, del primero, se llamaba Alberto; me gustaba muchísimo y yo hubiera dado cualquier cosa..., y a lo mejor si hubiera durado más la relación, pero lo malo es que él me engañó: era casado y tenía una hija. ¡Mira nada más, con pura gente casada he andado yo, qué barbaridad!

Con el segundo chavo, Ismael, también me daba mucho miedo. Yo creo que nunca disfrutas *la primera vez*. Porque te duele mucho y porque los complejos, bueno, las cargas... Y creo que de él sí estaba enamorada. Sobre todo, ¿sabes qué?, lo sentía yo muy sincero, y era muy raro, muy antisocial y muy puritano. Y te das cuenta que esos que se dan golpes de pecho son los peores. Y fue la primera vez que *lo hice*, así en forma y todo... Y sí me gustó. Además, él era una persona muy tierna, muy muy tierna... Pero sí fue muy doloroso, si te duele mucho, físicamente y yo creo que moralmente también (aquí

un lapso de silencio y de llanto). Porque quieres hacerlo y no quieres al mismo tiempo. Y tal vez lo quise hacer para experimentar qué se sentía, o quieres simplemente vivir la vida. Yo tenía como treinta años, teníamos la misma edad. Se puede decir que él me inició en la vida sexual.

Pero algo que no me ha gustado de las relaciones que he tenido, de los tipos con los que me he acostado, es que ellos piensan nada más en ellos y no piensan en ti, en lo que quieres o cómo te sientes. Pon tú, Alberto lo único que quería era..., o sea, te trataba bien y todo, pero en cuanto tú decías que no, se enojaba y se iba y ya; o sea, simplemente no había comprensión de su parte. Entonces hasta ahí llegaba la ternura y llegaba el cariño, y llegaba todo. Entonces tú también te vas haciendo muy desconfiada, y buscas a la gente que te haga sentir bien; que tú digas "bueno éste al menos se preocupa por mí". Con Ismael, al menos, tenía mucha estabilidad, estabilidad social, porque con él sí llegamos a tener planes para casarnos. Y él no era casado. Pero lo malo es que teníamos una lucha de caracteres muy gruesa, porque era todo lo opuesto a mí. Fijate, hasta mi papá, que nunca se mete en nuestras relaciones, que le valen, me decía: "cómo puedes andar con ese tipo, si es todo lo contrario a ti; tú no sabes cómo vas a sufrir con él".

Ismael no se reía, no hablaba, no quería nada, después de un año de andar con él y de conocer a mi familia, se quedaba en la puerta como *abonero* (es probable que este calificativo se lo diera la madre). Mi mamá lo invitaba a comer, y no quería; le ofrecías algo y nunca te agarraba nada, no quería salir con mis amigos, así que tronamos.

Yo nunca le he hablado a mi mamá de las relaciones que he tenido, pero creo que ella sabe de qué tipo han sido; ahora, de que las acepte, o que te diga que están bien, creo que nunca lo va a hacer. Yo creo que ella sabe, porque las mamás... mi mamá no se *chupa el dedo*. Mi mamá es de la gente que le gusta conocer y saber. Entonces, a estas alturas, que yo le diga: "fíjate mamá que ando con Andrés de manita sudada", pues no me lo va a creer. ¡Oye!, tú te vas y pasas por él a su departamento, a las ocho de la mañana, antes de irte a trabajar, o te vas de viaje con él, y que no pase nada, no lo creerías, ¿no? Pero nunca me ha dicho nada.

Sólo, últimamente, que se me ha metido en la cabeza tener un hijo, hemos hablado de esas cosas. Yo le pregunto: "oye mamá, ¿qué pasaría si yo quisiera tener un hijo?", y ella responde: "ah, ése es tu problema. Tú lo vas a cuidar y lo vas a mantener porque yo ya estoy muy vieja, ya no estoy para cuidar hijos, ni nietos ni nada. Ustedes ya están grandes; yo ya terminé, ya me cansé mucho... Pero no es cierto eso del hijo, ¿verdad?" Y cuando te dice eso, tú te quedas confundida porque no sabes a qué se refiere: si cree o no que tengas relaciones sexuales, o que puedas tener un hijo.

Ella se da cuenta, también, por comportamientos que tú tienes: el hecho de que a veces no llegues a dormir a la casa o que, ponle tú, me salga muy temprano de mi casa y me vaya con él. Yo creo que eso más o menos te va dando pauta. Y a la edad que tengo, uno no puede pensar que yo ando de manita sudada con alguien; y menos con un tipo que tiene una hija y que puede ser tu amante. Simplemente no puedes creer que mi mamá, que conoce tanto y que oye tantas historias entre las vecinas, pueda creer eso..., que se cierre a creerlo, es distinto.

Yo no sé cómo actuaría mi mamá si le dijera que estoy embarazada. Creo que primero se enojaría un poco, me diría: "¡cómo no te cuidaste, ahora que hay tantas cosas para eso!", pero luego se conformaría. Lo sé, porque soy muy parecida a ella en el carácter, ¡y en los gestos!; luego Andrés me dice: "tú dices que no, pero tú eres tu madre, en el pinche carácter que tienes, cómo hablas, cómo te comportas, eres ella. Ahí volvió a nacer tu madre".

Antes yo decía que no me parecía a mi mamá, pero muchos amigos que tengo la conocen y dicen que me parezco mucho a ella: cómo hablo, cómo pienso..., o sea, a ella también *le vale todo*. Si ella quiere ir a algún lado, *agarra su garrote*, como dice, y se larga; mientras termine de hacer su comida y esté todo bien en orden, ella se va. Igual yo: mientras cumpla con mi trabajo, soy libre de irme a donde quiera y con quien quiera.

Mi mamá es mucho de dar. Ella te da y no te pide nada a cambio. Te da cosas, comida, te visita si estás enfermo, te cuida y no pide nada para ella, aunque no te conozca. Igual yo. Si tengo dinero, me lo gasto y me vale; si alguien me necesita o necesita algo mío, dinero o lo que sea, pues ahí estoy yo para ayudar.

También nos parecemos en lo del arreglo: a ella siempre le ha gustado arreglarse bien, peinarse, pintarse, y le gustan, como a mí, los vestidos cortos, de colores chillantes, sin mangas. Y cuando era joven, como tenía buen cuerpo, pues todo el mundo la chuleaba... Eso molestaba mucho a mi papá: siempre ha sido muy celoso, un día hasta le iba a pegar, nunca le ha pegado, pero un día creyó ver que mi mamá salía de un hotel que está por la calzada de Tlalpan. Ese día se gritaron, se la refrescaron y estuvo a punto de pegarle... Mi mamá ha sufrido mucho por los celos de mi papá. Le tiene miedo.

Fijate, cuando mi mamá se empezó a controlar para ya no tener más hijos... Yo ya no iba a nacer, quizá por eso tengo este carácter, dicen que los bebés sienten todo... Bueno, cuando empezó a tomar pastillas para ya no salir embarazada, mi papá se enojó mucho y le dijo que eso era para las prostitutas, las pirujas, que querían andar de locas. Mi mamá le tenía miedo a mi papá, y por eso no creo que se haya atrevido a tener amantes. Mi mamá sufrió mucho, hasta que dijo "basta, se acabó". Yo no sé por qué no se separó de él, habría sido mejor; porque ahora lo trata muy mal, le grita, le dice que nunca estuvo enamorada de él, que nunca lo quiso, que no sabe por qué se casó con él si tenía a otros mejores... Mi mamá luego sí es bien cabrona con mi papá, no lo atiende, le dice: "hazte tú las cosas, que para eso tienes manos, y si no te gusta, ni modo". Y tú sientes feo, de repente, porque sí le grita bien *gacho*, sí es bien cabrona.

Yo no soy tan cabrona, ¿sabes?, pero sí dominante. Me gusta siempre tener el dominio. A Ismael me lo hacía como quería, *veía por mis ojos*, como dicen; me adoraba, y yo me aprovechaba de eso. Pero en el fondo no me gustaba que siempre hiciera lo que yo quería. Yo necesito que me dominen, y con Andrés es así. Es un cabrón. Quizá por eso no lo puedo dejar, porque no he podido dominarlo, o sea, entre él y yo hay una lucha de poder bien gruesa. A veces nos peleamos fuerte, y nos dejamos de ver; y yo pienso que ya no va a regresar, pero pasan unas semanas y me vuelve a buscar, o yo lo busco.

No puedo dejarlo, ¿sabes? O quizá sí, si me lo propusiera. Pero es que el tipo me gusta mucho, cómo me trata sexualmente. Sí me atrae mucho mucho. Con el he descubierto muchos juegos eróticos, muchas sensaciones... El tipo es un cabrón; pero, en la intimidad, es el tipo más tierno y más creativo que puedas imaginar. Se preocupa realmente por lo que yo siento. Siempre trata de complacerme, y de que realmente yo

logre tener orgasmos o que logre sentirme contenta. "Lo único que yo quiero es que estés feliz; no te preocupes por mí", me dice, "porque a veces tú problema es que quieres que yo sienta igual que tú, y eso no puede ser, nunca vamos a sentir lo mismo. Olvídate de todo."

Al principio sí me costaba mucho trabajo tener relaciones con él, porque uno siempre se está preocupando por qué siente él, o qué puedo hacer para que él sienta lo mismo que yo, como para corresponderle, ¿no? Y entonces ni tienes orgasmos ni sientes nada, porque estás en otra onda. Entonces con él he aprendido a ser tú y a dejarte hacer. Él es de la gente que le gusta estar innovando caricias, o posiciones, estrategias. ¡Está loco!..., pero yo estoy más por seguirle el juego, ¿verdad?... Fíjate, ¡qué pena!, con él he hecho sexo oral, me lo ha hecho... (Karina hace una pausa, y por el gesto sé que no se siente bien por lo que acaba de decir. Se censura, como probablemente lo haría su madre.)

Pero, ¿sabes?, a veces no te sientes tan plena, porque también eres una persona conservadora y una parte de ti dice: "¡ay!, cómo es posible que te portes así en la cama. No es posible que seas un persona conservadora y, a la vez, tan loca". O sea, como que no checa la imagen que tienes de ti mismo.

También tengo miedo a un embarazo. Sí quiero ser madre, pero no ahorita. Me aterra. Además, sería un conflicto porque Andrés no quiere tener más hijos, a mí sí me gustaría tener uno de él. Aunque luego te acuerdas de que tiene otras relaciones y te da coraje. No lo puedo soportar... Pero no sé qué tiene el tipo... La verdad es que, a veces, sí somos bien tontas las mujeres. Como me decía él un día: "no sabes cuántas veces me he preguntado por qué Karina anda conmigo. Si tú puedes andar con quien quieras, con

tipos solos que no tengan tantos problemas como yo, con hombres mejores que yo... ¿Por qué andas conmigo?"

Y yo no sé, porque la verdad que sí es muy cabrón, si te lastima saber que tiene una hija, que no quiere tener hijos contigo, que anda con otras, que tú eres la tercera... Pero estoy muy enamorada de él, de veras que el amor es pendejo. él no me da nada y ni siquiera lo tengo para mí... Pero con él platico muy a gusto, he aprendido cosas, y me gusta cómo me hace el amor... Quizá, también, es que no he encontrado a otra persona.

(Finalmente, le hago una última pregunta a Karina, recordándole que tiene la libertad de responder o no, según se sienta. ¿Qué crees que piensa tu mamá del sexo oral? Se me queda viendo, sonríe con ironía y responde.)

Yo creo que mi mamá no haría sexo oral; ninguna de mis hermanas lo haría. Nunca lo han dicho pero lo sé por las cosas que comentan... Fíjate, en eso también me parezco a mi mamá, a ella le gusta conocer, investigar cosas. Tiene espíritu de reportera como yo. Si ella tiene dudas sobre algo, va y busca. Por ejemplo, con las películas pornográficas, cuando se pusieron de moda, ella quería saber qué podían tener esas películas, que causaban tanto escándalo. Y entonces mi cuñado, que trabajaba en un videocentro, le trajo unas.

Ella las veía cuando nosotros nos íbamos a la escuela o a trabajar. Y luego dijo que eran unas porquerías, yo creo que le parecieron muy grotescas, decía: "es que cómo lo pueden hacer con tres o con cuatro al mismo tiempo", que si uno le toca los pechos, que si otra le besa el pene. "No ¡huácala!, eso es para prostitutas..." decía mi mamá.

Yo creo que en mi familia nadie ha tenido sexo oral. Tienen las relaciones hasta donde es permitido: penetración y, a lo mejor, si que se la toques al tipo, pero hasta ahí.

No creo que tengan relaciones tan locas, así que te explore el tipo y que te haga el sexo oral. No. Además cuesta mucho trabajo hacer sexo oral a un tipo, cuando no estás acostumbrado o cuando no sabes cómo. Sí da un poco de repugnancia. Pero luego te acostumbras.

3.2 Indira (27 años)

Vengo de una familia tradicional. Somos de Guerrero. Mi papá murió hace nueve años. Él era médico y profesor, daba clases de biología y ciencias naturales. Mi mamá tiene sesenta y dos años; nunca trabajó, se dedica al hogar. Somos ocho hijos en total: cinco mujeres y tres hombres, yo soy la menor.

Considero que mi familia es tradicional en el sentido de que, en casa, los roles estaban muy marcados: la mujer era la que tenía que quedarse al cuidado de los hijos, de la comida, la familia; y el hombre, mi papá, era el proveedor, el que de alguna manera podía salir a la calle libremente. Mi mamá siempre estuvo en la casa; para salir, tenía que pedirle permiso a mi papá. Pasan los años y, de repente, él se muere y mi mamá queda indefensa. "Ahora qué voy a hacer", se preguntaba a cada rato, porque ni ir a pagar la luz sabía. (Yo tenía dieciocho años cuando murió mi papá, era mi primer semestre en la universidad.)

Mi mamá no pudo estudiar, y nunca trabajó; a veces vendía oro y ésa era su manera como de tener un poco de independencia, al principio le costó mucho trabajo porque mi papá no la dejaba ni ir a cobrar, era super celoso... A mí no me corresponde juzgarlos, claro, y creo que ellos decidieron vivir así, pero la verdad es que mi papá sí tenía muy controlada a mi mamá. Ella no podía hacer muchas cosas que él sí. Y eso, por supuesto, se refleja en el desarrollo que tú tienes. Mis hermanas, por ejemplo, no podían salir, ni tener novios ni ir a fiestas; mis hermanos, sí.

En cuanto a mí, la situación fue un poco diferente, quizá porque agarré cansados o más experimentados, a mis papás; conmigo ya no fueron tan estrictos, aunque —en

comparación con mis amigas de la prepa— yo sí tenía muchas broncas: no podía ir a muchos lugares y siempre tenía que pedirles permiso.

Yo tuve una infancia, digamos, normal... No recuerdo que haya jugado a esas cosas de tocarme ni nada de eso, ni de haber notado las diferencias físicas entre niñas y niños; no recuerdo haber tenido juegos *de esos...*, o a lo mejor sí, pero no me acuerdo, quizá los reprimí, a lo mejor tengo una *laguna mental*.

Lo único que recuerdo, sobre eso del cuerpo, es que mi mamá nos bañaba, pero a mí no me gustaba porque era muy brusca, como si estuviera restregando algo. A veces nos bañaba, con calzones, a cubetadas en el patio (aquí se muestra que para la higiene, la madre sí puede tocar el cuerpo de la hija, incluso restregarlo, y puede bañarla en el patio pero con calzones; cualquier cosa que tenga con el placer del cuerpo, el erotismo, queda silenciado.)

En cambio, de la secundaria, sí recuerdo que tuve un novio, ya sabes, novios de apenas tomarse la mano o darse un beso en la mejilla, *jupst*, besar a un muchacho en la mejilla significaba que ya era tu novio. Un día jugamos *semana inglesa* y el castigo era darse un beso en la boca; yo nunca le había dado un beso en la boca a nadie, pero acepté con la condición de que todo mundo se tapara los ojos, éramos como cinco. Entonces todos cerraron los ojos; el niño que era mi novio, también, y abrió la boca, y yo así como ¡qué ondal, en eso alguien abrió los ojos y yo dije "ya no juego", y nunca le di el beso.

Yo sabía que los niños no hacían esas cosas. Nunca me lo dijeron, pero creo que es lo que vi. A mis hermanas no las dejaban tener novio. Creo que no fue con mensajes verbales, sino a través de ellas como yo aprendí que no se debían hacer *esas cosas*, que estaba demasiado chica; y no sé si porque haya tenido una percepción mayor o

porque haya aprendido en cabeza ajena, pero toda la vida fui más cautelosa por los regaños a mis hermanas; fui mucho más obediente en eso. Si me gustaban los niños, pero nunca hubo nada en la secundaria, además no me había desarrollado nada, tenía cuerpo de niña.

Yo comencé a menstruar a los quince años, y no sabía nada de esas cosas, sólo lo que nos habían dicho en esas pláticas que te dan en la secundaria, que, además, son todas a escondidas: sólo mandan llamar a las niñas y, cuando regresas, los niños te preguntan qué te dijeron, qué hicieron, y tú "nada, nada", y escondes en el suéter las toallas que te regalan.

Menstruar era algo escandaloso y feo: de repente se te manchaba la falda y no te dabas cuenta hasta que tus amigas te lo decían. Teníamos que andarnos cuidando. Era andar con miedo de ensuciarte, y no podías hablar con nadie, a veces, sólo con tus amigas. Un día una amiga me contó —y se me quedó muy grabado— que la primera vez que vio su pantaleta, así, con sangre, pensó que se había cortado y se puso alcohol ¡ya te imaginarás, y la mamá ni enterada! Ahora lo pienso y digo: "¡qué grueso, cómo puede uno pasar la vida así!"

Mi mamá jamás nos dijo nada, ni a mis hermanas ni a mí; ni sobre los cambios de tu cuerpo, ni si ya vas a menstruar, o, por lo menos, cómo ponerte la toalla. Siempre hubo como una especie de pudor en relación con las cosas del cuerpo; como una tela que lo cubría. No se podía tocar ese tema, había que esconderlo... Sólo una de mis hermanas se enorgullecía de tener un poco más desarrollado el cuerpo; a las demás, cuando nos empezaban a crecer los senos, hasta nos sentábamos así agachadas para que no se nos

notara. Yo ni siquiera podía pedirle a mi mamá que me comprara un brassier. Hasta la prepa usé camisetas.

Ahora me llevo mejor con mi cuerpo, pero antes, por ejemplo con eso de la menstruación, yo decía: "**ay, qué feo, y porqué nos tiene que pasar esto a nosotros, qué incómodo...**" Porque era incómodo, y sucio; y si te duele, peor; luego todos esos cambios, y el silencio, nadie te pregunta cómo te sientes; después, eso de los *quince años*, yo no tuve fiesta de quince años, pero me parece como una presentación en sociedad, algo así como "ya es mujer, ya pélenla, ¿no?"

Ahora me llevo mejor..., me maravilla lo que puede hacer tu cuerpo. Ahora ya tengo una comunicación mejor con él. Antes, ni tocarlo... De masturbación, nada. Me parece una palabra fuerte. *Masturbación*, no es algo que digas así como así... Quizá alguna vez me toqué los senos, pero hasta ahí.

En mi familia no se habla de sexualidad. Ni entre mis hermanas. Es un tema que no se toca. Yo creo que para mi mamá debe ser difícil porque a ella tampoco nadie le habló de estas cosas. Sólo mi hermana que vive en Estados Unidos es más abierta al tema. Un día me preguntó que si ya había tenido *relaciones* con mi novio y yo me quedé helada, me vi en la necesidad de responderle porque me sentí un poco comprometida: en ese tiempo yo estaba viviendo en su casa (luego te hablaré de eso), pero si fue muy difícil, muy penoso.

El primer novio que tuve fue en el último año de prepa. Horacio... Y no sabes qué trabajo para que pudiera entrar a la casa; mi papá nos lo tenía prohibido, siempre le

decía a mis hermanas: "ustedes solamente van a traer al novio con el que se van a casar; nadie más va a entrar a la casa".

Mi papá era super estricto, en todos los sentidos, no podías llegar tarde, no quería que tuvieras amigos hombres, siempre decía que sólo querían aprovecharse de las mujeres; cualquier hombre que se te acercara —según él— era con malas intenciones, por eso siempre teníamos que pedirle permiso. Pero igual no te lo daba; antes tenías que terminar una carrera. (Las mujeres estudiaban una carrera corta: por si no tenías quién te mantuviera; a mis hermanos, en cambio, sí los apoyaba para que estudiaran una carrera profesional.)

Un día me armé de valor y le dije a mi papá lo de Horacio, pero no que quería ser mi novio —eso me hubiera dado mucha pena—, sino que había un muchacho en la escuela que quería acompañarme a la casa... ¡No sabes!, para decirle eso me costó *terapia tras terapia*, como digo yo, hora tras hora de hablar con él, para que me diera permiso. Luego, poco a poco, le fui contando otras cosas, y así, hasta que otro día le dije: "no pues ya me pidió que fuera su novia", y él me contestó: "tú ya estás grande, ya sabes lo que haces..." Y desde ese momento mi papá cambió un chorro, me tuvo confianza, "piénsalo y decide", me dijo... Claro que, para esto, yo ya andaba con Horacio desde hacía dos semanas; en realidad, sólo había ido preparando el terreno con mi papá, para no tener que salir con Horacio a escondidas, como hicieron mis hermanas, que luego salieron embarazadas.

Bueno, luego ya lo dejaron entrar a la casa, pero mi papá habló con él y ya casi casi me estaba entregando: "esto requiere mucha responsabilidad, es mi hija y tienes que cuidarla..." Y a partir de ahí, hasta mi mamá lo aceptó... Lo aceptó, pero no soportaba ni que me besara. Me acuerdo que cuando yo estaba con él, en mi casa, y nos dábamos un

beso, mi mamá nos veía y se enojaba; después me decía: "es que no quiero que te estés besando ahí, que te estés ensalivando toda...", según mi mamá, esos besos eran inmorales. Y a mí, de repente, sí me daba pena, pero luego ya no, qué importaba un beso.

Bueno, la verdad es que fue hasta que entré a la universidad que me di besos de boca abierta con él, y eso ya era lo máximo. Luego ya vinieron momentos más gruesos, de pasión, de que sí me tocaba has cuenta las *pompis*, los pechos, y yo me quedaba detenida, pensando si dejaba que siguiera más allá. Y en ese seguir o no, sí estaba lo que me habían inculcado mis papás, pero también lo que yo quería... Y si había momentos de pasión, ¡gruesol, pero yo, super controlada, y no solamente porque tenía que llegar virgen al matrimonio, sino porque era importante estar con alguien que tú quisieras; en ese sentido, creo que me controlaba demasiado, aunque traté de hacer una conjunción entre los valores que me enseñaron mi papás y lo que yo iba aprendiendo, primero en la prepa y después en la facultad...

Me tardé en tener relaciones con Horacio; de hecho, las tuve cuando mi papá ya se había muerto... No sé por qué, pero imagino que fue así porque él era quien más me prohibía tenerlas.

La situación se fue dando, primero esos momentos de pasión que te digo; luego, ya nos quedábamos solos en su casa, y tú sabes que en un lugar así va a ser más difícil detenerlo (aquí es curioso ver que cuando empieza a hablar de saltar el límite impuesto sobre el placer, Indira deja de hablar en mi primera persona y toma el segundo impersonal). Sabes que vas permitiendo cada vez más, y que él va haciendo más... Pero también sabes que *eso*

no está bien... El mensaje materno, y de mi familia en general, es que las niñas bien, decentes, no *hacen eso*. Aunque yo ya tenía veinte años.

La primera vez fue en un hotel. Me daba así como *jahhhhl*, mucho miedo. La experiencia en sí es una cosa nueva. Yo no sabía exactamente cómo se tenían relaciones. Él tampoco sabía, era su primera vez. Entonces comenzamos a besarnos..., y a ver qué pasa; te juro que estábamos así todos sorprendidos. Luego, ya terminamos y sólo nos quedamos viendo, abrazados. Me llevó a mi casa y yo le pregunté: "oye, ¿se me nota?" Te juro que pensé que se me notaba, no por el hecho de que ya no fuera virgen, sino porque algo hubiera cambiado en mi cuerpo.

Fijate que era una de las preocupaciones que yo tenía: que se me notara, pensaba que cambiaba algo en el cuerpo, en la cara; porque además me acuerdo que mi mejor amiga de la prepa, su papá es ginecólogo, y una vez ella me dijo: "sabes que mi papá, el otro día estábamos en la playa, y dice 'esa chava ya ha tenido relaciones porque se le nota en esta parte (la cadera); se le ha ensanchado...'" Y a lo mejor se me quedó grabado lo que me dijo ella. Entonces yo creía que se me notaba. Y además estaba esta asociación medio chistosa...: cuando yo iba en la prepa, era mal visto..., las mujeres que habían tenido relaciones con alguien eran unas *putas*; cuando hablabas con las demás *niñas*, éstos eran los comentarios, aunque nos daba curiosidad saber qué se sentía y veíamos a las que ya habían tenido relaciones como *las grandes y experimentadas*, entre nosotras sabíamos que no estaba bien.

Sin embargo, cuando entré a la universidad, la mayor parte de mis amigas ya habían tenido relaciones, entonces, en ese contexto, yo era... *la más pendeja* porque no las había tenido. O sea todo el mundo había cambiado, menos yo... Todavía estaba yo

entre dos pensamientos; uno, que las mujeres que tenían relaciones sexuales eran unas putas y, otro, que las que no las tenían eran unas pendejas... Y te juro que mis amigas a cada rato me preguntaban si ya había tenido relaciones con Horacio. Pero no lo hice hasta que sentí que estaba lista, o sea en el momento en que empecé a descubrir que me gustaba lo que sentía: que si me daba un beso de *diez mil horas*, o que si me tocaba, y lo que sentía cuando me tocaba. Quizá he sido demasiado analítica en todo esto. Quizá *lo hice* con Horacio cuando sentí más confianza, porque ya lo conocía, porque a lo mejor ya había logrado el objetivo que me habían dicho siempre: hacerlo con la persona con que vas a estar toda la vida, quizá yo ya lo había colocado en ese lugar.

Claro que después tronamos... Y mi mamá se *infartó*, no podía creerlo: "tu papá le dio el visto bueno a Horacio, ¡cómo que no te vas a casar con él!". Ella es de la idea de tener un hombre para toda la vida; mi papá fue el único. Mi mamá tenía catorce años cuando empezaron a andar. Él le llevaba ocho años.

Entre mi papá y mi mamá, la relación era super tradicional, jamás los vi besarse, ni hablar de esas cosas, *Intimas*. Mi mamá jamás tocaba el tema... Mi papá anduvo con varias mujeres... Me acuerdo que yo estaba chica, como en sexto de primaria, y mi mamá lo había visto con alguien, entonces le dije: "por qué no te divorcias, por qué no lo dejas si anda con otra señora, si eso te hace sufrir." Pero ella nada más lloraba, lloraba y lloraba, y hablaba así como "esas son mujeres malas, son mujeres de la calle...", porque mi mamá es incapaz de decir, por ejemplo, son unas prostitutas, putas o pirujas, o lo que sea, tiene demasiado pudor en eso.

Ella, por ejemplo, jamás podría imaginarse que tuve relaciones con Horacio... O, quién sabe, a lo mejor se lo imagina, pero no lo puede aceptar por todo este velo.

Imagino que se lo imagina, porque tampoco creo que sea tan inocente; a lo mejor, no es tan valiente como para decir: "¡ay!, mi hija no es virgen", pero cualquier persona puede suponer que después de cinco años ya hubo relaciones. Creo que tampoco puede aceptarlo porque... Una de las cosas que dice es: "cuando tú tienes relaciones con alguien ya no puedes dejarlo; cuando lo pruebas no puedes dejarlo; si ya estuviste con un hombre, ya no lo puedes dejar, el paso siguiente es que te cases, te embaraces, te vayas con él o algo, pero no dejarlo".

Yo rompí con Horacio porque se me presentó la oportunidad de ir a vivir un tiempo a Estados Unidos, con mi hermana. Ella es una de las que salió embarazada a los veinte años, se casó con su novio y se fueron a vivir allá. Entonces me invitó a que fuera, y yo no sabía qué hacer, pero lo estuve pensando, dándole vueltas y vueltas, y al final dije: "me voy". Claro que fue todo un lío con mi mamá, una labor de darle *terapia tras terapia* para que me entendiera.

Ella no podía comprender que quisiera irme; le resultaba muy extraño porque además yo ya tenía todo aquí: un trabajo estable (ya había terminado la carrera), un coche y un novio con el cual llevaba cinco años, a quien había aceptado mi papá, y con el cual —ella estaba segura— me casaría. El matrimonio, para mis papás, es lo que te va a dar la felicidad en la vida, es la base de la vida. Entonces mi mamá no podía entender cómo dejaba yo todo lo estable.

Pero lo que yo quería era experimentar mis propias decisiones y mi propia vida fuera del núcleo familiar. Conocer otras formas de ser, otras formas de pensar, y eso, para mi mamá, era super complicado de entender. Para ella lo más fácil hubiera sido que me casara, todavía incluso, que yo me case es como un alivio. "Si te divorcias al otro

mes, no importa, pero yo ya te case, ya saliste, alguien ya es responsable de ti", me dice.

"Cuando las hijas se casan son *harina de otro costal*."

Yo me llevo bien con ella. Pero luego me cuesta trabajo..., bueno no. Es que yo aprendí a ponerla en contexto, y a no juzgarla, sino a entender de donde viene, que no pudo estudiar y todo eso... Antes sí, cuando era más chava, si me daba bronca, le reclamaba mucho: "es que no me entiendes, cómo es que quieres que me case, que me quede ahí nada más limpiando una casa, teniendo hijos, si eso no es lo que quiero. Yo quiero estudiar... Y si por ti fuera no iba a la escuela." Porque, por ejemplo, mi papá se muere, y mi mamá no sabe qué hacer, no tiene apoyo, ni quién le ayude a resolver sus dudas; entonces, para ella era mejor que yo tuviera novio: "igual te vas a casar, si no estudias no importa; además, en esa carrera te vas a morir de hambre", me decía, porque no somos una familia adinerada que conozca a los de los medios de comunicación, así que yo estaba destinada al fracaso o al matrimonio.

Pero yo me empeñé en estudiar. "Yo si quiero estudiar, no me quiero casar, ¡entiéndeme!"

No sentí mucho apoyo durante toda mi carrera, jamás me preguntó "¿cómo te fue?" Ella cumplía con comprarme los libros y darme para ir a la escuela y que comiera y todo, pero me acuerdo que iba en sexto semestre y todavía me preguntaba "¿qué estudias?", así como, no sabía. Yo ya tenía un programa de radio cuando iba en séptimo semestre, y mi mamá ni en cuenta. Y le preguntaba una amiga o una tía "oye, ¿qué está estudiando tu hija?" "ay, pues no sé, pregúntale a ella" y me decía: "estudia algo más decente: administración o algo que te de, donde puedas encontrar trabajo". Entonces, yo le reclamaba: "es que no te importa, sólo quieres que esté en mi casa, casada con alguien,

aunque sea un borracho o lo que sea; que esté nada más de mantenida. ¡Y lo que yo quiero, qué! Y sí me enojaba mucho, y luego nos peleábamos.

Pero ahora yo le explico, y tomo las cosas de diferente manera. Puedo ver los dos puntos de vista: el que yo he aprendido y de dónde viene ella; entonces se lo explico de otra forma, le digo: "mira, esto es lo que yo quiero; yo sé que es muy difícil, a lo mejor no funciona, pero es importante para mí, y si no lo hago siento así como que me voy a morir..."

Ya no me enojo, ¿sabes? Ahora hablo con ella de otra manera, incluso de sexualidad; a veces, le digo: "no te gustaría conocer a otra persona con quien pudieras mostrar otra parte de ti. Imagínate, sólo conociste a un hombre en toda tu vida, y aún tienes tiempo, la vida es amplia, tu mano no alcanza a tocar, podrías hacer lo que quisieras; tener una relación donde a lo mejor pudieras hablar, a lo mejor pudieras viajar, tienes toda la vida..." Pero bueno mi madre es una mujer religiosa y no podría relacionarse con otro señor... Sin embargo a mí me sirve hablar con ella de **esas cosas**, ¿sabes?, me doy como terapias, porque finalmente yo vengo del mismo lugar, a mí también me cuesta mucho trabajo aceptar la sexualidad y verla normal, de repente siento remordimientos... A veces me gustaría hablarle de mis relaciones, así no tendría que estarle ocultando. Pero no sé si ella quisiera oírlo, tal vez no es necesario; ahora, si ella pregunta, se lo diría, tampoco la voy a engañar.

Yo me siento orgullosa de mi mamá. Cuando mi papá murió, ella no sabía que hacer con su vida, se sentía indefensa. Mi hermano mayor tomó el lugar de mi papá. Pero luego mi mamá, poco a poco, comenzó a tomar las riendas de su vida, ahorro y ahorro (por suerte, mi papá le dejó una pensión), siguió vendiendo oro, y, en dos años, comenzó a

construir una casa en Cuernavaca; la hizo para sus nietos, ella sola... Fíjate, yo ahora le digo: "es que sí estoy muy orgullosa de ti", porque hizo un gran esfuerzo. No, ahora la vez, y es maravilloso verla que tiene su proyecto de vida, que sabe tomar sus decisiones aún frente a sus hijos.

Creo que me parezco un poco a ella, pero no mucho, o bueno, en ciertas cosas, porque soy producto de ella. Pero has cuenta que yo siento que tengo un rol con ella de más experiencia, no en el rollo sexual, sino en la vida. Y a veces creo que es demasiado soberbio pensarlo así, pero sé el valor que tiene mi vida en este momento, y la capacidad que tengo para poder elegir las cosas que me satisfagan... Y cuando pienso en ella, veo que no tuvo el contexto necesario para poder desarrollarse; entonces trato de explicarle: "es que ve, mira, lo único que yo hago es lo que me hace feliz, si me crea conflicto no lo hago; y no porque me den miedo los conflictos, si puedo afrontarlos, pero no tiene sentido una vida que nada más te esté creando broncas con tus propias decisiones". Entonces, en ese sentido, siento que si no somos iguales: ella es menos atrevida, yo no soy tan atrevida; a veces pienso que... Siempre juego con eso... Le digo a mamá: "es que me hubiese gustado ser una cabaretera...", porque sientes que tienes más relación contigo misma, con lo que tú eres; no sientes que tu cuerpo sea una cosa alejada de ti... Una cabaretera por la relación, la aceptación que tienen de su cuerpo, o sea su cuerpo desnudo..., que en realidad no pasa nada si estás desnuda, o desnuda con alguien... Las cabareteras tienen mejor comunicación, conocen más su cuerpo, se permiten..., independientemente de la condición afectiva que tengan con la otra persona, y de poder estar tranquilas... Yo he estado muchas veces desnuda y me da pena de tener los senos grandes o tener los senos de tal manera... Por eso era mejor que fueras niña todavía...

Y entonces le he dicho muchas veces a mi mamá: "ay sí, ¿no te gustaría un cabaret, así todo costoso?", y nada más se ríe, porque ahora la cosa ya es mucho más relajada, y sabe que no va a pasar, por eso también no se altera ni nada. Pero sí hubiera sido interesante tener una vida así.

Fíjate, a veces pienso que yo podría experimentar más, porque soy consciente de mi derecho a disfrutar, porque no tengo..., o a pesar de que tengo *toda la carga*, trato de no hacerle caso. En cambio, imagino a mi mamá, en el tiempo que estuvo con mi papá, no le podía decir: "oye, no me gusta de esa manera" o "házmelo así" o "¿sabes qué?, me estás lastimando". No, porque en ese tiempo si decías esto me gusta o esto no, eras una mujer de la calle; tú simplemente tenías que estar dispuesta a satisfacer a tu hombre.

Sin embargo, en este tiempo, si descubres que te gusta de tal o cual modo —y a lo mejor en este caso sí le damos la razón a nuestras mamás— ni modo que no digas nada o que no busques más de eso que te gusta, porque sí quiero sentirlo otra vez, si quiero ahí donde me gusta.

Y quizá a veces te sientas como una piruja... *Piruja*, me gusta la palabra, ¿sabes?, me gusta cómo suena, me gusta fonéticamente, no se oye tan tan ofensiva. Yo la uso en lugar de *puta*, *puta* se me hace muy fuerte. Mi mamá dice: "mujeres de la calle" o "son unas locas". Pero a mí me gusta esa palabra, hay frases que me gustan por como suenan, por ejemplo: "me voy a echar como vaca" o "voy a estar echada como vaca un rato", y hay gente que me dice "ay no te digas así", pero yo digo qué tiene, me gusta como suena, nada más por los sonidos, a lo mejor por el tipo de trabajo que hago, por la radio, me gusta cómo se oye: "echada como vaca" o "estoy sola como perro", y la gente cree que es *demasiado ofensivo*.

A veces me he sentido así, pero te juro que sólo han sido besos, es que yo soy como de preprimaria en esto. Hace como dos meses, conocí a un fotógrafo, se llama Mario, y un día salimos y nos dimos un beso, y a partir de ahí cada vez que salimos nos besamos. Luego conocí a Miguel (un brasileño) y salimos y nos besamos, y te juro que me sentí en un rollo de infidelidad con Mario, ¡horrible!; entonces, las primeras veces que salía con Miguel, decía yo: "ay, soy una piruja", y nada más por los besos, ¡imagínate!

Ahora salgo sólo con Miguel, y me gusta la relación que tenemos. Me estoy dando chance de no pensar, de no controlarme tanto. Quiero sentirlo. Para mí lo erótico con él es como un juego. Más de acercamiento, más de tacto. Siento su aliento, nos besamos y digo: "esa boca fue hecha para mí". Me dejo llevar. No quiero pensar. No he tenido relaciones con él, ni me lo planteo. Se dará cuando los dos lo queramos. Me siento bien con él. Y creo que es más fácil que te dejes llevar con alguien que te sientas bien.

El matrimonio no me preocupa. Ya tengo veintisiete años y no siento que *se me esté yendo el tren...* Mi mamá al contrario: está preocupada porque no tengo un novio formal y se me está pasando la vida.

Luego, ella hace planes para cuando me case. Y yo le digo "qué tal si no me caso. Y discutimos. Yo le digo que mi objetivo no es casarme. Sí quiero tener una pareja, pero que no necesariamente tendré que vivir con él toda la vida; si funciona está bien, sino no. Y, para mi mamá, ya a los treinta, ***si no te has casado estás quedada***. Entonces, mi mamá sí presiona mucho por ahí. Pero no sólo mi mamá piensa así, sino también amigas y amigos; una, por ejemplo, dice que conforme tienes más edad, tienes menos de dónde escoger, porque los cuates ya están casados o divorciados y con hijos. Algunos amigos

me dicen: "tú, qué onda, Indira, te vas a quedar para vestir santos", y yo les contesto: "sí, incluso estoy tomando un curso de modas para santos".

Y es que la cosa para mí no es tan complicada; yo no me veo sufriendo si no me caso.

Ahora bien, en cuanto a la maternidad... No tengo problemas si tengo o no hijos. Tengo muchos sobrinos y con ellos he funcionado como mamá. Y tampoco he pensado en eso. Si no tengo hijos no tengo problemas, no los necesito para realizarme como mujer... A veces, veo a mis sobrinos y digo: "¡qué bronca!", no se me antoja. A lo mejor también es que no he tenido una relación con alguien que quiera mucho.

Para mi realizarme como mujer es hacer las cosas que yo quiero hacer, como mi trabajo, la satisfacción que llega a mi cabeza, o algún lugar en especial, esa es la realización. Yo no creo que la realización te la de la maternidad, ni que un hombre te haga mujer... Eres mujer desde que naces. Y la realización puede ser, a lo mejor, una mañana en que te sientas bien y digas: "¡ay, estoy viva, qué maravilla!", y a partir de ahí hasta donde lo quieras extender.

(Las relaciones heterosexuales.) Bueno, yo tengo varios amigos gays y lesbianas, pero nunca me lo he planteado, no para mí. Pero no tengo problema en relación con las personas homosexuales.

(¿Cómo te llevas con tu cuerpo, ahora?) Pues yo creo que he aprendido mucho a querer mi cuerpo, me gusta... Es lo que te decía del erotismo... No creo ser tan expresiva, en ese sentido, y tiene que ver con el mismo rollo de mi familia, pero me gusta... Siento un poco más de seguridad, de mi cuerpo y de mí (cuál es la diferencia), y no por cómo esté físicamente, sino porque lo he aceptado más, aceptar que tengo menstruación y que está

bien, y que es normal, y que es natural; o sea, si me duele un poquito, no pasa nada, o si de repente me toco, y me siento bien, no pasa nada, o sea no me crea remordimiento de conciencia. Y bueno la masturbación, aun no la integro mucho, lo he hecho más bien como de autoexploración y de conocimiento de mí misma, y en eso tiene que ver la seguridad que he adquirido de mí propio cuerpo... Porque, de hecho, al principio me costaba trabajo siquiera verme desnuda, me parecía chistoso. Pero ahora, ya no tengo más problema. Y las palabras ya no me suenan tan fuertes.

3.3 Irls (31 años)

Con mi madre tengo una relación amorosa, ambas sabemos que hay mucho amor entre nosotras; quizá porque soy su primogénita (somos tres hijos: dos mujeres y un hombre, él es el menor.) Pero, ya en cuestiones de personalidad, mi mamá tiene un carácter muy duro, muy seco, muy de autocontrol en lo que siente y piensa. Generalmente actúa y no nos pide opinión, ella toma sus decisiones sin tomar en cuenta a nadie, y eso nos molesta a los tres.

Mi relación con ella, cuando vivíamos juntas, era distante, superficial; ella todavía no superaba la situación de separación con mi papá (el papá de mi hermano, porque mi hermana y yo somos hijas de otro señor), y trabajaba como enajenada, así que casi no había contacto.

Bueno, primero te hablaré de mi infancia. Hay una anécdota, de la cual yo no me acuerdo, pero que cuenta mi abuelita materna. Resulta que un día —yo estaba muy chiquita, quizá dos años— y le pregunté: "oye abuelita, ¿qué es este callito que tengo aquí?" Y ese *callito* era mi clítoris. Yo no me acuerdo de eso, pero ella lo cuenta, y todos se ríen, pero en buena onda, como algo gracioso.

En mi familia, hablar de sexualidad es una cosa común. Mi mamá es médico, y siempre ha llamado a las cosas por su nombre: vagina, pene, nalgas, clítoris... Yo nunca le dije a la *vagina la cosita, la chachita, la conchita*, como otras mujeres; mi mamá siempre decía: "esta es tu vagina", o si acaso "colita", pero muy raro. En ese sentido, siempre fue muy abierta. La comunicación fue buena por ese lado.

El primer recuerdo que tengo, ya de mi vida sexual, es una tarde..., aunque es tan vago que no sé si fue un sueño; debía de tener como cinco años. Estoy en la recámara, acostada en la cama, no veo a nadie alrededor; estoy desnuda de la cintura para abajo, poniéndome talco en la vagina, nada más. No recuerdo nada más. Ahora puedo pensar que esa situación me producía cierto placer, o no sé si lo hacía por una cuestión de higiene.

Lo siguiente que recuerdo, ya yo viviendo en Coatzacoalcos... Ah, porque yo nací aquí en México, pero como a los siete u ocho años nos fuimos a vivir a Coatzacoalcos, por un trabajo que le ofrecieron a mi papá (al papá de mi hermano, que yo veo como mi papá. Con mi padre biológico casi no he tenido relación). Tendría eso, como siete u ocho años, y... Yo empecé a masturbarme muy niña, pero entonces no sabía que era una masturbación; me acostaba boca abajo, cruzaba las piernas y empezaba a moverme, a veces me ponía un trapo entre las piernas: un calcetín, una toalla. Y estaba así, moviéndome, hasta que sentía una especie de dolor, placentero, que me venía del coxis y me subía al vientre. Era una sensación que buscaba constantemente. También la sentía cuando andaba en bicicleta; con el sillín: pedaleaba y apretaba las piernas, con decirte que un día hasta me caí. Perdí el equilibrio. Buscaba ese dolorcito, o sea, no era un dolor agudo o desagradable, yo lo defino así porque era muy fuerte. En ese tiempo, lo vivía como un dolor, ahora creo que era como un orgasmo. Era muy muy fuerte. No he vuelto ha sentirlo. Ni ahora cuando me masturbo de la misma manera, no llego a experimentar esa sensación tan fuerte. Ahora lo siento diferente.

Implementé lo del trapo, pero no sé cómo, quizá porque, como usaba *short*, me di cuenta que cuando se me subía me apretaba el sexo, y tal vez así surgió. Una vez que lo descubrí, me masturbé mucho; buscaba aquel *dolorcito* como tres veces al día.

Ahora, ¿cómo empezó? No sé. No recuerdo que nadie me hablara de eso, ni de tocarme, ni nada. Mi mamá no estaba en casa, se la pasaba estudiando o trabajando. Por otro lado, ella nunca tuvo problemas para hablar de sexualidad, claro, desde la visión científica. Además, el hecho de que mi abuela se haya juntado con mi abuelo porque estaba embarazada, que la hija mayor de mi abuela —o sea, mi tía mayor— se haya tenido que casar porque se embarazó, y que mi madre también haya salido embarazada, te, bueno, me hace pensar que de alguna u otra manera siempre hubo un rollo de aceptación de que tienes sexualidad.

Ahora, déjame decirte que el hecho de embarazarse sin quererlo me parece una irresponsabilidad, sobre todo de mi mamá, siendo médico. Mi padre biológico iba para psicólogo. Cuando mi mamá me tuvo, estaba ya en la carrera; tenía veintitrés años. Ella estuvo en el movimiento del '68. Yo nací en el '69. Ellos no se cuidaron.

Bueno, regresemos a Coatzacoalcos. Entonces mi papá tuvo un trabajo ahí, y a mi mamá le ofrecieron uno en Córdoba. Ella trabajó muy poco tiempo en ese lugar, y después decidió —por seguir al marido e integrar a la familia— dejar de trabajar. Estuvo así como dos años. Sólo cubría interinatos. Así que en ese tiempo estuvo más con nosotros; de hecho, es la época en que más cerca la sentí, y nos cargaba, nos abrazaba, te daba el beso. Yo la recuerdo en mí, y también en mi hermano, pero más con él... A mí, me cuidaba mucho una tía, hermana menor de mi mamá, que cuando yo nací no estaba casada. Fue como mi segunda madre: me bañaba, me cuidaba, me cargaba, me quería

muchísimo. A mí me cuentan que cuando yo era niña, siempre estaba envuelta en el rebozo, ya sea con esta tía o con mi abuela. Siento que fui una niña a la que, de alguna manera, apapachaban y besaban porque..., vivíamos en la casa de mi abuela, y las niñas chiquitas éramos mi hermana y yo. Mi abuela siempre ha sido muy maternal. Vivimos con ella hasta que nos fuimos a *Coatza*.

Mi mamá ha sido más cariñosa con mi hermano. Yo los recuerdo mucho, echados en la cama, leyendo. A los dos les gustan los libros. Roberto, mi hermano, ya tenía como diez o doce años, se quitaba la camisa y se acurrucaba entre sus piernas para que ella le rascara la espalda. Mi hermano es mucho de eso. Tengo muy presente una escena de mi mamá con mi hermano, tumbados en la cama, acariciándolo. Yo tenía como dieciséis años. Y no creas que sentía celos, ni nada. Recuerdo la escena con cariño, con afecto, no había celos...

Yo no sentía ganas de estar ahí. Fíjate que a mí, mi mamá, eróticamente... O sea, yo admiro mucho a mi mamá, pero en el sentido profesional... O sea, físicamente la imagen de mi mamá... Me parece una mujer guapa, que se ha descuidado mucho... Y ése es un enojo que tengo con ella: que a raíz del divorcio, se ha descuidado mucho, se dejó engordar, ahorita ya ha bajado un poco de peso. Pero si tu ves las fotos, ves que mi mamá tenía mejor cuerpo que yo, estaba muy bien formada. Y dejó de arreglarse...

Mi mamá físicamente no me atrae tanto; yo tengo amigas, a las cuales sus mamás les parecen atractivas. Yo me siento más identificada con ella profesionalmente. O sea, yo puedo ver a mi mamá en dos perspectivas: en la profesional y la... como mujer; me identifico más con la profesional.

Yo me veo a mí misma... Cuando mi mamá era subdirectora y, después, directora del hospital, en Coatza, tenía su oficina y un escritorio enorme con su sillón, donde se sentaba y daba órdenes a la gente. Yo la veía ahí, y me encantaba verla vestida de blanco, en esa actitud de control, de poder; y yo me veía a mí misma en esa actitud. Me fascinaba. Pero cuando veo a la otra Inés, en una escena de la casa, no me es tan atractiva; o sea, yo no sé ver a mi mamá como ama de casa, aunque cocina riquísimo..., son situaciones raras.

Pero, bueno, volvamos a los juegos eróticos. Cuando vivía en México, tenía como cinco años, iba en un colegio activo, como un Montessori, de esos que te llevan en la mañana y te recogen en la noche. Y me acuerdo de un juego con unos compañeritos, que nos dábamos besitos, y ya usábamos el término *parchar*, que significaba abrazarse, tener contacto con un hombre, coger... Se lo oíamos a los mayores. Me acuerdo de un salón de clases, en el que estábamos varios chamaquitos de esa edad, y nos estábamos abrazando, y según nosotros ya estábamos parchando. También me acuerdo que tratábamos de verle los calzones a la maestra, cuando estaba sentada o al subir las escaleras. Era excitante. También verle el *bulto* al maestro.

Igual, por ese entonces, teníamos una sirvienta, con la cual pasábamos mucho tiempo porque mamá estaba en el internado del hospital (estaba terminando la carrera). Un día... Sólo me acuerdo de esto: ella de pie, nosotros viendo la televisión; tiene un cepillo en las manos, se lo pone entre las piernas y se empieza a mover. Nada más.

Luego, en la época de la masturbación, entre los ocho y nueve años, mi mamá tenía una amiga, compañera del trabajo, y ella tenía un hijo... Cuando llegamos a

Coatzacoalcos, vivimos un tiempo en casa de esta señora. Entonces cuando ellas estaban en el hospital, nosotros jugábamos a tocarnos, nos besábamos, no recuerdo que estuviéramos desnudos. Pero sí jugábamos que a la casita, o nos escondíamos atrás de los sillones. Ni su mamá ni la mía estaban. Nos quedábamos con las muchachas, y ellas ni en cuenta. Además, tú como niño buscas el momento. Porque no pensábamos que fuera malo, pero sí que estaba prohibido, aunque mi mamá nunca me lo dijo, o al menos yo no recuerdo.

Mi mamá nunca me dijo que no me tocara, ni que me tocara, claro. ¿Sabes?, la primera vez que yo hablé de sexualidad con ella fue en la adolescencia. Así, una plática entre ella y yo. Y fue cuando empecé a verlo en la escuela. Mi mamá me explicó con todas sus letras como nacen los hijos, y no usó el rollo de la cigüeña, siempre usó pene, vagina y penetración.

Entonces yo siempre supe que las cosas tenían un nombre y que eran lo que eran y no otras cosas. De hecho, también la cuestión de la menstruación me la manejó como "te va a pasar" y "te tiene que pasar, porque eres mujer". Me dio toda la explicación científica de lo que sucede durante el período. Jamás me dijo: "te vas a poner mal" o "te vas a poner *chipil*", que gracias a Dios a mí no me pasan esas cosas. En aquel entonces había un cuadernillo que traía toda la información sobre los procesos fisiológicos del cuerpo y lo leí.

La primera vez que yo menstrué, me acuerdo que mi mamá tenía una tienda en aquel entonces, y yo estaba jugando en la calle con alguno de los vecinillos de ahí... y, pues, **me bajó**. Empecé a sentir húmedo, ni siquiera tuve dolor, sentí mojado, fui al baño y estaba manchada. Le dije a mi mamá: "oye, mamá ya manché, ya me bajó", y mi mamá:

"¿cómo te sientes?" "Bien." "¿Te duele algo?" "No". Y agarró unos *kotex* del negocio y me los dio, "ponte una toalla", dijo. Yo ya sabía cómo usarla.

Menstruar no me hizo sentir *mujer*, ni que ya podía tener hijos ni nada de eso. Fue un proceso que fluyó normal. Ahora, con relación al contacto con la sangre, para mí era natural. En mi casa había libros de pacientes, heridos y destripados; y a la hora de la comida era una situación común que un par de médicos loquitos (mi papá también era médico) hablara de pacientes.

No tuve problemas con el hecho de menstruar, si acaso un poco de incomodidad, de molestia, en el sentido de "ya ensuciaste tus calzones, ya los ensuciaste...", porque sí me parece algo sucio. A mí, más que un rollo de ser mujer, ¡qué miedo!, lo que sí me molesta de la menstruación —y hasta ahorita, y no porque no me guste ser mujer, me encanta serlo; si me dieran a escoger entre ser hombre o mujer, aunque ame a mujeres ahorita, no me volvería hombre por nada del mundo, me encanta ser mujer que ama a mujeres— es el hecho de que ensucies tu ropa interior, que te tengas que estar cuidando de no manchar la ropa, o las sábanas, en la noche; que tengas que ir más constantemente al baño a cambiarte.

Es una cuestión de higiene, me desagrada ver la mancha... El olor no tanto, a veces me excita. Yo sí soy muy sexual en esos días. El primer día no, porque me inflamo y me duele. Pero el segundo y tercer día, estoy hormonalmente muy activa; si me besan y me abrazan, me excito mucho... Pero sí me produce... cierto... como asco. Me cambio muy constantemente. Soy muy cuidadosa con mi higiene esos días; desde que descubrí que puedo usar tampones, los amo, o sea, no los uso todo el día porque sé que hay que dejar salir *todo eso*, pero los uso dos o tres veces al día porque me hacen sentir limpia.

No sé de dónde venga esa sensación de suciedad. Recuerdo que mi madre siempre me decía: "cuando menstrúes, tú toalla, envuélvela, ya sea con un periódico...", y no porque fuera penoso que mi hermano la viera; al contrario, yo lo mandaba por mis toallas. Pero por higiene, ¿no?, porque se ve feo que entres a un baño, el mismo de tu casa, y encuentres una toalla *toda abierta*; es antihigiénica: desprende olores, bacterias..., y también por una cuestión estética. Yo lo entendí así. Ella nunca me dijo "es algo sucio", pero una vez me llamó la atención —tal vez yo había dejado una toalla por ahí tirada—, y *la cara que puso fue como de...*, como si estuviera dando una clase. (Y, sin embargo, bastó con una sola vez, para que Iris aprendiera a no dejar la toalla abierta.)

Con respecto a los cambios del cuerpo, no tuve problemas. Siempre he sido de senos pequeños. Yo aprendí a usar brassier a través de mi prima, ya ves que siempre hay una prima, una hermana o alguna mujer con la que juegas a probarte la ropa. Incluso con esa prima tuve mi primer juego erótico homosexual. (No fue gran cosa, jugamos a que ella era mi secretaria y yo el jefe; se sentó en mis piernas a tomar dictado y yo le toqué los senos. Fue todo. Es algo que pasó y ya, sin más consecuencias entre nosotras.)

Del crecimiento de mis senos, sólo recuerdo un dolor suave, sobre todo en los pezones; era una especie de sensibilidad extrema, que me gustaba, y, bueno, no me andaba tocando, ni nada; de hecho, cuando me masturbo, me toco poco los senos, es algo que... Me gusta tocárselos a mis parejas, eso me gusta mucho, pero a mí misma, casi no, y me gustan mis senos, incluso es una de las partes de mi cuerpo que más me gusta, pero en la masturbación no me los toco tanto. Porque yo uso la masturbación para desfogarme, ya cuando necesito tener un orgasmo, lo busco directamente.

Recuerdo ese cambio de la camiseta al corpiño, fue extraño: por un lado, yo ya quería usar corpiño para parecerme a mi prima (ella era muy guapa, más que yo, además ya era *mujer*: empezó a menstruar y tuvo senos primero que yo); pero, por otro lado, cuando ya lo usé, fue una sensación horrible: era sentirte partida, porque tenían el elástico aquí, debajo de los senos, y se te subía, era todo el día estar bajándome el resorte. Con el brassier es una sensación diferente, yo de hecho nunca he usado brassier de varilla, no me gustan, son incómodos, me molestan. Ahora uso de algodón... El chiste del brassier es que te sostenga el volumen, te lo levante, te presione. Ahora ya estoy acostumbrada, pero en esa época no los soportaba, me sentía apretada, aprisionada, muy incómoda; a veces, incluso, se me olvidaba ponérmelo, o inconscientemente hacía que se me olvidara.

En mi adolescencia, fui una chica gordita, no obesa, pero sí llenita, y cuando te desarrollas, pues, empiezas a tener atractivo hacia los chavos. Empecé a notar que ellos me veían los senos, las piernas, y eso es algo que, hasta ahorita, disfruto mucho: ser objeto de deseo de otra persona, me gusta, te levanta el ego, te da satisfacción, me hace sentir bien. Dos o tres veces llegué a ir a la secundaria sin brassier, porque se me olvidaba, te digo, pero me gustaba que los chavos me vieran de otra manera.

Mi mamá no me dijo nada sobre usar brassier o no, por ese tiempo empezó a separarse de mi padre, y no había mucha atención de su parte... A mí me gustaba verla en brassier. Algunas veces la vi desnuda. Creo que mi madre, en algún tiempo, tuvo un cuerpo hermoso; pero luego se descuidó mucho, y eso me molesta: que se haya dejado engordar y se haya descuidado físicamente por la depresión de haber perdido a un hombre.

La secundaria fue una época un tanto asexual para mí. Me gustaba uno que otro chavo pero no tuve novio. El primer beso, de boca abierta y todo —porque yo ya me había dado besos de piquito con mis amiguitos—, fue en tercero de secundaria; había un chavo que me encantaba, y yo le gustaba a él. Nos lo dimos atrás de unos salones; pero fue horrible: me metió la lengua y yo sentí que me lavó la garganta. Ninguno de los dos sabía besar. Después ya nos dimos más besos, y mejor, más rico. Con él siempre fue de meter y sacar la lengua, le gustaba, como en un rollo de penetración, muy masculino, bueno, no masculino, sino de poder, ahora lo interpreto así. Luego nos acariciábamos; él a mí, yo no tanto porque aún sentía pena. Recuerdo que algo que me excitaba mucho era bailar con él y sentir su erección, incluso él tomaba mi mano y se la ponía en el pene, a mí me gustaba pero me daba un poco de pena.

Ya en la prepa, tuve mi primer amor platónico femenino. Yo tenía diecisiete años. Estudié laboratorista clínico —una carrera técnica— e hice mi servicio en el Seguro Social, ahí conocí a Alejandra. Era una mujer, para mí, guapísima. Había terminado medicina y estaba haciendo su internado. ¡Para mí era una diosa! Me encantaba esa mujer. Yo la veía pasar y no me atrevía ni a hablarle; después sí y hasta le compré chocolates y la música que le gustaba. Nos hicimos amigas. Nada más.

Yo me enamoré de ella, y ése fue mi primer gran sufrimiento. Nunca pasó nada entre nosotras. Jamás le dije nada. Ahora ella está casada.

Sin embargo, yo no viví ese enamoramiento como un problema en sí, quiero decir, no me sentía homosexual ni nada. Sí sabía que había mujeres que amaban a mujeres: las *marimachas*, las *tortilleras*..., y sabía que existían porque en Coatza, en dos o tres ocasiones, pude verlas en la calle. Yo conocí el estereotipo de las lesbianas machorras,

masculinas, de las que tienen que ser hombres —y en provincia se ve mucho—, las lesbianas que se ponen los *jeans*, toscas, de pelo corto, que se dejan engordar. Yo no me acuerdo de haber sabido de una mujer lesbiana femenina, guapa. Y sí sabía de la homosexualidad; pero de los *putitos*, los *jotos*, los *afeminados*. (En ese tiempo aún no sabía que mi tío Juan Carlos, hermano de mi mamá, es *gay*. Él no es *afeminado*, no se le nota.)

Yo no me sentía homosexual porque a mí me gustaban los hombres; veía hombres desnudos y me excitaba, veía hombres en tanga y me excitaba; me gustaba ver piernas, me gustaban actores, me gustaba el compañero de clases, y yo quería tener novio. Tenía pretendientes con los que salía. Así que no me cuestionaba lo de Alejandra, sólo lo sentía y ya; hacía corazones, entrelazaba las iniciales de nuestros nombres, le escribía cartas, me encantaba que me hablara por teléfono...

Luego ella se casó y no he vuelto a verla. Yo me vine a México a estudiar la universidad. Ciencias de la Comunicación, también.

A los diecinueve años tuve mi primera relación sexual. Un día fui a Coatzacoalcos a visitar a mi mamá (ella se quedó a vivir allá, sólo nos venimos mis hermanos y yo, los tres vivimos en un departamento que compró ella aquí, el que ahora es mío). Era un día del Médico, me acuerdo. Un amigo de mi mamá, que también es médico internista, tiene un hijo de mi edad. Él estudiaba en Guadalajara. Nos conocimos cuando éramos niños pero no nos tratamos mucho.

Ese día coincidimos en una fiesta que hicieron para los médicos. Bailamos, cotorreamos y, luego, él me propuso que fuéramos a la playa. En el camino, compramos unas cervezas. Él estacionó el auto y, después de platicar un rato, comenzamos a

besarnos, primero tiernamente y luego con más pasión; terminamos teniendo relaciones adentro del carro. Fue la primera vez que me penetraron. No usé condón. Y fue rico sentir un cuerpo caliente adentro e ir siguiendo un ritmo con otro cuerpo, y los besos... y la adrenalina del peligro, de estar en la playa y que pudieran cacharnos; además, yo sabía que no iba a verlo más, que sólo era el momento, y eso me dio libertad. Al otro día yo me regresé a México. No he vuelto a verlo.

¿La virginidad? Yo no sé si tuve himen alguna vez en mi vida, porque yo ya me masturbaba introduciéndome los dedos; y, la primera vez que lo hice, no tuve dolor ni sangre ni nada. Yo conocía la virginidad como un mito que te platicaban las amigas, pero nada como una realidad que yo hubiera experimentado.

Después de ese chavo tuve relaciones con otros, aunque yo seguía enamorada de Alejandra, ella fue mi primer amor... De hecho, yo me he enamorado de mujeres; de hombres, me han gustado muchísimo..., pero enamorada..., sólo de mujeres.

Ya en la carrera, tuve otro amor platónico. Me enamoré de mi amiga Yessica. Ella hacía gimnasia y baile contemporáneo, tenía un cuerpo que me encantaba: caderas firmes, piernas estupendas, cintura bien marcada. Pero tampoco pasó nada.

Seguí teniendo relaciones sexuales con los chavos. Me he acostado como con ocho o nueve, y me han gustado, aunque los chavos son más de tener el orgasmo y ya, de penetrar, eyacular y luego "ahora sí vamos a descansar, porque tengo que tomar fuerzas para volver..." Sí buscan el rollo de querer saber si disfruté o no, pero más en función de su propia satisfacción; en cambio, a mí me gusta tocarlos, acariciarlos, sentir el pene erecto entre mis manos, o que me recorran la espalda, en una onda más de caricias... Con las mujeres que me he acostado sí ha habido más este preámbulo del juego erótico:

caricias, besos, mordiditas. Aunque la primera vez que tuve relaciones con una mujer, yo fui la chava más pasiva del mundo: no sabía qué hacer. De ella me enamoré, fuertísimo... Te digo, yo me enamoro de mujeres... Y no, no soy lesbiana. No me gusta usar el término *lesbiana*. Yo me defino como una mujer que ama a mujeres. Yo sólo me defino como homosexual con mi psicólogo; afuera soy una mujer que ama mujeres. Él dice que es una cuestión de aceptación.

A mí me gusta ser mujer, yo demuestro que soy mujer. Y soy mujer porque tengo órganos femeninos: senos, vulva, vagina...; y porque me visto con ropa de mujer, tengo un nombre de mujer y me desenvuelvo como mujer... Sin embargo, a veces tengo algunas dudas sobre qué es eso de *ser mujer*... Por ejemplo, si tú me preguntas cuál es la diferencia entre dos individuos, yo te diría que los dos piensan, los dos sienten, los dos pueden ser tiernos, los dos pueden pagar las cuentas; o sea, no entiendo cuál es la diferencia esa entre ser la parte activa o pasiva, porque en la cama yo puedo ser, de repente, la parte más pasiva, la receptiva, y de repente puedo ser la más activa, pago las cuentas, cambio un foco y cocino... Y eso no me hace ser el hombre o la mujer en una relación.

Mi madre sabe que he tenido relaciones con mujeres y ahora conoce mi relación con Gabriela. Yo no se lo dije, se enteró por mis hermanos. Pero lo tomó tranquilo porque ya tiene la experiencia con su hermano. Lo de mi tío Juan Carlos se sabe en su familia desde que el tenía trece años. Empezó en la adolescencia. Lo llevaron a psicólogos, y todo el mundo sabe que es *gay*. Mi abuela, su mamá se enteró después. Mis tías y mi mamá lo supieron primero y así lo aceptaron. Su homosexualidad no fue un drama.

Además mis tías tienen todas profesión, han viajado, son cultas y, además, les tocó la época del feminismo, de los movimientos estudiantiles, donde ya se hablaba de la homosexualidad, así que aprendieron a aceptar ese tipo de cosas.

Yo tengo una relación formal con Gabriela. El año pasado la invité a pasar la fiesta de fin de año con mi familia. Le avisé a mi mamá, y primero puso un poco de trabas, en un rollo como de querer protegerme de mis primos, mis tíos, mi abuela, que no me fueran a decir algo que me lastimara, y yo le dije: "mamá, tranquila, yo no voy a andar de la mano y besuqueándome con ella; pero ella ahorita es una parte importante de mi vida y quiero que esté conmigo, así que si alguien me pregunta ya les contestaré y si no que piensen lo que quieran." Y bueno, Gabriela pasó el 31 con nosotros, y mi mamá y mi familia *super alivianados* con ella. Ahorita mi mamá, que ha venido un par de veces de diciembre para acá, me pregunta por ella y todo.

Mi mamá sabe que Gabriela duerme tres o cuatro noches en mi casa. Ahora, nunca hemos hablado abiertamente de que Gabriela y yo tenemos relaciones sexuales... De hecho, nunca he hablado con ella de mis relaciones. Sólo, cuando era más chava, me dijo: "usa condón; y, si en algún momento tienes un problema de embarazo, no te vayas a meter en una pendejada de abortar en condiciones de riesgo. Cuéntanos, nosotros te podemos ayudar."

El otro día, de los días que estuvo mi mamá acá, Gabriela me habló por teléfono y yo estaba esperando que me hablara. Ya estábamos en la mesa: mi tío Juan Carlos, mis hermanos, mi mamá y yo, pero yo no comía porque estaba esperando que ella me hablara para comer juntas. Entonces mis hermanos dijeron, así en un tono de burla: "sí,

claro, te truenan los dedos y vas corriendo a donde ella esté", y mi mamá comentó: "me las voy a sentar un día a las dos, y les voy a hablar de hombres, porque no hay otro placer más rico en la vida que acostarse con un hombre". (Iris dice lo anterior imitando el tono de burla, y con una actitud que denota la violencia a la que fue expuesta.) Y entonces mi hermana le dijo: "pues sí mamá, a mí sí me interesa, tú platicame a mí de hombres", y yo: "no mamá, a nosotras, a Gabriela y a mí, realmente no nos interesa", y mi tío: "sí, Inés, platicanos de hombres".

Yo sentí... Mi mamá me ha dicho abiertamente que quiere que me case; entonces, yo creo que ella acepta mi relación con Gabriela porque no le queda de otra..., y tiene de dos: lo acepta o lo acepta, porque no voy a dar marcha a atrás.

Mi mamá ahora está feliz con mi hermana porque ya se casó; luego se van de compras, al super y la cuida que coma y todo. Ahora es su preferida, aunque no, su preferido ha sido siempre mi hermano, por ser el más chico y el varón; y sí, de repente, me encabrona. Por ejemplo, mi mamá llega a México y lo primero que hace es lavarle la ropa, y a mí no, aunque yo me voy a trabajar y él se queda ahí acostado.

Sin embargo, yo sé que mi mamá se identifica más conmigo, porque de los tres soy la más independiente, la que más ha hecho por sí misma, como ha hecho ella. Soy su primogénita además; soy como la extensión de mi mamá en muchas cosas: en el aspecto profesional y en el emocional. Yo también soy un poco dura y seca para demostrar mis afectos, o sea, en el acto sexual soy muy cariñosa; de repente, afectiva, pero ya en la vida diaria, me cuesta mucho trabajo, no me nace muy naturalmente. Por ejemplo, yo le digo a mi mamá que la quiero, dos veces al año: en Navidad y el 10 de mayo.

También me parezco en eso de las decisiones, lo que te decía al principio, ella toma una decisión y te comenta lo que va a hacer; o sea, te platica todas las opciones pero te va orillando a que te des cuenta que ella ya decidió, y eso me enoja mucho porque yo haría otra... Pero ¿sabes?, en el fondo, yo soy igual: tampoco escucho ni tomo opinión de nadie.

Siento que a mi madre le gusto, sí, aunque de repente me dice que me arregle el cabello, que ya lo tengo muy oscuro, que use jabón de manzanilla para aclarármelo, porque yo era güerita. Y luego me dice que me maquille, que me cuide, y eso me enoja mucho: ella no se cuida y quiere hacerlo conmigo.

Yo siento que soy una mujer guapa, atractiva... Me gusto físicamente, no me veo mucho en el espejo, pero me gusto. Me llevo bien con mi cuerpo, me gustan mis ojos, mis senos..., lo único que no me gusta es mi abdomen, siento que estoy gorda (Ins pesa 57 kilos). Bueno, no muy gorda, pero sí gordita, tengo una lonjita, como una pancita. A mí me gusta el vientre plano. Si me visualizo perfecta, me quitaría esa pancita. No tengo un cuerpo perfecto. Un cuerpo perfecto como los de la televisión. Eso me gustaría.

De mujer a mujer, mi mamá y yo somos muy parecidas. Y las dos sabemos que nos queremos, que hay mucho amor entre nosotras, pero ninguna de las dos puede demostrarlo abiertamente. Todo es así, sin palabras. Mensajes no verbales, como tú dices. Creo que mi mamá me enseñó mucho sin palabras, en el sentido de que nunca me dijo "admira la parte intelectual y profesional que soy yo, porque esto te va a llevar a ser reconocida". No, yo lo vi, yo vi cómo se desenvolvía, cómo actuaba, y yo la admiro por eso.

3.4 Andrea (29 años)

Somos dos hijos: mi hermano y yo. Él es mayor. Mi mamá tiene 52 años y mi papá 53. De pequeños, vivimos en casa de mi abuelita, ahí vivía también una tía con sus hijos. Se puede decir que vivíamos todos juntos, pero al mismo tiempo separados.

De mi infancia, con relación al cuerpo, sólo tengo como³⁰ un gran recuerdo que me parece interesante para tu investigación: yo sentía una gran curiosidad por saber por qué las niñas *hacíamos sentadas* y lo niños hacían de pie, y por qué ellos *se tocaban* y nosotras no. Yo, de niña, traía mucho la onda de "quiero ser niño, quiero ser niño, quiero ser niño" y era como muy *machita*. Entonces me acuerdo que un día dije: "yo voy a hacer de pie como los niños, y apretándome como los niños, a ver qué pasa y qué sale". Pero no pasó, ni salió nada (risas). Sin embargo, curiosamente, había dejado la puerta del baño abierta (el baño estaba en un patio) y pasó una de mis primas y gritó así como *¡ah, qué horror se está tocando!*, o algo así, no me acuerdo muy bien, pero sí puso cara de espanto; no sé qué le asustaría tanto: si que yo estuviera de pie o que me estuviera tocando. La cosa es que fue corriendo a decirle a mi mamá, y ella *puso el grito en el cielo*. Fue así como un *gran drama*. Creo que tenía como cinco o seis años. No me acuerdo qué me dijo mi mamá, pero sí recuerdo que fue como un drama nacional, así de "esta niña está mal, muy mal". Ése es el gran gran recuerdo que tengo de más chica.

Luego, aún sobre la infancia, tengo como algunos recuerdos de que nos bañábamos mi mamá y yo, o mi papá y yo..., bueno, de mi papá no estoy como muy

³⁰ En el transcurso de la entrevista, Andrea utiliza las palabras "como" y "gran" reiteradamente, son una especie de muletilla; sin embargo, decidí no omitirlas en la redacción final de su historia de vida, dado que operan como palabras-distancia; esto es, palabras que le permiten distanciarse de hechos poco agradables. El "como" le permite verbalizar una realidad dolorosa y al mismo tiempo alejarla.

segura. Recuerdo que íbamos al sauna todos juntos, y de estar los cuatro ahí encuerados, pero como muy natural, ¿sabes? Recuerdo que en casa (en nuestra casa, cuando ya no vivíamos con mi abuelita) podíamos estar todos encuerados: mi mamá, mi papá, mi hermano y yo, así como con mucha naturalidad, tranquilos; y hasta la fecha, mi mamá puede andarse cambiando, o andar desnuda, de la cintura para arriba por la casa y como si nada. Entonces yo la veía y decía: "ah, okey, es normal". Hasta la Universidad me pareció que eso era normal, porque tuve una amiga que me decía muy espantada: "no, no, eso no es normal."

Ahora yo no sé si podría hacerlo, porque por un lado... Es una contradicción lo que te voy a decir. Por un lado, mis papás, en mi casa, eran muy muy abiertos, muy tolerantes; no había que preocuparse por esas cosas de si andabas desnudo o no. Pero, por otro lado, no recuerdo que nadie me hablara de mi cuerpo, ni nada parecido; y, luego, con lo que pasó en el baño, ya ves que mi mamá hizo un drama. Era muy contradictorio. También recuerdo un episodio con mi hermano, así como "vamos a encuernarnos", y también eso fue drama, drama nacional.

No recuerdo a qué estábamos jugando..., es que es un episodio que he tratado de borrar de mi cabeza; en el fondo, creo que yo tuve la culpa, es decir, yo lo provoqué y siempre culpé a mi hermano, así que tengo ahí como algo atorado.

Nos desnudamos y estábamos **como tú sobre mí y yo sobre ti** (nótese el cambio a la segunda persona gramatical, acompañado del "como", con el fin de crear distancia o irrealidad: *pasó pero como que no pasó*, y baja la angustia), pero sin ninguna razón sucia...

Y me sorprende no poder contarlo, ¿sabes?, porque una vez una amiga me contó, con mucha naturalidad, que había vivido algo parecido, y yo no puedo, ¡qué horror!

Cuando pasó lo de mi hermano yo tenía cinco o seis años. Y de la reacción de mi mamá, recuerdo que hubo lágrimas, frases como "en qué me equivoqué", cara de pena, aflicción... No quiero hablar de eso, ¿está bien?

No entiendo esa apertura de mi mamá hacia la desnudez y, al mismo tiempo, su silencio sobre los temas del cuerpo. Por ejemplo, pasando a otra época de mi vida, ella nunca me habló ni de menstruación ni de sexualidad, como que daba por entendido que yo ya sabía de esos temas; o sea, como que a mí no me hacía falta esa información porque la tenía en los libros, y como que ella lo asumía así. Pero, al mismo tiempo, ella era muy capaz de ponerse la toalla enfrente de mi hermano y de mí, le daba como igual; entonces yo pensaba: "ah, esto es muy natural". Así que cuando a mí *me bajó* fue también muy natural: "ah, ya me pasó, *okey*", dije y le enseñé mi calzoncito, "mira"; y ella dijo: "ah, ya te pasó, bueno, ponte una toalla", y fue todo, sin más. Porque recuerdo que, con las hijas de las amigas de mi mamá, era llanto, drama: *ya eres mujer* o *¿qué me va a pasar?* y un montón de cosas. Con mi mamá todo fue como muy tranquilo, muy *light*.

Bueno, esas son las dos cosas que te quería contar: lo de hacer pipí y lo de la menstruación, porque son como dos reacciones abismales, ¿sabes?, lo primero fue como el drama absoluto, y lo segundo como: "ah, ah, está bien, no pasa nada, todo tranquilo".

Ahora, ¿cuál fue mi reacción cuando yo menstrué? Pues al principio nada, sí fue un poco como "ah, ya me cambió la vida", pero como sin saber por qué, ¿me entiendes? Luego, creo que me dejé impactar por mis amigas de la primaria, porque para ellas era demasiado importante la menstruación y, aunque a mí me daba igual, tuve que entrar en su círculo de importancia. Ellas decían que ya éramos mujeres porque ya podíamos tener

bebés; en los libros de primaria las dos cosas están *junto con pegado*: la menstruación le da a la mujer la capacidad de la reproducción, y mis amigas pensaban que ya iban a tener hijos. Tenían como once o doce años.

Un año después, yo empecé a sentir así como "ya soy mujer"; era igual que "ya saqué la licencia de conducir: ya soy chofer", "ya saque la licencia de mujer". Pero creo que, si hubiera estado en una isla desierta, no me hubiera impactado mucho, ni ver la sangre, diría: "así como me salen mocos, igual me sale sangre".

Yo creo que he pasado diversas etapas con eso de la menstruación. Ahorita creo que estoy en la *premenstrual a todo lo que da*, porque sí me pongo muy muy deprimida. Antes de eso tuve una etapa como de enojo, de ponerme de muy mal humor, de odiarme yo misma; no podía hablar con nadie en esos días, no, no, fatal. Y antes estuve en una etapa de alivio: "*¡uf, qué alivio, no estoy embarazada!*", con decirte que había meses en que ni tenía relaciones sexuales y yo preocupada porque pudiera estar embarazada: "*¡uf, gracias Señor, ya me bajó, gracias, gracias!*", estaba en la plena obsesión.

Creo que son las tres etapas más claras que he tenido: alivio, enojo, depresión.

Empecé a menstruar a los once años. Mi primera relación sexual la tuve a los diecisiete años. Así que de los once a los diecisiete, tuve una etapa de *me da igual*, creo que lo único que me molestaba de la menstruación era lo impredecible, porque es la etapa de la secundaria donde a todas, mes con mes, se nos *ensuciaba* la falda; yo no sé si la tecnología de las toallas no era tan buena o qué... Entonces era lo impredecible de "yo no sé si me va a durar dos días o cuatro, si me van a bajar cinco litros o muchos litros..." Pero me daba igual, hacía lo que quería; no como las mujeres de antes, o nuestras madres, que no podían hacer muchas cosas, tenían que estar sentaditas en

casa, no se podían bañar y... usaban trapitos, ¡qué horror!, mis tías todavía los usaban. Un día, que me quedé a dormir en la casa de mi abuela paterna, volteamos el colchón de la cama y estaba lleno de trapitos, yo dije: "qué mujeres tan raras son mis tías". Mi mamá y su hermana no usaban esas cosas.

De los pechos, nada. Lo que sí recuerdo es como la típica transición de la camiseta al corpiño. Al otro día, en la escuela, fue como: "ya pasé a otro grupo de *niñas*, ya no puedo andar con ustedes". Ahora pertenecía al grupo de niñas que se iban a convertir en mujeres. Es que la camiseta, ¿sabes?, era como una ropa de bebé; en cambio, el corpiño ya era la antesala a ser mujer. El corpiño te destapaba la panza, ¡*juuuuu!*, era algo emocionante. (En la transición de la camiseta al corpiño, hay una etapa que se obvia: la infancia misma; es como pasar de bebé a mujer, la niña es inexistente, invisible, como sostiene Olivier: la niña no existe para nadie. Por otro lado, para Andrea, el corpiño tiene una connotación erótica, pues le destapa la panza, esa expresión de *juuuuu!*, al parecer, contiene placer erótico.) La camiseta es una prenda de bebé; el corpiño es como la antesala a ser mujer, entonces es como "ya eres importante".

Ahora, ¿sobre la masturbación?, bueno, creo que nunca me había pasado por la cabeza, hasta que un día, típico sábado o domingo, tocaron a la puerta —y no sé de que religión eran, mormones, protestantes, o no sé (yo tenía como ocho o nueve años)— y querían dejarme algo..., "sí niña toma este libro que te trae la palabra del Señor". Total que me dejaron el libro, y yo me lo devoré; entonces yo devoraba libros, todo lo que me cayera. Y, no me acuerdo bien, pero en ese libro había una parte que hablaba como del pecado de tocarse... Pero te juro que era como un manual de la masturbación (risas),

decía como *ábrase usted su pantaloncito y tóquese ahí...*, paso por paso te iba describiendo lo que no debías hacer.

Y decía "no deben tocarse, tienen que resistir, soportar y no tocarse...", y yo, *juuuuuul* (se repite la expresión y ahora sí en un contexto erótico, así que podemos confirmar que en el caso del corpiño también se trata de una expresión que connota placer erótico), ahí estuve, lo intenté y lo intenté hasta que lo logré, y dije: "sí, tienen razón, esto es una maravilla". Creo que lo hacía en la recámara. Lo ensayé hasta que sentí rico. Y no me dio culpa. Quizá la culpa vino después, como a los once o doce años, que pensé que si esto era tan rico debía ser algo malo, como decían en el libro.

Por esa época tuve un episodio en un camión con un tipo que me agarró las nalgas, iba con mi papá y mi mamá, pero al principio pensé que todo era parte del apretujadero: el camión iba atascado; luego, sentí la mano del tipo más adelante y dije: "esto ya no es normal". Igual no dije nada, sólo empuje al tipo y cuando bajamos se lo conté a mis papás y se enojaron porque no se los dije antes.

Recuerdo que después se los conté a mis amigas de las escuela, con pena, no de vergüenza, sino de dolor de que nos pasen esas cosas, y en un momento la plática se tornó a: "ya somos grandes, ya somos mujeres, ya nos van a pasar esas cosas".

Hay otra cosa que te quería contar. Como yo era así medio *machorra* —eso me lo decía mi abuelita, mi mamá y mi papá, pero no en mala onda, ¿sabes?, ni de castigo ni nada, sino que les daba risa, decían: "ay, esta niña nos salió muy machita", porque me peleaba mucho con mi hermano y casi siempre terminábamos en el suelo a golpes—, entonces, me acuerdo que me acostaba en un sillón y subía las piernas a la pared, y mi mamá me decía así como: "siéntate bien, siéntate derecha", y yo nada de caso que le

hacia... Pero yo no veía eso de subir las piernas como una cosa sexual, sino más bien como: "no saben hasta dónde puedo llegar, todo lo que puede hacer mi cuerpo; ahorita mismo puedo pararme de cabeza si quiero", porque de hecho me paraba mucho de cabeza, "no se dan cuenta que mi cuerpo me lo pide, es la libertad de mi cuerpo", pensaba.

Y curiosamente, ahora yo con mi sobrina, la veo sentada con las piernas arriba o abiertas y le digo: "siéntate bien, siéntate derecha, cierra las piernas..." Y es que ahora me preocupa mucho, mucho, horriblemente, el abuso infantil; me da miedo que le pueda pasar algo malo a mi sobrina. Ahora entiendo a mi mamá.

Creo que todos hemos pasado por eso, y nadie está como a salvo, ¿entiendes? De hecho, entre las razones que tengo para no tener hijos..., más bien, me muero de ganas de tener hijos pero no me atrevo: como los voy a cuidar de que no les pase nada... Que no haya conserjes, que no haya hombres.

A mí me pasó... Pero no como de tocarse, ¿sabes?, o de tocarme, no hubo penetración ni eso. Pero sí..., y me da pavor, pavor... Tenía como cinco años, creo.

Ellos eran como los hijos de la directora, no, el hijo de la directora y el hijo de alguna maestra, y creo que tenían unos catorce años, y pues andaban también como en la calentura de adolescentes, y como que decían: "ven, ven, vamos a jugar", y yo: "o.k., vamos". "Pero acá al cuarto", decían ellos. "Okey, vamos". "Bájate los calzones", me decían y yo me los bajaba, "okey", pero así sin malicia de mi parte, ¿sabes?, yo no entendía nada, como que sólo seguía las instrucciones, "okey, me los bajo", y de hecho ahí no tenía conciencia de lo que pasaba, como la tenía en el juego con mi hermano: "yo

soy la culpable, yo lo provoqué", y todo eso. Con ellos era igual que si me hubieran dicho "ponte a acomodar cuadritos", habría sido lo mismo.

Creo que pasó varias veces, aunque conscientemente sólo recuerdo una: un día que estaba sólo uno de ellos conmigo; después llegó el otro como diciendo: "esta chavita da chance". Recuerdo que el chavo que llegó después, estaba como avergonzado, me dijo: "voltéate para que no me veas", se sacó el pene, yo me volteé y el dijo algo así como: "te lo voy a poner entre las nalgas", "okey"... Y según yo no pasó nada malo, quiero decir, no se frotó ni nada, sólo lo ponía *ahí* y ya. "Ya acabó", dijo el otro, y yo: "ya acabó, bien".

Era así, ¿me entiendes?, como muy rápido, y sé que pasó varias veces porque siempre entrábamos al mismo cuarto, que tenía olor como a humedad. Ahora cuando detecto ese olor siempre se me viene ese recuerdo... Y bueno supongo que el otro tipo que era más grande... Bueno, era lo mismo, como de sacarse el pene, ponerlo, sentir el contacto, contacto, y ya, se acabó.

Yo tenía como cinco años y me quedaba en el kinder porque era como una especie de guardería. Yo creo que ellos salían de la secundaria y se iban al kinder a esperar a sus mamás...

Y ya no tengo más que decir.

Nunca se lo dije a mi mamá. Creo que porque en el fondo sí sabía que era algo malo, y a lo mejor ellos me dijeron que no se lo contara a nadie, ya sabes, la escena típica: "no se lo cuentes a nadie, es nuestro secreto". O no sé, la verdad es que nunca se lo había contado a nadie, no sé por qué te lo conté... También sé que no me sentí mal ni nada, ¿sabes? No tengo recuerdos de culpa, ni de violencia... Pero, por otro lado, sí me

acuerdo mucho de eso, a veces seguido y digo: "hijos de la chingada, ¿cómo se atrevían?, si era una niña", como ya ni siquiera yo, sino una niña. (Todo esto, lo dice Andrea con mucha rabia y llanto contenido. Enseguida, se recupera.)

Pero yo no me sentía culpable, ¿sabes? Si me hubieran puesto a jugar otra cosa, habría sido igual. Yo en el fondo sentía como que les estaba colaborando, ¿me entiendes?, como "que buena onda soy", "me porto bien, hago lo que me dicen", "soy una niña buena", o cosas de esas, ¿sabes?

Ahora, eso del kínder no tiene nada que ver con el juego con mi hermano, aunque sean por el mismo tiempo, para mí, están a siglos y siglos de distancia; lo de mi hermano fue como algo divertido, no placentero... ¿Sabes qué?, antes de tener mi primera relación sexual, recuerdo que tuve un juego como muy muy parecido al juego con mi hermano; algo así como "vamos a desnudarnos", "vamos a estar el uno sobre el otro". Este juego, cuando ya estaba grande, fue con ropa, y recuerdo que en la habitación había otra persona que, según yo, estaba tan borracho, tan borracho, que no se daba cuenta de nada; luego supe que sí..., en fin. Te digo, ese juego entre mi hermano y yo lo tengo muy relacionado, en la mente, con el otro, en mi adolescencia. Siento como la misma situación: un juego que yo provoqué, donde yo soy la que entra en acción; de hecho, tengo esa frase grabada: "yo soy la que entra en acción", y entrar en acción significa quedarse en calzones, y esa frase viene del juego con mi hermano, te lo podría jurar. Él es un año mayor que yo.

De mi primera relación, te diré: hace como tres años fui con un psicólogo porque ya andaba así como un poco mal de la cabeza (risas), y cuando me preguntó cómo

recordaba mi primera relación, lo primero que se me vino a la cabeza fue "con amor", ni siquiera hubo mucho placer, pero sí amor. La recuerdo así como dos chavitos enamorados, que nos amamos, y *hacerlo* es la consecuencia natural de nuestro amor.

Recuerdo que yo sí traía una calentura super *heavy*, y de hecho hubo como una pre-penetración, según yo, porque fue la típica como de "ahorita que no hay nadie en la casa vamos a encuerarnos". Yo tenía 16, casi 17 años, lo sé porque fue cerca de mi cumpleaños. Fue en mi casa. Y sí recuerdo que fue así como de *juuuuu*, qué emoción!, y fue así como de típico sólo *la puntita*. (Mi mamá no estaba. Ella no era de estar mucho en casa.)

Tiempo después ya tuvimos la relación completa, ya desnudos y todo. Fue en la casa de él. Fue muy lindo, nos besamos mucho. Tampoco recuerdo un gran orgasmo ni nada, la verdad es que no recuerdo mucho; sólo que fue con mucho amor, hartos besitos, harto cariñito... Con él duré mucho tiempo y teníamos una actividad sexual regular; *lo hacíamos* como una cosa cotidiana, típico, en el auto, donde fuera. Él siempre estaba pendiente de que usáramos condón; yo no le daba mucha importancia a eso.

Mi siguiente relación fue a los veinte años. Ahí sí fue más importante lo sexual que el amor. Más el deseo que el amor. Esa fue la primera relación que tuve por puro deseo. Yo me decía: "voy a disfrutar de esto porque se me antoja, no por amor". Y esta diferencia es muy importante porque entonces ya estaba en la universidad y ya sabía como esas cosas de la *mujer independiente*: la mujer no tiene que tener relaciones sexuales sólo por amor, porque eso era como de una educación muy tradicional. En cambio, yo me decía: "a ver, ¿yo tengo ganas de tirarme a este tipo?, pues me lo voy a tirar, y ya". Creo que lo hicimos como un par de veces.

¿La virginidad? Mmm..., la cosa es muy curiosa porque si bien, por un lado, no me interesaba; por el otro, cuando tenía 15 años, había un tipo que me gustaba mucho y, bueno, por alguna razón me besó, nos besamos un buen rato y yo sentí rico y dije: "ya somos novios", pero al mismo tiempo estuve como una semana sintiéndome muy mal... Le dije a una amiga: "es que me siento como una *cualquiera* que me dejo besar, sin más." Sentía que era una cualquiera que se deja besar y ya; era extraño, porque podía tener relaciones sexuales y no sentirme mal, pero con aquellos besos sí. De modo que la virginidad no fue un problema para mí; pero sí, los besos con ese chavo... Y aún ahora: puedo acostarme con cualquiera que se me antoje, pero no me dejo besar. Puede hacerme lo que quiera pero no besarme. Los besos tienen más que ver con el amor; no, con *coger*. Incluso puedo estar con un tipo y dejar que *termine* y yo estar pensando en otra cosa; pero, cuando beso a alguien, sí estoy yo completa en la relación...

Nunca he hablado con mi mamá de mi vida sexual, pero ella sabe. Estoy segura. Y lo toma muy natural. Incluso, tenía yo como 24 años, y mi novio Joaquín, con el que vivo ahora, se quedaba a dormir en la casa, en mi recámara, casi todos los días y hacíamos el amor casi a diario —por cierto, cómo añoro esos días (risas)— y con la luz encendida. Y como mi recámara daba al patio, por ahí pasaba toda mi familia y podían escuchar claramente los ruidos... Te digo en mi familia son muy abiertos en eso de la sexualidad, aunque no se hable.

Me llevo bien con mi mamá... ahora. Porque hay una etapa como de la infancia, hasta los ocho años, que siento que no nos llevábamos bien, que no nos queríamos mucho; era muy tirante la relación. Después creo que nos quisimos mucho, hasta la

adolescencia, que fue otra vez una etapa difícil; quizá, un poco, porque mi hermano iba mal en la escuela y ella tenía que estar pendiente de él. Yo no sentía que ella me quisiera.

Mi mamá no era cariñosa. Ni cercana. Sólo tengo presente un momento en que me acarició. Me había regañado por algo que hice, no recuerdo qué, seguramente me había dado un golpe, y lo siguiente que recuerdo es que ya era de noche y yo me había quedado dormida; de pronto, sentí su mano acariciándome una pierna, seguramente donde me había pegado... Y esa fue la etapa de amor. Tenía como nueve años. Pero no tengo otros recuerdos de caricias suyas.

Mira, siento que conmigo se repite la historia que hubo entre mi mamá y mi abuela. Mi mamá es como la hija que siempre está ahí para ayudarla en lo que sea, si tiene que ir al hospital o cualquier cosa; pero, al mismo tiempo, es la hija menos querida. La jerarquía de amor de mi abuela está más o menos así: al que más quiere es a un hijo que ya murió; luego, a un hijo que aún vive pero que es medio *lucero*, a su hija, y al final a la otra hija, o sea, mi mamá. Ella es la menos querida de todos los hijos, aunque siempre esté ahí para cuidarla. Entonces, se repite la historia conmigo, yo siempre he sentido que mi mamá quiere más a mi hermano (aquí se le quiebra la voz y se le ponen los ojos rojos)... **Okey, voy a llorar, permíteme...**

Creo que mi mamá lo quiere más por ser el hombre. Por otro lado, sin embargo, yo soy idéntica a ella. Me veo como en un espejo. Un día estaba pensando en la nada y de pronto se me vino un pensamiento: "soy igual que mi mamá, en los gestos, las actitudes, las palabras; mi mamá es igual a mi abuelita; entonces las tres somos iguales... Soy exactamente lo que no quería ser."

Yo siento que debo cuidar a mi mamá, como lo hace ella con la suya. Debo darle dinero y ver por ella, es como si la historia se repitiera. "Mi misión en la vida es cuidarla."

Ahora, creo que soy idéntica a mi mamá, pero no físicamente. Es curioso, yo veo a mi mamá y me parece ¡uuuuu, guapísima!; yo me parezco más a mi papá. De hecho a veces digo: "por qué no me parecí a mi mamá, por qué tuve que salir como mi papá, por qué yo soy tan horrible y ella tan bonita...", pero no en mal plan, sino de admiración: "¡ay, me hubiera gustado ser como mi mamá! (lo dice con voz de lamento).

Mi mamá es de ojos grandes, un poco llenita, de pelo corto, rojizo... Mi mamá es bellísima; más que verla hoy, la veo en las fotos, siempre veo sus fotos y digo: "¡qué bárbara, que guapa es mi mamá!" Como de los treinta a los cuarenta me parece como de ¡uuuuu!, y ahorita lo que me parece como de ¡uuuuu! es que bien está mi mamá que tiene 53 años. Yo quisiera llegar a esa edad y verme como ella.

Yo tengo casi treinta años y me veo gorda y horrible (Andrea pesa 57 kilos)... Bueno, no tanto... Tengo como mis dos partes, ¿sabes?: una, de verme realmente horrible y otra como de "qué bien me veo", sobre todo si alguien me lo dice. Cuando alguien me dice "qué bien te ves", yo digo: "la verdad es que sí, ¿eh?, me veo bien", aunque quizá no me lo crea tanto. Cuando Joaquín me lo dice me siento bien, aunque no me lo dice mucho..., o quizá sí..., pero quisiera que me lo dijera mucho, mucho, como tres veces al día.

Mi mamá casi no me lo dice, ella no es muy expresiva, pero yo creo que sí le gusto, a veces comenta: "¡ay, hijita qué bien bailas, qué ritmazo tienes, qué bien te ves, te ves maravillosa!". Como que ha tenido sus etapas de compensarme el amor... Últimamente no mucho.

Pero en general yo **creo** que sí le gusto mucho, mucho. **Creo** que no lo manifiesta tanto, pero creo que sí le gusto (nótese el uso reiterativo de la palabra "creo", muy contraria a la palabra "saber" o "estar segura"). De hecho, me gusta mucho como la idea de aceptación que ella tiene de mí, como, no sé, de vestirme o peinarme de cualquier manera y que ella me diga que estoy bien. "Con lo que te pongas, te ves bien."

¿Cómo me veo yo? Podría decirte que bien, pero últimamente me han pasado cosas como que engordo diez kilos en una semana y me molesta bastante. ¡Me veo gordísima! Aunque también he tenido etapas en que he bajado diez kilos en una semana. Pero esos altibajos me molestan bastante. A veces, me subo a la báscula y peso los 57, a la semana siguiente me vuelvo a pesar y estoy en los 47; no sé cómo pasan esas cosas. Me desespera. Yo quisiera que mi peso fuera más estable, claro, a la baja: quedarme como en los 52, ¡me encantaría!

Creo que tengo una cosa muy grave como de pelearme con mi cuerpo, acerca del peso, y eso también es cultural. Veo revistas, veo a las modelos y quiero estar como ellas, aunque entiendo todas las artimañas y manejos de la publicidad, quiero estar como ellas. Así que una semana puedo comer sólo lechuga todos los días; y a la otra, puros sopes... Más bien como que en mi cabeza vive el conflicto del peso. No quiero ser gorda. Como que estoy **obsesionado** con el peso.

Gorda significa ser poco atractiva; poco atractiva es no gustarle a la gente; si no les gustas eres poco aceptada, y si no te aceptan, no tienes éxito. Tener éxito es ser muy popular, en el trabajo, en las fiestas, tener muchos amigos... Pero, ¿sabes? es extraño que te diga esto porque yo siempre he sido poco sociable. En el trabajo no le hablo a

nadie. En la escuela no tenía muchos amigos... Es como si trajera las dos cosas en mi cabeza: lo que me gustaría ser y lo que soy.

Hay partes de mi cuerpo que no me gustan, como la papada, aún no tengo pero creo que la voy a tener, y ésa sí me la operaría, sin duda. Tampoco me gusta mi cintura; no tengo. Me gustaría tener un poco más de *pompa*... Podría decirte que me llevo bien con mi cuerpo, pero cuando me pongo un pantalón y no me queda; una blusa y se me sale la llanta, entonces podría decirte que no me llevo nada bien con él.

Ahora bien, en cuanto a las emociones, te podría decir que tengo distintos momentos: a veces soy una persona depresiva; y, a veces, una persona extremadamente feliz... *Okey*, te puedo decir, que soy una persona extrema: entre la depresión y la felicidad... Mi mamá es una mujer fuerte, más que cualquiera a veces; alguien se puede estar desmoronando y ella resiste. Pero al mismo tiempo, yo creo que ya está cansada de ser la fuerte.

Yo soy una mujer fuerte también... y fría. Eso de los cariños no me va. Por ejemplo, yo no puedo dormir abrazada a Joaquín...

Mira, yo soy una mujer con muchos miedos. Por ejemplo, a veces, tengo algunas fantasías... con mujeres. Tengo ganas de acostarme con una mujer, siento que es algo que debo probar. Pero me da temor... No tengo mucho estigma hacia las lesbianas o lo *gay*, ¿sabes?, pero al mismo tiempo no quisiera que mis amigos me dijeran que soy una lesbiana.

También le tengo miedo a la edad; me impacta mucho eso de tener treinta años, siento que es como tiempo de tomar decisiones, de plantearme la vida, de saber que voy a hacer de aquí en adelante. Siento horrible. Siento que se me acaba la juventud.

¿sabes?, ¡ya con treinta años!, ¡horrible, horrible!. Y créeme: sé que es un fenómeno cultural también, como lo del peso; pero ser joven es una virtud y siento que se me acaba la virtud. Como si se me acabara el mundo. Yo sé que no es real, pero la sensación es muy fuerte.

Yo me siento como de veintiséis años. Pero es una sensación que siempre he tenido. Cuando tenía veintidós, veía a las mujeres de veinticuatro o veintiséis, y me parecían realmente señoras. Yo prefería tener amigas de dieciocho años; con ellas estaba muy a gusto, y no siento que fuera una regresión o algo así; más bien es que con las mujeres más grandes me aburro, así es: hacia arriba me aburro, hacia abajo me divierto, y yo sólo quiero divertirme. Pero te digo, es una cuestión generacional, porque también he oído decir a mis amigos "yo no quiero crecer; quiero estar más en la diversión que en la seriedad"; es como *forever young*.

Por lo mismo, tener hijos me aterra, la maternidad me aterra en muchos sentidos, y a veces me pregunto si la deseo tanto como pienso que la deseo, o más bien me siento presionada..., por la familia de él y la mía. Ya van tres Navidades, que el deseo de Nochebuena es "que ya pronto tengan un hijo". Entonces no estoy muy segura si me siento presionada por ellos, o me siento presionada por mí: "es que ya voy a llegar a los treinta y el cuerpo..., después no es lo mismo". Pero por otro lado me aterra que me voy a poner gorda, me voy a poner horrible. He oído que hay mujeres que se la pasan en cama desde el primer día; no voy a poder hacer nada... También me aterra el *pos*, o sea "el que voy a hacer después con un bebé". No voy a querer trabajar, voy a querer estar con él..., o sí, sí voy a querer trabajar, se lo llevaré a no sé quien para que me lo cuide..., o no, no,

porque qué tal si le pasa algo. Estoy muy confundida. Y, bueno, también está el hecho de si quiero tener un hijo con Joaquín; creo que no, no estoy muy segura...

No hablo con mi mamá de mis temores. Ella se muere de ganas por tener un nieto... Con ella hablo puras tonterías, te lo juro, como de que quiero bajar diez kilos para que cuando me embarace los suba y entonces quede como estoy ahorita. Y ella me dice: "sí, sí, está muy bien, entonces ya has la dieta y apúrate." Como que ella entiende esto que siento del cuerpo, ¿sabes?, de que no me quiero poner gorda. Ella está super bien para su edad. La ves y parece más joven.

Con Joaquín estoy bien, pero últimamente como que tenemos algunos problemas sexuales: él no *quiere*; incluso, hace poco me dijo: "tú lo único que quieres es *hacerlo*, y yo estoy cansado". Ha cambiado mucho en eso, antes —que no vivíamos juntos— lo hacíamos a diario, ahora ya no. Por eso, no sé si quiero seguir con él, luego hay otros hombres que me gustan, y está eso con las mujeres que quiero experimentar, aunque yo nunca voy a tomar la iniciativa, a menos que estuviera bien tomada. Porque me aterra...

¿Podemos dejarlo aquí? Estoy cansada.

3.5 Elena (34 años)

Mi familia inmediata es mi compañero y mi hija. Él tiene veintiocho años, y ella casi tres. Luego están mis familiares: mi mamá, que tiene sesenta y cinco años; mi papá, setenta, y cinco hermanos. Somos seis hijos en total: tres hombres y tres mujeres. Ellos son los mayores, luego seguimos nosotras.

De mi infancia, recuerdo que tenía una vecinita, dos o tres años mayor que yo, yo tenía cuatro años... Con esa niña me metía abajo de la cama de mi mamá y nos **tocábamos**, me ponía su mano **aquí** (se señala la entrepierna), me decía: "pónme tu mano aquí", pero yo no quería y entonces ella me agarraba la mano y se la ponía. Me preguntaba "¿qué sientes?", "está caliente", le respondía yo y así nos quedábamos. Luego, escuchábamos los pasos de mi mamá que entraba a la recámara y nos quedábamos muy quietecitas para que no se fuera a dar cuenta que estábamos ahí escondidas.

Eso de tocarse tenía una connotación negativa, me acuerdo, por eso nos escondíamos. Mi mamá nunca nos cachó: no jugábamos tan seguido; de hecho, no nos dejaba juntar con ellos porque decía que eran niños groseros. Teníamos prohibido ir a su casa.

Bueno, ése es el único contacto con mi cuerpo que yo recuerde. Ella me tocaba a mí y yo a ella, sólo eso. Era muy raro para mí, no lo entendía, no sabía a qué estábamos jugando... Un día me quiso llevar a su casa, y eso me dio mucho miedo, pero igual fui, y un hermano suyo —que ya era adolescente— se bajó los pantalones y me dijo: "¡mira!", así riéndose, y se acercó a nosotras. Yo me aterré y me fui corriendo. Ya no volví a jugar

con ella... No le conté nada a mi mamá porque nos tenía prohibido ir a su casa, porque era otro tipo de niños, groseros; me habría regañado mucho.

Aquel juego lo recuerdo como un encuentro con mi cuerpo porque fue la primera vez que me vi, que vi mi cuerpo. "Estamos iguales", dijo ella, y sí. Fue compararnos. En ese tiempo yo sólo tenía hermanos hombres..., a ellos nunca los vi, pero igual sabía que eran diferentes. Lo sabía porque los hombres son distintos, juegan diferente; no era lo mismo jugar con un niño que con una niña. Incluso mi mamá no me dejaba jugar con mis hermanos; o sea, yo jugaba con Fabián —el que me sigue hacia arriba— pero, cuando él se juntaba con mis otros hermanos, yo ya no entraba en esos juegos, porque eran juegos de machorras, decía mi mamá.

Yo jugué con Fabián parte de mi infancia, pero nunca tuvimos de esos juegos .. eróticos; éramos muy tiernos. Él me procuraba mucho, me cuidaba. Yo era muy miedosa. hasta de subirme al triciclo. Luego él mismo jugaba a asustarme. A mi hermano le gustaban mucho los sapos, las ranas, las víboras que encontrábamos por ahí; se ponía a verlas y yo atrás de él, aterrada pero viéndolas, me quedaba ahí. Luego las destripaba, y yo las veía.

Mi mamá empezó a quitarme de los juegos con Fabián como a los seis años. Comenzó a decir: "**las niñas no juegan eso**", "**las niñas no juegan con los niños; son machorras**". Sus palabras favoritas eran: "**una niña bonita se está aquí sentadita; las niñas feas** (Elena remarca la palabra imitando los gestos de su madre; con tono de desprecio y gesto de asco) **andan allá brincando como cabras**". Entonces, obviamente (risas) , como yo era **una niña bonita**, me quedaba ahí sentada.

Pero tenía muchas ganas de salir a jugar, recuerdo la sensación, ¡las ganas de salir a jugar! Me acuerdo que yo veía a las otras niñas por la ventana y decía: "esas niñas se están divirtiendo"... Eso ocurrió buena parte de mi niñez. Todos los niños salían a jugar y hacían una rueda enorme, todos de la mano, niñas y niños, y mi mamá no me dejaba salir a jugar. Yo los veía por la ventana.

Mi mamá no me dejaba andar de machorra. Y "machorra" significaba ser como un niño, comportarte como un niño: brincar, saltar..., enseñar los calzones. Eso era lo peor: enseñar los calzones, y era desde cómo te sentabas. **Mi mamá, con una mirada, controlaba todo.** O sea, te sentabas y se te subía el vestidito, ¡hijole!, entonces ella volteaba y me miraba las piernas con una mirada de "¡ciérralas!", la boca medio torcida y *los ojotes pelados*; con pelar los ojos y voltearte a ver las piernas, tú automáticamente las cerrabas. Yo sabía que significaba eso.

O una mirada..., señalarte con una mirada la mesa, era levantarte a recoger la mesa. Y entonces, has de cuenta, estás sentada y no la estás viendo, pero ella espera a que le caches la mirada y, cuando volteas, ya tienes ahí los ojotes, ya te está mirando; porque, además, mi mamá no tiene *unos ojitos muy dulces* que digamos, en la primaria le decían *la ojos*, o sea, ella se ha caracterizado por mirar feo, se ha especializado en mirar feo, esa es su manera de mostrar su enojo. Como tiene los ojos grandes y son un poco claros, pues entonces los pela y los pone furiosos —como el señor Cara de Papa, que tiene sus ojos furiosos (risas)— y ya con eso. O sea, ella dice mucho a través de la mirada, y desde chica... Entonces usó esa técnica con sus hijos, también con los varones.

Y así eran las miradas, con una te decía: **cierra las piernas; con otra: levanta la mesa...** Tú estabas atenta, ¿no?, a ver qué te decía, entonces miraba a la mesa y tú ya

sabías que “una niña bonita y atenta se acomide a levantar la mesa”, y si es posible lavas los trastes. Entonces, al principio era nada más el control, ¿no?, o sea, te ve, te señala la mesa y es levantarte como resortito y empezar... Incluso era en tu propia casa, pero a veces donde más se *lucía* era cuando íbamos de visita a otra casa. Tenía que *lucir a su niña bonita*, una niña bonita está ahí sentadita, no toca nada, no sale a jugar, no grita, no agarra las cosas; no enseña los calzones. Son acomedidas, lavan los platos. Entonces todos exclamaban: “¡ay, mira que niña más acomedida; te ha de ayudar mucho en la casa, ¿verdad?!”, y mi mamá, como pavorreal.

Era la obediencia, el control. Por ejemplo, las niñas bonitas —si alguien les ofrece algo— primero tienen que voltear a ver a su mamá, la aprobación, para ver si aceptas o no lo que te están dando, si te dan una galleta o un chocolate. Con la mirada te dice “sí” o “ya agarraste una” o “ya comiste muchas” o “no seas *pedinche*”. Yo lo sabía, sabía cuando era una mirada de enojo o de aprobación.

¿Cómo era la mirada de aprobación? No te pelaba. Por ejemplo, tu ibas a agrarrar otra galleta y la volteabas a ver, si te veía como diciendo “nada, no estoy diciendo nada”, sabías que no había problema; cuando es “sí” no te dice nada, cuando es “no”, te dice con los ojos que no, con los ojos feos.

Con la mirada, impedía también que me acercara a mi papá. No me dejaba acercar a él. Sólo con la mirada. Yo ya tenía siete u ocho años y no me dejaba que me sentara en sus piernas, y sólo a mí en especial, porque a mis hermanas no las veía feo ni nada. Incluso llegó a decirme “*no seas loca*” o “¡escuincla, no quiero verte en las piernas de tu papá!”, y no sabes por qué; si estás haciendo algo malo o es él, claro, acabas por pensar que tú eres la que está mal.

Ahí empecé a sentir la competencia entre mi mamá y yo, por mi papá. Porque luego de mirarme feo, acto seguido, mi mamá lo abrazaba, y ella no es muy cariñosa que digamos; con mi papá menos. Lo abrazaba y me veía, riéndose. Entonces yo si sentía la competencia, quizá no lo definía en ese tiempo como una rivalidad: no tenía los elementos para definirlo así, pero ahora puedo saber que era eso. ¡Obviamente era eso! Y no sé cómo lo interpretaba yo, pero me daba coraje no poder acercarme a mi papá; yo también sentía esa competencia con ella, y me sentía en desventaja: estaba chica. Pero, además, era mi mamá y no podía *ponerme al brinco*... Aunque recuerdo que a veces sí le contestaba feo. Por ejemplo, cuando mi mamá estaba embarazada de mi hermana (la que sigue de mí hacia abajo), nos peleábamos a cada rato: ella me decía cosas y yo le respondía —como si las dos fuéramos adultas—, en una de esas me dijo: “al fin ya voy a tener una nena, otra nena, y la voy a querer mucho y a ti ya no te voy a querer” y yo le contesté: “y qué, al fin estás muy gorda”... Imagínate, ponerse con una niña a pelear. “Estás bien gorda que pareces una bomba”, fue mi peor insulto. Entonces, a mi mamá le sacó mucho de onda que yo le contestara así, y empezó a reprenderme, no me pegó, pero sí me regañó, ya como mamá a hija; o sea, yo sentí el cambio: “no seas grosera, hija de tú..., te voy a dar”, reconocí el cambio; de pronto, era mi mamá otra vez (lo dice con cierto tono de alivio en la voz. Suspira. Recordemos que los suspiros son mensajes no verbales paralingüísticos.)

Con relación al cuerpo, ¿qué me decía mi mamá? Verás, ella siempre me bañó; nunca dejó que mi papá bañara o cambiara de pañal a las niñas. Nos bañábamos con calzones, siempre con calzones. Nunca estábamos totalmente desnudas, y eso fue hasta

la adolescencia. Te bañarás con ella o no, tenías que hacerlo con el calzón puesto, y, claro, jamás te lavabas *el julián* ni *aquelito* (risas). Y no sé por qué. Pero fue así hasta la secundaria, aunque ya no me viera mi mamá, yo seguía bañándome con el *chon* puesto: tenía la sensación de que en cualquier momento podría entrar y verme.

No se qué habría pasado si alguna vez me los hubiera quitado y ella me hubiera cachado, pero igual siempre nos daba una referencia de otra persona que lo hacía, por ejemplo, de las que se bañaban sin calzones, decía: “¡ay ésas que se bañan así con toda la colota de fuera!”; ahí el mensaje implícito era: “te digo esto para que tú no lo hagas”.

Entonces, cuando me quité el calzón, me sentí realmente desnuda. No recuerdo la primera vez que me lo quité (ya grande, creo), pero sí recuerdo la sensación de desnudez, fue tremenda; y la angustia de que alguien fuera a entrar duró mucho tiempo. No sé por qué me los quité, pero supongo que lo hice por probar, por un acto de rebeldía.

Mi primera menstruación fue a los doce años. Acababa de entrar a la secundaria. Fue un 12 de septiembre. Recuerdo bien la fecha porque fui a ver el calendario. Yo ya tenía conocimiento de eso porque algunas compañeritas ya andaban menstruando... Sentía cierto cólico...

En ese tiempo estaba excesivamente flaca. Para mí era incómodo porque mi prima Lupe, que era de mi edad, estaba llenita; más bien ya estaba más desarrollada. No era gorda, panzona, así desparramada, sino que tenía nalgas, pierna, brazos llenitos, que yo no tenía..., yo estaba *descaderada*, *destetada* y *desnalgada* (yo me inventé esos términos), estaba yo plana por todos lados.

Me acuerdo que un día fuimos a una fiesta, a su casa, y había tamales, ¿no?, entonces yo me comí uno y con ése quedé satisfecha; en cambio, ella se comió cinco, y se acercó y me dijo: "ya me comí cinco tamales y, ahorita, me voy a comer otros dos, y al rato me como otros más...", y yo así pasmada. Para mí, ella era atractiva, ya como mujer, o sea yo tenía doce años, ya empezabas a querer gustar. Yo pensaba que ella era atractiva porque, a sus doce años, ya tenía cuerpo de mujer grande...

A mi mamá le gusta que las mujeres estén bien formadas, mucho busto... Por ejemplo, mi mamá se jacta de tener muy buena *pechonalidad* y dice: "lástima que mis hijas no heredaron..." Según ella, una *mujer* debe estar bien de todos lados, y una cinturita... A mí no me decía nada, bueno, me decía flaca. En mi casa me fregaban mucho con eso, mis hermanos me decían *tripa lavada* o flaca...

Pero yo pienso que si hubiera tenido un cuerpo desarrollado, mi mamá me hubiera jodido más, por eso de la competencia que te digo. Creo que fue mejor que yo haya sido así: descaderada, desnalgada y destetada... (Elena cambia el tema.)

Ah, te digo, y de la menstruación, me sentía mal ese día. Recuerdo que mi hermano el mayor me preguntó que qué me pasaba porque estaba muy pálida; yo le dije "nada", y entonces él me miró con una mirada como de sospecha, que fue incómoda para mí; creo que él ya se sospechaba que yo había empezado a menstruar. Yo no quería que nadie lo supiera, tampoco mi mamá, porque con ella nunca hablaba de **esas cosas**, nunca hubo la confianza para hablar de cosas de sexo con ella. Total, que la esposa de mi hermano me preguntó si ya me *había bajado*, y yo tuve que responderle que sí, entonces ella dijo: "¡ah!, pues ahora ya eres una *señorita*". Yo sentí horrible, *me mató* que hubiera dicho esa palabra: "señorita", lo odiaba; mi mamá también me lo había dicho: "ya pronto te vas

a volver una señorita; ya vas a tener que cuidarte y no andar de loca por ahí". Me chocaba. Yo no entendía por qué tenía que cuidarme ni nada. Y eso de *señorita*, *jhuácalal*, me caía fatal... Ser señorita significaba no jugar con los niños, ni andar por ahí corriendo; no podías ni pensar en tener novio, ¡eso era ser una loca! Teníamos prohibidísimo andar con chamacos. Ni pensarlo.

En fin, mi mamá se enteró por mi cuñada que yo ya había empezado a menstruar y *se armó la grande*: se indignó, me regañó y me reclamó que yo hubiera tenido más confianza con otra gente que con *mi propia madre*. "Nadie puede aconsejarte ni cuidarte como tu madre", me dijo, casi en el llanto. Fue un chantaje, y me dio mucho coraje porque, de cuándo a acá, se preocupaba por hablar conmigo de *esas cosas*; pero igual no le dije nada, sólo me quedé callada. Tuve que aguantar que me echara, otra vez, el *choro* de "ahora ya tienes que *cuidarte*, ya eres una señorita, ya no puedes andar de loca"; tenía que ver también con la posibilidad de salir embarazada. Y *cuidarte* era también por las sábanas: tenías que estar pendiente, durante la noche, de no manchar las sábanas... Y nada de toallas sanitarias, usaba puros trapitos: pedazos de toalla, de trapo viejo o pañal. Mi mamá me explicó cómo ponérmelos, cómo cuidarme para no manchar la ropa: "mira, acomodas así el trapito; en cuanto sientas que se moja, te pones otro y ése lo lavas luego luego; si lo lavas inmediatamente no se percude, queda igual, y lo tiendes. No vayas a ser de esas viejas cochinas que se lo dejan todo el día, o que *andan oliendo...*" Y todo eso que ella me estuvo explicando, con una confianza surgida de la noche a la mañana, para mí era repulsivo. Yo pensaba: "no me hables de esas cosas, pues si nunca me has hablado, no lo hagas ahora...", pero, bueno, me explicó a su

manera. Y la cosa es que, cuando te ponías pantalón, el méndigo trapo se te veía. Y en la secundaria...

Un día me manché. Estaba en la clase de Español y me levanté a darle algo a la maestra; entonces, una compañera me alcanzó, se me acercó y, muy quedito, me dijo: **"ya te manchaste"** y me puso un suéter en la cintura. **La maestra, sin escuchar, entendió luego luego y sacó de su bolsa papel higiénico...** Toda esa situación fue muy bochornosa, todo el grupo notó que pasaba algo... Ahí odié a la maestra por ponerme en evidencia, odié que me diera ese papel; sentí que era una invasión a mi intimidad. Los tres años de la secundaria, odié a la maestra. Recuerdo que en esos momentos sólo recordaba la voz de mi mamá diciendo: **"no vayas a ser de esas viejas cochinas, descuidadas que se manchan"**, quizá por eso odié a la maestra, porque ella puso en evidencia mi descuido. Y es que los trapos no eran nada seguros, eran una lata: tenías que ir al baño a cada rato; cada vez que sentías que **te bajara**. Pero era un lío, si estabas en clase no podías estar yendo a cada ratito al baño. Pero mi mamá no entendía eso, para ella eran viejas cochinas y descuidadas.

Creo que llegué al momento en que le dije que esos trapos no servían para nada; siempre me ensuciaba los calzones, los pantalones y, a veces, hasta se me pasaba al suéter. Era muy angustiante. Todas mis amigas de la secundaria siempre andaban con esa preocupación; unas a otras nos cuidábamos: si una se paraba, las otras le avisaban si se había manchado o no. Y en deportes era tremendo: como andábamos de blanco, teníamos que redoblar el cuidado.

Ah, fijate, ahorita me acordé, un día nos sacaron a deportes... En mi grupo había una chava que era muy llevada con los hombres; de hecho, sólo jugaba con hombres —a

las mujeres, ni nos pelaba— y la tiraban y la cargaban, se le montaban... Y ese día ella andaba menstruando, traía su pantalón blanco, y ya tenía todo manchado de sangre, aquí entre las piernas, y subía y bajaba y se tiraba, *valiéndole madres* que la estuvieran viendo. Y nosotras, acá, retorciéndonos de vergüenza: "¡mira a Canela!", se apellidaba Canela, "¡ya la viste, manita, anda ahí y no le importa que los niños la vean!" Mis amigas se cuchicheaban; pero yo me quedé patidifusa, con la boca abierta, pensé: "¿Qué?, ¿anda así manchada y le vale madres que los niños la vean?!, ¿no le importa?!" Para mí fue muy impresionante, mucho. Me cambió... Mira, aunque estaba muy condicionada por mi madre, tenía cierto espíritu rebeldón, por ejemplo, el día que me quité el calzón, ¡júralo!, que fue por un acto de rebeldía; igual esto, después de ver a Canela, yo dije: "¡qué importa!, si todas menstruamos: la directora, la maestra, mis compañeras, porque me tengo que estar cuidando, como si yo tuviera una enfermedad horrible".

Entonces, sí fue escandaloso lo de Canela, pero para mí fue liberador, dije: "ah, entonces no debe ser tan grave..." Y un día de pura rebeldía dejé que me bajara sin ponerme el trapo. Quería ver qué tanto podía mancharme, qué tanto podía escurrir, "¿me bajará hasta los pies?" Y dejé que me bajara libremente, a sus anchas; estaba en la secundaria me acuerdo. Y lo más que se manchó fue este perímetro de la entropierna, pero no escurrió más. "¿Esto es todo?", me pregunté con asombro, luego, me puse el suéter y me fui a mi casa. Me sentía liberada... Y hasta la fecha, ¿eh?, siempre me agarra desprevenida, nunca sé cuando voy a menstruar, y casi siempre me mancho, pero la verdad, es que no me importa tanto, aunque esté en el trabajo. No soy aprensiva. No mucho.

El CCH fue otra de las cosas que me cambió la vida. Me volví otra..., bueno, en mi casa, con mi familia, seguía siendo la misma, pero afuera hacía lo que quería, claro, sin descuidar la escuela. Me destrampé. Y mi mamá no se daba cuenta. Yo regresaba a la hora marcada por ella, y mis calificaciones iban bien.

En el CCH, empecé a juntarme con dos chavas mayores que yo: una tenía diecisiete años, y la otra dieciocho. Yo tenía dieciséis. Las dos tenían novios, con relaciones sexuales. Yo no había tenido ni relaciones ni novios. Una de ellas era muy cachonda, como muy sexual, además tenía unos pechos enormes y los lucía; todos le decían que era muy guapa, y se le quedaban viendo a los pechos, ella decía: "sí, ya lo sé". Entonces yo admiraba esa parte de ella, tan sexy, tan despreocupada.

Con ellas dos, abrí los ojos a otro mundo. Hablaban de cosas que yo no entendía; pero hacía como que sí. Por ejemplo, una de ellas decía que había hecho el amor, en la alfombra, con su chavo, y que se había quedado la mancha ahí, que habían tenido que tallarla; y yo me preguntaba: "¡a chis!, ¿de qué se habrá manchado la alfombra?" En general, hablaban de cosas y con palabras desconocidas para mí, como *coger*, *venirse*, *salirse*, o cosas así, y yo me quedaba pasmada; a veces, ellas se daban cuenta, y la mayor, Carmen, me decía: "tú no entiendes nada, ¿verdad?, eres bien pendeja". Ella era de Veracruz y tenía ese lenguaje *florido*, de la costa. María me defendía y luego se peleaban entre las dos, pero de cotorreo.

Un día, María me dijo que la acompañara a su casa; que tenía que cambiarse porque en la tarde iba a ver a su novio. Entonces la acompañé, ella vivía cerca del CCH y le dije que sí. Ya en la casa me dijo: "me voy a dar un baño, ¿no te quieres bañar? Ven métete". Yo ahí sentí cierta vibra de ella hacia a mí que me dio miedo; pero, además,

cómo me iba a bañar si los calzones que yo usaba estaban viejos, y los de ella eran de *lencería*. Total que le dije que no, y ella se desnudó enfrente de mí, se metió a la regadera y desde ahí me llamó: "ven, pásame el jabón". Yo noté una voz, un tono, cierta intensión en sus palabras, que me pareció diferente; o sea, yo creo que si yo hubiera accedido, o ella hubiera sido más lanzada, sí habría sucedido algo entre las dos. Igual, nunca le dije nada porque todo había sido a nivel percepción, quizá sólo había sido un rollo mío; qué tal si le decía y ella lo negaba. O tal vez para ella era algo normal y yo me estaba alucinando. Te digo, todo fue a nivel percepción: yo sentí algo raro, me sentí rara; pero, además, María era una chava que no me desagradaba físicamente...

Y es que esas dos chavas eran terribles; de conocer a los chavos e irse a la cama luego luego. Yo ahí me cortaba. A mí me daban miedo esas cosas. Que nos pudiera pasar algo... Un día las tres pedimos *aventón* —porque ellas eran muy dadas a eso—, ellas se bajaron en San Ángel y a mí se me hizo fácil seguirme hasta Revolución, el chavo dijo que sí y me pasé al asiento de adelante. Ya solos, el chavo le puso el seguro a la puerta, me pasó la mano por un muslo y me dijo: "entonces qué, ¿nos vamos a un hotel?, porque eres una puta, ¿no?...?" (al contar este hecho, Elena imita la entonación de su madre: cuenta todo como si fuera ella quien le estuviera diciendo "... porque eres una puta ¿no?"; lo cual resulta muy interesante dado que, en lugar de imitar al muchacho, imita a su madre. Esto es una muestra de paralingüaje en la enseñanza madre-hija; una muestra de la conciencia materna introyectada). Y entonces yo me aterrqué, subí el seguro y le dije "¡párate!" El chavo seguía diciéndome un montón de cosas. Abrí la puerta: "¡párate o me bajo!", le dije, porque yo estaba dispuesta a aventarme; entonces, ya se orilló y, cuando me bajé, alcanzó a pasarme la mano por en medio de las nalgas. Para mí fue traumante. Me

acuerdo que me puse a llorar en la calle, sola, mientras me pasaban por la cabeza un montón de cosas. Nunca se lo conté a mi mamá.

Después de eso, ya siempre *andaba a las vivas*... Pero aún así no me salvaba, ¿eh? Me acuerdo que en el camión, de regreso del CCH, tiro por viaje, me *tortean*. El camión casi siempre iba repleto de albañiles. Los *tipos* se amontonaban en la puerta y, a la hora de bajar, no te salvabas de que te tortearan, ¡cabrón!, por todas partes, sentías las manos por todas partes. Recuerdo que me daba un miedo bajar; miedo y coraje... Fíjate, ese miedo y coraje se me quitó hasta hace poco, bueno, relativamente poco, siete u ocho años, porque ahora los enfrento; apenas siento que se me acerca alguien de más y le digo: "¿qué te pasa?, ¿bajas o te haces a un lado?" Hace poco, en el metro, me agarré a un tipo a patadas. Se me iba restregando y restregando; en una de esas, me volteé y le dije: "¿qué te pasa cabrón?", y mientras le decía eso, me le fui a patadas, trancazos, con todo; yo creo que con el descargué la rabia de todos esos años. El vagón iba lleno y, en un momento, se hizo vacío. El tipo se calló y me lo agarré a patadas, hasta tuvieron que detenerme, me puse echa una fiera y el tipo se bajó...

Mi mamá también es de la idea de defenderse, un día se cacheteó a un tipo. Ella me dice que no hay que dejarse de los cabrones hombres.

En fin, para mí el CCH fue como dar una vuelta de 360°, claro, sin que mi mamá se enterara. A veces bebíamos, o salíamos con chavos; íbamos a cotorrear con ellos y, luego, a la hora de la *repartición*, yo me *cortaba*... Fue el tiempo de la Trova Cubana, de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés; de las ideologías: éramos marxistas leninistas y nos sentíamos parte de la clase explotada. Nos divertíamos, la pasábamos bien y, claro, todo a espaldas de mi mamá... Ella, ya en ese tiempo, comenzó darme más chance, me decía:

"ya estás grande, ya sabes lo que haces. Si haces una pendejada allá tú". Y yo sé que se refería, sobre todo, a salir embarazada.

En ese tiempo, tuve mi primera relación sexual. Empecé a trabajar para costearme mis estudios. Trabajé en un grupo que se dedicaba a hacer labor social. Era un grupo integrado por señoras con mucha *lana*. Yo era su ayudante. Una de ellas tenía un hijo, Edgardo, que me caí muy bien y me gustaba. Yo también a él. Comenzamos a salir. Él ya estaba en la universidad y me ayuda con mis tareas de marxismo... Total, para no hacerte el cuento largo, un día me invitó a su departamento y yo acepté. Comenzamos a *fajar*: besitos, caricias, pero sin quitarnos la ropa... No sé si me penetró, no estoy muy segura: la verdad, es que yo estaba muy nerviosa porque, mientras *estábamos ahí*, no hacía más que pensar que yo no debía estar haciendo *esas cosas*, que está mal si no te casas. Tenía mucho miedo, pensaba en mi mamá, en que ella sabía que yo estaba en la escuela y no ahí. Así que no lo disfruté, no fue placentero, más bien tenía miedo; no sé si me penetró, sólo sentí algo duro y luego mojado, nada más. Mis recuerdos sobre ese momento son muy confusos. No sé qué más decirte.

Luego entré a la universidad. A la Facultad de Ciencias Políticas. Estudié comunicación. Ahí tuve otros *fajes*, nada serio. No tuve ningún novio. Estaba como más dedicada a estudiar. Además trabajaba. De la escuela al trabajo; también los fines de semana. Necesitaba pagarme mis estudios. Mi papá a veces tenía trabajo y a veces no. Apenas podía pagarme los libros, así que yo debía costearme los gastos... Fíjate, como que el *destrampe* fue en el CCH, luego me asenté; además, ya estaba en esta onda

marxista, que era como una filosofía de vida, donde no te ibas por las cosas superficiales. *Estabas en la lucha combatiente.*

Con relación al cuerpo, a mí lo que me interesaba era estar delgada, ya no me importaba tener pecho o nalga, de por sí nunca he tenido; pero, como ya era marxista-leninista, esas trivialidades no importaban...

Nunca me he masturbado, así que me toque y diga "¡qué buena estoy!", no, además para eso tengo pareja, ¿no? No, eso de tocarme, no me va. Lo que más hago ahora, con mi compañero, es andar desnuda. Los dos andamos desnudos, y también mi hija, le encanta estar desnudita. Luego le dice a su papá: "a ver, papá, tu pene", porque ahora anda con eso de que los niños tienen pene y las niñas vagina. Luego a mí me dice: "a ver mamá, tu vagina". Entonces, ahora no sabemos cómo manejarlo. Ahora ya no andamos desnudos, porque mi hija ya creció... Pero ya me estoy adelantando, vamos por partes.

En la universidad, ya en los últimos semestres de la carrera, tuve una relación...

Mira, al final de la carrera, cuando ya has aprendido tantas cosas, que ya has sido marxista-leninista, que ya has tenido contacto con Freud y todas esas cosas del inconsciente; que ya no tienes prejuicios ni tabúes, *aparentemente*, entonces te das chance de probar, de indagar otras posibilidades... Como la de andar con otra mujer, por ejemplo... Yo empecé a incursionar en ese *mundo*, lésbico, de las mujeres, de la posibilidad de andar con una mujer, desde María y Carmen. Ya te conté lo que sentí con María, aquel día, en el baño... Pero, además, estas chavas eran muy dadas a tocar el tema; a veces, en el CCH, se le quedaban viendo a una chava, tratando de adivinar si era lesbiana o no. Un día, para quitarse a unos tipos de encima, que querían tener relaciones con ellas, María y Carmen les dijeron "no, ¿saben qué?, no podemos andar con ustedes

porque somos lesbianas", los tipos no les creyeron y, entonces, ellas se dieron un beso en la boca, enfrente de ellos. Los tipos salieron huyendo. Ellas me lo contaron riéndose, pero entonces yo me acordé de lo del baño con María y me quedé pensando si serían o no. Ser lesbiana significaba una mujer que le gustan las mujeres, que no le gustan los hombres.

Después, ya en la universidad, desde los primeros semestres de la carrera tuve una amiga con la que andaba para arriba y para abajo. Ninguna de las dos tenía novio, pero entre nosotras teníamos unas listas con los nombres de los chavos que nos gustaban; sin embargo, como siempre andábamos juntas, un día, un chavo que era homosexual se nos acercó y nos preguntó: "¿ustedes son pareja?", "¿cómo 'pareja'?", ni ella ni yo entendimos el término, "sí, que si *andan*..." "¿cómo que si *andamos*?", y cuando ya agarramos la onda, las dos nos vimos así como *¡qué onda, hazte pa'llá, que nos confunden!*, y Blanca, mi amiga, le dijo: "no, cómo crees, a mi me gustan mucho los hombres, y a ella también..." Ya luego lo agarramos de cotorreo entre nosotras: "ay, mana, ya ves que dicen que somos novias". Jugábamos con eso.

Después, en los últimos semestres —creo que estaba en séptimo semestre— me relacioné con una chava... Fue una experiencia arrebatadora, nunca antes vivida, muy intensa..., y muy angustiante; o sea, tal vez, la quieres vivir, pero en la clandestinidad. para nada quieres que salga, que nadie se entere, ni la familia ni las amigas... Pero no la quieres dejar de vivir. O sea, era una sensación muy fuerte, muy atractiva, que no quieres perder, pero al mismo tiempo está la angustia, siempre la angustia de que alguien se entere...

Por otro lado, el que mi mamá supiera que yo andaba con una mujer, en el cine, en la biblioteca, en todos lados, era tranquilizador para ella; o sea, yo andaba con una mujer, ¿qué podía pasar?..., si hubiera sido un hombre, entonces sí habría empezado a sospechar, o sea, no puedes tener amigos, pero sí amigas. Yo la presentaba en la casa como mi amiga, ¿y quién se atrevía a dudarlo?, aunque muchas cosas pudieran parecer extrañas... Entonces fue una experiencia, para mí, de mucho desequilibrio. Pero muy amorosa. Yo llegué a sentir mucho amor por esa mujer, o tal vez no, ¿cómo lo puedes saber?, ¿cómo puedes saber si lo que sientes por una mujer es amor o mucho cariño?. Era desconcertante sentir tanto amor por una persona, por una mujer... Era siempre estar peleando con esa idea: ¿cómo puedes amar tanto a una mujer? o ¿qué sientes realmente por una mujer?

Ella es la única relación que he tenido, luego hubo una especie de faje con otra, pero no, nada que ver... No podía con la angustia. No podía. No volvería a tener una relación con otra mujer porque no puedo con la angustia. Porque además veo a otras mujeres y no las erotizo, o sea, no me gustan... Con ella fue tremendo, hubo de todo: ternura excesiva, amor excesivo, celos excesivos. Creo que todo se dio en exceso. Era demasiado. Yo tenía veintiún años, y ella también. Creo que llegó el momento en que no pude cargar con tanto. No pude...

Entonces vino la separación, pero no una separación que yo haya querido... Suena contradictorio, ¿verdad?, pero es así, yo no quería separarme de ella, a pesar de la angustia... Quizá yo habría llevado la angustia hasta sus últimas consecuencias, y ahora viviría con ella; yo habría arreglado todas esas cosas, habría entrado en terapia, habría arreglado la angustia... La angustia era lo social: las miradas, que no nos fueran a

descubrir, mi familia... En la calle no nos podíamos besar ni abrazar... Un día, un tipo nos sacó un desarmador porque nos vio agarradas de la mano: "pinches lesbianas", nos dijo, y yo me aterró. No, no, era muy angustiante, pero yo lo habría enfrentado... Habría enfrentado a mi familia, a mi mamá... Yo creo que mi mamá lo sospechaba. Una vez me descubrió un chupetón y, en voz baja, me dijo: "eso qué es, ¿te agarró un vampiro?, no, ¿verdad?, más bien fue la bruja". Así que sí sabía, pero esas cosas no se hablan, no se habla porque no se soportaría hablarlo, pero se sabe.

En fin, se acabó, y se acabó porque ella empezó a andar con otra mujer. Ella me traicionó. Se acabó. Pero también es que yo no podía con la angustia... La relación duró siete años... ¿Podemos pasar a mi vida actual?

Estoy casada, bueno, arrejuntada con un chavo. Me gusta: tiene una voz gruesa y me gusta su cabello; el único problema es que es menor que yo, le llevo seis años. Pero eso no significa que sea un *pollito*; en realidad, es un hombre en quien me puedo apoyar..., eso necesitaba yo: alguien en quien apoyarme. Y, al mismo tiempo, es un hombre moldeable, en eso de la comunicación, podemos hablar de todo; y, cuando nos fuimos a vivir juntos, él aceptó mis rollos feministas: compartir los quehaceres de la casa y el gasto... Quizá no tiene mucha preparación teórica, porque no tiene una carrera profesional, pero está dispuesto a aprender, y los dos nos hemos dado a la tarea de aprender cosas juntos.

Mi mamá lo acepta bien, le gusta. Incluso cuando lo presenté en mi familia todos se quedaron con la boca abierta, porque nunca había llevado ningún novio a la casa, es

más, nunca me habían conocido un novio; entonces, mi mamá está fascinada. A ella le gustó mucho, porque es muy educado, muy decente.

Luego llegó la bebé. Ella estaba planeada para un año después, pero el *dispositivo* me molestaba mucho y me lo quitó; entonces llegó Sofía. Eso le dio un cambio a nuestras vidas; hubiéramos querido estar más tiempo solos, pero, bueno, no se pudo...

Mi hija me encanta. Yo siempre quise tener una niña... Y, en términos de educación, pienso no frustrarla con todas las frustraciones que yo tuve, y, precisamente en cuestiones de sexualidad, quiero que el asunto sea lo más aliviado posible, sus primeros toques, su menstruación... Para eso tengo que prepararme, para no regarla, porque en cosas de sexualidad —cuando no sabes qué hacer— lo primero que se te viene a la cabeza es lo que hizo tu mamá contigo, y ahí es cuando repites todo. Si te descuidas tantito actúas como tu mamá, y no quiero; hay que prepararse y estar alerta. Tienes que saber qué hacer, por ejemplo, si ella ahora le anda diciendo a cuanta gente ve: "los niños tienen pene, y las niñas vagina", tú tienes que actuar muy natural, como si fuera normal... Luego viene la señora que nos ayuda en el aseo, o viene mi suegra, y se lo suelta: "las niñas tienen pene y las niñas vagina", y todo el mundo se ruboriza. O se lo dice al mesero cuando estamos en un restaurante: "¿tú tienes pene o vagina?, a ver enseñame tu pene", y tú sufriendo porque estás en público. No, pues tienes dejarla, yo digo, porque es una niña y ya le pasará. Y sí, la dejamos y ahorita ya le pasó; ahora anda con eso de que los niños *hacen* de pie y las niñas se sientan.

Otra cosa que hago mucho es acariciarla, no quiero perder el contacto con ella; quiero que sienta que su madre la acaricia, porque las madres no acarician a las hijas... Luego le digo: "ven mamita, te apapacho", y ella me dice: "apapáchame mamá", y se

coloca, o le hago masaje, o le pongo aceite, o sea, tenemos cositas así que nos acercan... Porque ella es muy diferente cuando está su padre (aquí Elena cambia el tono de voz y, otra vez, podría ser el de su madre. De un tono dulce, pasa a uno duro y seco, me parece que aquí ella deja asomar algunas cosas que *espejea* de su propia infancia), a veces pelea mucho conmigo cuando está él, pero la dejo, o sea, no rivalizo. ¡jamás haría eso!, ella se pone en ese plan; luego se coloca en medio de los dos, pero pienso que después va a ubicar que Santiago es su papá, lo tiene que ubicar... Porque además Santiago sigue siendo muy amoroso conmigo, y ella se da cuenta; o sea, a veces ella nos ve y se pone en medio, y nosotros la cargamos y la acariciamos...

Yo siento que Sofía es una niña muy libre, creo que es una niña feliz. Yo me preocupo mucho porque lo sea... Y su felicidad está en cosas bien sencillas; por ejemplo, hacerle unas palomitas y sentarme a ver una película con ella. Entonces, me dice: "estamos contentas, ¿verdad? ¿Estamos contentas mamá?", no sé por qué pondrá tanto énfasis en eso de estar contenta...

En relación al cuerpo, yo le fomento a mi hija, en primer lugar, la autoestima, le digo que es una niña hermosa, un niña linda; inteligente y todo eso, también, pero, por ejemplo, cuando se ve desnudita en el espejo, le digo: "estás hermosa, ¿verdad?" Le enseño su cuerpecito en el espejo. Ella me dice: "mira mis pies, iguales a los de mi papá", "sí están iguales a los de tu papá"; o sea, le fomento mucho que se sienta hermosa, que se sienta bien ella. Luego anda caminando, pasa por el espejo y se regresa "a ver, ¿estoy hermosa?", se mira y dice: "sí, sí estoy hermosa"...

¿Yo?... Sí, sí, me siento hermosa (risas de mofa). Me angustia mucho el peso. el estar que subo y que bajo, que no tengo mucho control sobre eso. Afortunadamente,

tengo una pareja que me apoya mucho: me lleva al médico, me pone rutinas de ejercicios o me apoya a que use algún tratamiento. Incluso, Santiago erotiza mucho mi pancita eterna, me dice: "cómo no me va a gustar tu pancita, si de aquí nació mi nena..." Me apoya.

La maternidad fue un cambio muy grueso para mí, muy brusco, me truncó cosas, viajes, oportunidades de trabajo. Ni modo. He tenido que acostumbrarme... Ya crecerá Sofia.

4. ANÁLISIS

La enseñanza-aprendizaje de la sexualidad femenina, o masculina, está presente desde el momento mismo del nacimiento, y se refuerza o modifica en el transcurso de las etapas del ciclo de vida. Niñas y niños, de alguna u otra manera, reciben educación sexual, misma que incluye "las potencialidades genérica, erótica, reproductiva y vinculatoria." (Rubio, 1994:735) La sexualidad infantil es el cimiento de la sexualidad adulta.

"La infancia, a la que se consideraba asexual, tiene más riqueza sexual que mucho de la vida en otros momentos; porque en ella se prepara el edificio sexuado de la vida adulta y se integra el conjunto de elementos con los cuales el (la) individuo (a) ha de enfrentar los retos de la sexualidad." (Rodríguez, 1994:492)

La enseñanza-aprendizaje de la sexualidad se da a través de mensajes verbales y no verbales; sin embargo, es necesario precisar que, en el caso específico de la sexualidad infantil, "las actitudes y los mensajes no verbales tienen un mayor peso que los mensajes verbales" (Rubio,1994:735). Lo anterior, debido a tres características esenciales:

- 1) La comunicación no verbal (como se vio en el capítulo uno del presente trabajo) está conformada por mensajes kinésicos, proxémicos, paralingüísticos...; es decir, gestos, movimientos corporales, miradas, proximidad, distancia, tonos de voz, silencios, pausas... Y representa el 93% del proceso total de comunicación (Mehrabian, 1967).
- 2) Hay circunstancias en que las restricciones a la transmisión verbal de mensajes son autoimpuestas por cuestiones culturales (Fernández, 2001); tal sería el caso de los mensajes vinculados con la sexualidad, en general, y la sexualidad infantil, en particular. En el caso específico de las niñas, el silencio plagado de signos,

miradas, sonrisas, muecas y gestos corporales cumple un papel fundamental en su educación genérica, erótica, vinculativa y reproductiva (Altable, 1991; en Alfarache, 2000).

- 3) Entre las funciones más importantes de la comunicación no verbal está el sustituir, contradecir, complementar o reforzar la comunicación verbal. Asimismo, transmite las emociones básicas de los seres humanos: enojo, temor, sorpresa, furia, alegría, tristeza, asco-desprecio (Argyle, Ekman y Friesen; en Knapp, 1999, y Lorenzo, 2000). Y, en el caso de la educación sexual, aunado a las funciones anteriores, la comunicación no verbal transmite las actitudes y formas de actuar de los agentes educativos ante los hechos sexuales.

Los agentes educativos más importantes en la educación sexual de niñas y niños son la familia, los amigos, los medios de comunicación y las instituciones pedagógicas; no obstante, la familia es el agente que mayor impacto tiene sobre ellos; en especial, la madre, quien representa uno de los primeros vínculos afectivos que establece el o la menor.

En nuestra sociedad, la educación de hijas e hijos recae principalmente en la madre (o figura femenina que la represente: abuelas, tías, hermanas). Generalmente, el padre está ausente o bien, apartado del cuidado de los niños y, en particular, de las niñas debido al tabú de los cuidados corporales impuesto a los varones sobre las bebés (Lagarde, 1993). Las cinco mujeres entrevistadas dieron cuenta de ello en su historia de vida; Elena lo expresa de la siguiente manera: "Mi mamá siempre me bañó; nunca dejó que mi papá bañara o cambiara de pañal a las niñas."

La madre es, pues, el primer agente socializador³¹; la transmisora de valores y creencias sexuales que irán troquelando actitudes y pautas de comportamiento en niñas y niños. En relación a las hijas, ella es la encargada de implantar la feminidad y las nociones sobre el cuerpo, el erotismo, la maternidad, lo decente, lo obsceno, lo malo y lo bueno (Alfarache, 2000). Por lo general, se hace cargo de preparar a su hija, o hijas, para ocupar un lugar circunscrito en un mundo similar al suyo. Un mundo patriarcal, donde impera un sistema de dominación cuyo paradigma es el hombre. Un modo de vida que asegura la supremacía de los hombres sobre las mujeres y de lo masculino sobre la inferiorización de lo femenino (Ussher, 1991; Lagarde, 1996).

Desde el momento en que nace una bebé, la madre le hace saber de mil maneras sutiles y no verbales qué significa ser una niña (Davis, 2000). Desde la manera como la toca, la toma en brazos, la mira; la ropa que le pone, el color de las prendas, los adornos. los juguetes que le asigna... El trato que se da a las niñas es, generalmente, más suave y delicado que a los niños.

"Las madres suelen describir a sus hijas como 'más suaves, más pequeñas, de rasgos más delicados, más distraídas', mientras que a los niños los consideran 'más fuertes, duros, con una mejor coordinación, más robustos, de rasgos más bastos'". (Bustos, 1994:282)

Este trato diferenciado responde a la división de géneros (femenino y masculino) que existe en nuestra sociedad. En este sentido, los estereotipos tan hondamente arraigados acerca de la feminidad y masculinidad, propician que a niñas y niños se les conceptualice de manera distinta. El estereotipo del rol femenino, en sociedades patriarcales como la nuestra, promueve como *apropiado* una serie de conductas que al

³¹ Socialización: "todas y cada una de las instancias a través de las cuales un sujeto humano integra e incorpora las consignas y determinaciones de la estructura social en la que interactúa." (280, TI)

mismo tiempo poseen baja estimación social (dependencia, pasividad, temor, fragilidad...), en tanto que el rol masculino alude a conductas a las que se les asigna un estatus superior (actividad, audacia, fuerza, independencia...) (Ibidem, 284)

En el caso de nuestro grupo muestra, las cinco mujeres manifestaron haber experimentado este trato distinto a mujeres y hombres. Una marcada educación sexual genérica, donde lo femenino está posicionado en un lugar desigual, inequitativo y de desventaja ante lo masculino. Tres de las mujeres entrevistadas expresaron claramente la preferencia que sus madres guardan hacia sus hijos por el simple hecho de ser hombres.

Karina: "Mi hermano es el menor (...) Él es el consentido de mi mamá, quizá porque es el único hombre, aunque ella dice que todos somos iguales, pero no es cierto."

Iris: "Mi mamá siempre ha sido más cariñosa con mi hermano. Yo los recuerdo mucho echados en la cama, leyendo (...) Tengo muy presente una escena de mi mamá con mi hermano, tumbados en la cama, acariciándolo."

Andrea: "Yo siempre he sentido que mi mamá quiere más a mi hermano... Okey, voy a llorar, permíteme... Creo que mi mamá lo quiere más por ser el hombre."

Como puede verse en los ejemplos anteriores, la transmisión de la desigualdad genérica ocurre, en un porcentaje mayor, a través de mensajes no verbales: kinésicos y proxémicos. Es poco común que las madres expresen verbalmente su predilección por los hijos, pero el trato que les dan suele ser más afectuoso, provisto de abrazos, caricias y mayor cercanía física que a las hijas; de tal manera que éstas perciben, *sienten* la diferencia. Recordemos que, en la comunicación humana, el elemento verbal pone de manifiesto sólo la parte voluntaria del proceso, es decir, lo que el sujeto comunicante desea expresar; mientras que lo no verbal permite captar aquello que el individuo no tiene intención de transmitir (Lazar, 1996).

Otra manera no verbal de transmitir la educación sexual genérica está dada por la vestimenta, juegos, juguetes y tareas asignadas a niñas y niños. Las madres visten con atuendos y colores diferentes a hijas que a hijos; generalmente, los tonos pastel colorean el guardarropa de las niñas, y las prendas plagadas de moños, listones, encajes, aplicaciones..., todos los adornos y tonalidades que transmitan a las pequeñas las nociones de fragilidad, ternura, belleza...; adjetivos que, en nuestra cultura, aluden a la femineidad.

En el caso de Elena, por ejemplo, su madre siempre le puso vestido; nunca pantalón o *short*. Y, acompañando al uso de esta prenda, iba el mensaje no verbal kinésico: "las niñas bonitas se están aquí sentaditas, con las piernas cerradas para no enseñar los calzones"; todo, transmitido a través de una mirada materna que Elena aprendió a decodificar.

Por su parte, Karina comenta que, de pequeña, le gustaban los vestidos, pero que prefería usar pantalones porque le permitían "andar en patineta o patinar, y andar jugando con los chicos... Y es que nos vestían como niños, así con pantalones aguados y playeritas." Por otro lado, cuando se ponía vestido, su abuelita (quien fungió como madre dado que la mamá de Karina trabajaba lavando ropa y no podía hacerse cargo de sus hijas) la regañaba porque no quería verla *rabona*, "enseñando *todo*", le decía. Y la palabra "todo" —por la entonación y los gestos en la cara de la abuela (que la entrevistada imita sin ser consciente de ello)— encierra un mensaje paralingüístico que implica, probablemente, mostrar los calzones o las piernas (Karina no está muy segura); y un mensaje kinésico: una mirada.

"Mi abuelita no te decía qué, sino 'todo', y yo me imaginaba que significaba las piernas o también los calzones, y me lo imaginaba porque se te quedaba viendo *abajo*³², pero no es que te detuvieras a pensar, lo aprendías y ya."

En contraposición, Iris y Andrea —provenientes de una educación más flexible en cuanto a la enseñanza y aprendizaje de la sexualidad genérica— exponen que podían usar la ropa que quisieran, que ellas mismas la escogían y que sus madres no ponían objeción alguna. El uso de pantalones, comentan, les reportaba mayor libertad de acción, pero también les gustaban los vestidos.

Ahora bien, con relación a los juegos y juguetes, Karina y Elena manifestaron que en su infancia sí había una división clara y tajante entre los juegos y juguetes asignados a niñas y niños.

Karina: "Mi abuelita nos decía que no podías andar en bicicleta igual que los hombres, porque si te caías te podías romper *algo* (sustituto paralingüístico). Yo no entendía qué relación había, pero me acuerdo que era como si te fueras a romper *al dentro*..."

Nosotros éramos muy afines a jugar con mis primos y, como éramos más hombres que mujeres, jugábamos a fútbol, a las canicas, al trompo, a los carritos, cosas más de hombres. Y mi abuela se enojaba mucho, decía que no podíamos jugar con los niños porque ellos eran más bruscos, que no podías subirte al árbol porque te podías caer y lastimarte *ahí abajo* (sustituto paralingüístico)."

Elena: "Mi mamá empezó a quitarme de los juegos con Fabián como a los seis años. Comenzó a decir: 'las niñas no juegan eso', 'las niñas no juegan con los niños; son machorras' (...) Y ser *machorra* significaba ser como un niño, comportarte como un niño: brincar, saltar, enseñar los calzones... Sus palabras favoritas eran: 'una niña bonita se está aquí sentadita; las niñas feas (Elena remarca la palabra imitando los gestos de su madre; con tono de desprecio y gesto de asco: mensajes paralingüístico y kinésico) andan allá brincando como cabras.'"

³² Nótese que la palabra "abajo" funciona como un sustituto paralingüístico de las palabras "zona genital", que es el sitio al cual la abuelita de Karina dirigía su mirada al decir "todo". Karina se muestra incapaz de pronunciar la palabra: genitales, entrepierna o cualquier otra que aluda a esa parte de su cuerpo; incluso, en el momento de la entrevista, se señala la entrepierna —mensaje kinésico—, como complemento de la explicación. Aquí la comunicación no verbal funciona como complemento de la comunicación verbal. Lo anterior es un claro ejemplo del uso de mensajes no verbales cuando la cultura restringe el uso de mensajes verbales.

En los ejemplos anteriores se hace evidente que la educación sexual genérica se transmite, de igual manera, a través de juegos y juguetes. Dicha transmisión se efectúa por medio de mensajes verbales y no verbales: las restricciones verbales sobre saltar, brincar o andar en bicicleta van acompañadas, reforzadas, acentuadas por ciertos tonos de voz, gestos y miradas que complementan el proceso total de comunicación.

Asimismo, es necesario precisar que los juegos y juguetes —igual que la vestimenta y tareas asignadas— *per sé* no tienen sexo; es la sociedad, dividida en géneros, la que define o determina la femineidad o masculinidad de los mismos. Por lo tanto, los juegos y actividades que implican libertad de movimiento, independencia, fuerza, inteligencia, coordinación..., son por lo regular calificados como masculinos; mientras que los femeninos son aquellos que transmiten la noción de cuidados para otros: jugar a la casita, a las muñecas, al salón de belleza, o juegos de mesa, que promueven la sedentariedad.

Con respecto a Iris y Andrea —quienes afirmaron haber vivido cierta distancia materna en su educación (la madre de Iris trabajaba permanentemente, y la de Andrea no estaba mucho en casa)—, podemos notar que la asignación de juegos, juguetes, vestimentas y tareas no era tan rígida, de manera que ambas tenían mayor libertad de acción. Para Iris, incluso, la bicicleta fue un instrumento que le permitió descubrir parte de sus potencialidades eróticas. Andrea podía jugar luchitas con su hermano y dirimir así sus diferencias; esto, aunque su madre y padre acotarán que esa hija les había salido bien *machita*. "Pero lo decían así, no en mala onda, sino riéndose", señala Andrea.

En cuanto a la asignación de tareas, la infancia de Elena es un claro ejemplo de cómo se transmite la distinción e inequidad genérica a través de éstas, y de la

importancia que la utilización de códigos no verbales tiene en dicha transmisión pedagógica.

Elena: "Mi mamá, con una mirada, controlaba todo (...) Señalarte con una mirada la mesa, era levantarte a recoger la mesa... Tú estabas atenta, ¿no?, a ver qué te decía, entonces miraba a la mesa y tú ya sabías 'que una niña bonita y atenta se acomode a levantar la mesa', y si es posible lavas los trastes." (Para más ejemplos ver capítulo 7)

En el caso específico de Indira, aunque ella no da ejemplos concretos sobre su educación sexual genérica, explica, en las primeras líneas de su historia de vida, cómo estaba organizado el sistema sexo/género (Gayle Rubin, 1975) que imperaba en su familia. "Una familia tradicional", comenta, y agrega que en su casa estaban muy marcados los roles: la mujer era quien debía quedarse al cuidado de los hijos, la comida, la familia...; y el hombre, quien debía proveer, "el que de alguna manera podía salir a la calle libremente". Su mamá no podía hacer muchas cosas que su papá sí: trabajar, tener independencia económica, salir, pasear sola, tener amigas o amigos, hacer vida social independiente. Ella nunca pudo estudiar... *¿Para qué, si la mujer nació para casarse y ser madre? No hay nada más importante en su vida, dicta el sistema de dominación patriarcal.*

"Ella no podía hacer muchas cosas que él sí. Y eso, por supuesto, se refleja en el desarrollo que tú tienes. Mis hermanas, por ejemplo, no podían salir, ni tener novios ni ir a fiestas; mis hermanos, sí."

Una de las vías más importantes de educación sexual en niñas y niños es la imitación. Las niñas aprenden con el ejemplo. La actitud de las madres hacia los hechos sexuales representa una valiosa fuente de información no verbal para aquéllas. Entre los dos y tres años, las niñas son capaces de efectuar generalizaciones de lo que observan y posteriormente aplicarlas a conductas propias (Pick, 1994:102). Se trata, en sí, del

proceso de aprendizaje de su identidad sexual; mismo que se lleva a cabo, fundamentalmente, a través de códigos no verbales de comportamiento, en la relación madre-hija. Recordemos que, según Lagarde, el núcleo de dicha relación es lograr que la madre implante en la hija la feminidad, ya que no nace con ella. "Es decir, la madre se constituye en la institución fundamental que construye la feminidad personalmente en otra mujer". (Lagarde, 1993)

Otra área de la educación sexual de las niñas está constituida por el desarrollo de sus potencialidades eróticas. La sexualidad erótica, al igual que la genérica, está presente en la vida de mujeres y hombres desde que nacen hasta que mueren.

Durante mucho tiempo se consideró que la sexualidad erótica se iniciaba en la pubertad, de modo que la infancia era concebida como una etapa sin contenido erótico. Posteriormente, los avances en las ciencias que estudian la psique humana abordaron la sexualidad infantil, desde el punto de vista psicoanalítico (ver capítulo dos). Ahora se sabe que, en los primeros años de vida, niñas y niños tocan su cuerpo para conocerse y, también, para obtener placer³³.

"Freud, en su teoría sobre la sexualidad infantil, reconoce que la masturbación ocurre universalmente durante la infancia y es de naturaleza autoerótica. Ésta se presenta en tres períodos: durante la primera infancia, donde está al servicio de la satisfacción sexual; durante la niñez, en donde se fija en zonas erógenas específicas y, durante la pubertad como un *continuum* de la niñez dentro del desarrollo psicosexual." (González, 1994:547)

³³ La presente aseveración queda confirmada en cuatro de las cinco historias de vida expuestas en los capítulos anteriores: Karina, Iris, Andrea y Elena.

Por lo tanto, el inicio de nuestra vida está regido por un "yo placer" (Miranda, 1994:521); lo que en términos freudianos corresponde al *principio del placer* o instancia psíquica del *ello*.

Estudios subsecuentes sumaron a esta teoría el planteamiento de que la capacidad para el placer erótico se genera "en el cuerpo a cuerpo con la madre" (Irigaray, 1985); más aún, que en la relación madre-hija/hijo se construye la imagen del cuerpo erótico.

"El color con que los afectos de la madre colorean el cuerpo de el [o la] bebé, la manera como ella ame, adore, libidínicamente, catectice o narcisice a su bebé, darán la calidad de sentimientos de positiva estructura básica, estableciendo una confianza básica (Erickson, 1978) que se traduce como la sensación de ser un ente querible, capaz de despertar y merecerse el amor del otro." (Miranda, 1994:522)

Al respecto, investigaciones recientes han planteado que, incluso, la relación erótica madre-hija/hijo es de capital importancia en la conformación de un yo placer, de una imagen corporal fuerte y estable que permita a la (o el) bebé tolerar experiencias de frustración que, por ende, se tornarán cada vez menos amenazantes para su existencia.

"Sabemos que es indispensable la investidura amorosa libidinal de una madre que adore a su bebé tanto como una parte de ella misma, que en este sentido lo seduzca, que a la par de los cuidados higiénicos cuando limpie sus excrementos, lo bañe, lo acune, al alimentarlo al pecho, lo llene de vida y le transmita su deseo de tener ese hijo [hija], de lo contrario si sólo se atiende a sus necesidades fisiológicas, alimentación y limpieza, pero sin ese componente erótico que humanice (Dolto, 1984), que personalice (Winnicott, 1962) al bebé; recibirá un mensaje de muerte que lo llevará a no desear vivir, rechazar el alimento y eventualmente morir." (Ibidem, 518-519)

Esta transmisión de vida, esta construcción de la imagen corporal y del cuerpo erótico ocurre fundamentalmente a través de mensajes no verbales en el cuerpo a cuerpo con la madre.

"El hombre (la mujer) no nace hablando. Sus primeras experiencias del mundo que lo rodea y sus primeras comunicaciones con él son necesariamente no verbales. Mirando, tocando, siendo sostenido aprende las primeras y quizá más importantes lecciones de la vida." (Davis, 2000:189)

La voz materna, en su tonalidad, la estimulación táctil, la proximidad, el gesto, la mirada, la sonrisa en el rostro de la madre, o su ausencia, son mensajes paralingüísticos, kinésicos o proxémicos que transmiten a la bebé sensaciones de placer o displacer, aceptación, rechazo, amor, cuidado, abandono..., que permitirán o no una adecuada construcción de su yo corporal y una estimación positiva o negativa de sí misma. Es decir, en el cuerpo a cuerpo con la madre, a través de mensajes no verbales, la hija incorpora el deseo vital (deseo erótico) de su madre, y tal incorporación constituye la base de un núcleo de identidad positivo y afirmativo. En la situación contraria, si la madre no erotiza a su hija, si no le transmite su deseo y gozo por tenerla, se crea en la pequeña una valoración negativa que deriva, a su vez, en una sensación de imperfección; de *ser imperfecta*. Un sentimiento de insatisfacción por su cuerpo.

"(...) la niña, y después la mujer, no estará nunca satisfecha con lo que *tiene*, con lo que *es*; siempre aspira a otro cuerpo que no el suyo: querría tener otro rostro, otro busto, otras piernas... Casi toda mujer considera que tiene algo en su cuerpo que no es apropiado a los ojos de los demás." (Olivier, 1987:84)

Analizando las historias de vida de las cinco mujeres entrevistadas, encontramos que este sentimiento de insatisfacción es una constante común a todas ellas.

Karina: "¡Uf!³⁴, nunca me ha gustado mi cuerpo."

Indira: "Sólo una de mis hermanas (de cinco) se enorgullecía de tener un poco más desarrollado el cuerpo; a las demás, cuando nos empezaban a crecer los senos, hasta nos sentábamos así agachadas para que no se nos notara (...) Ahora me llevo mejor con mi cuerpo, pero antes..."

Iris: "Me llevo bien con mi cuerpo, me gustan mis ojos, mis senos..., lo único que no me gusta es mi abdomen, siento que estoy gorda (pesa 57 kilos). Bueno, no muy gorda, pero sí gordita, tengo una lonjita, como una pancita. No tengo un cuerpo perfecto. Un cuerpo perfecto como los de la televisión. Eso me gustaría."

Andrea: "Yo tengo casi treinta años y me veo gorda y horrible (pesa 57 kilos)... Hay partes de mi cuerpo que no me gustan, como la papada, aún no tengo pero creo que la voy a tener, y ésa sí me la operaría, sin duda. Tampoco me gusta mi cintura; no tengo. Me gustaría tener un poco más de *pompa*... Podría decirte

³⁴ Mensaje paralingüístico: El "¡uf!" denota, probablemente, el agobio que le produce la relación con su cuerpo.

que me llevo bien con mi cuerpo, pero cuando me pongo un pantalón y no me queda; una blusa y se me sale la llanta, entonces podría decirte que no me llevo nada bien con él."

Elena: "Yo estaba *descaderada, destetada y desnalgada* (yo me inventé esos términos). *Ahora sí me siento hermosa...* [risas de mofa³⁵] No. Me angustia mucho el peso, el estar que subo y que bajo, que no tengo mucho control sobre eso.

Con base en lo anterior, conjuntando el análisis de las historias de vida con las teorías expuestas hasta aquí, es factible plantear que, en nuestra sociedad, el sentimiento de insatisfacción, de imperfección, de estimación negativa, aparece como una constante en la valoración que las mujeres hacen de sí mismas³⁶. Y que dicha valoración tiene su ontogénesis en el cuerpo a cuerpo con la madre, en el *no* deseo erótico de la madre por la hija, transmitido, básicamente, a través de mensajes no verbales.

En el sistema patriarcal, nos dice Lagarde (1993), la madre no puede erotizar a la hija "porque su cultura patriarcal fálica, la hace desear al varón. La hija, al ser como ella, le devuelve la imagen de lo que no puede desear".

"Prohibiciones en torno al erotismo entre mujeres, hacen que la madre descubra sin deseo positivo el cuerpo de la hija, a diferencia del toque que erotiza el cuerpo del hijo cuya respuesta es el placer erótico materno. El tabú del incesto no está en la base del deseo negado a la hija, sino el tabú del homoerotismo." (Lagarde, 1993:212)

Por lo tanto, en el proceso de enseñanza-aprendizaje del cuerpo femenino, la madre debe apartar drásticamente a la hija de sí, de su cuerpo, instaurar el tabú del homoerotismo entre ellas y, sobre todo, callar. El silencio se convierte, entonces, en el

³⁵ Mensaje paralingüístico: Las risas de mofa expresan lo irrisorio que resulta para Elena decir que se siente hermosa.

³⁶ Recordemos que una de las características de la cultura patriarcal consiste en difundir, implantar, promover la inferiorización de las mujeres y de lo femenino frente a los hombres y lo masculino.

canal transmisor por antonomasia de saberes acerca de la sexualidad y el cuerpo entre madres e hijas. (Alfarache, 2000)

"Existe un elemento en la educación de las niñas, además de las incitaciones verbales, que cumplirá una gran función en los momentos de seducción: el silencio. A la niña se le hace callar porque es niña y porque es de sexo femenino. El silencio lleno de signos, miradas, sonrisas, muecas y gestos corporales, cumplirá un papel fundamental en la adquisición de la identidad femenina, pues, con sus contenidos emocionales, constituirá maneras de educar más inmediatas y eficaces que el libro o el discurso mental. Estos gestos del silencio, la niña los aprenderá de las figuras femeninas que se mueven a su alrededor y que ejercen sobre ella una influencia mimética." (Altable, 1991:42)

Al respecto, los testimonios de las cinco mujeres coinciden en señalar el silencio materno como uno de los protagonistas de su educación sexual³⁷.

Karina: "Yo no me acuerdo que ella nos haya dicho cómo se iba a desarrollar tu cuerpo, o cómo funciona tu organismo."

Indira: "En mi familia no se habla de sexualidad. Ni entre mis hermanas. Es un tema que no se toca (...) Mi mamá jamás nos dijo nada (...) Siempre hubo como una especie de pudor en relación a las cosas del cuerpo."

Iris: "No recuerdo que nadie me hablara de eso (sustituto paralingüístico), ni de tocarme ni nada. Mi mamá no estaba en casa, se la pasaba estudiando o trabajando. Por otro lado, ella nunca tuvo problemas para hablar de sexualidad, claro, desde la visión científica."

Andrea: "No recuerdo que nadie me hablara de mi cuerpo, ni nada parecido."

Elena: "En relación al cuerpo, ¿qué me decía mi mamá? Verás, ella siempre me bañó (...) Nos bañábamos con calzones, siempre con calzones. Nunca estábamos totalmente desnudas."³⁸

El silencio materno es, pues, uno de los elementos fundamentales en la educación sexual erótica de las niñas. Y ahora sabemos que, en términos de comunicación humana, dicho silencio está conformado por un sinnúmero de mensajes no verbales kinésicos,

³⁷ Esto, aún en el caso de Iris, pues —aunque su madre, por ser doctora, le habló abiertamente de la fisonomía y funciones corporales— nada le dijo acerca de sus potencialidades eróticas.

³⁸ En vez de responder directamente, Elena recuerda que, durante su infancia y adolescencia, se bañó con calzones; el uso de esta prenda le impedía cualquier contacto con sus genitales. Estamos aquí ante un ejemplo de comunicación no verbal a través de la ropa: código vestuario (Lorenzo, 2000. 141). Una interpretación posible de tal mensaje materno —tomando en cuenta la historia de vida de Elena— podría ser: *los genitales son una parte del cuerpo que no debes tocar ni ver; son feos, sucios; y las niñas bonitas no se tocan ahí, ni para lavarse.*

Por otro lado, el hecho de que Elena recuerde lo anterior en el momento en que le pregunto qué le decía su madre sobre el cuerpo, nos muestra la fuerza que puede tener un mensaje no verbal como transmisor de actitudes, capaz de perdurar en la memoria a través del tiempo.

proxémicos, paralingüísticos, vestuarios... Es decir, aplicando el conocimiento generado por investigaciones en materia de comunicación (ver capítulo uno), podemos afirmar que el silencio materno es, en sí mismo, una forma de *comunicación no verbal*.

En este sentido, las cinco mujeres entrevistadas reconocen que asimilaron las cuestiones de su cuerpo a base de leer las muecas, miradas, gestos corporales, actitudes o comportamiento de sus madres. Aprendieron con el ejemplo. *Aprendieron a fuerza de interpretar sus silencios* (Alfarache, 2000).

Elena: "O sea, te sentabas y se te subía el vestidito, ¡hijole!, entonces ella volteaba y me miraba las piernas con una mirada de "¡ciérralas!", la boca medio torcida y los ojitos *pelados*; con pelar los ojos y voltearte a ver las piernas, tú automáticamente las cerrabas. Yo sabía que significaba eso."

El *silencio* debe imperar en la relación madre-hija, sobre todo, en términos de educación sexual erótica. Como se vio en el capítulo dos, el ámbito del erotismo está asignado, en nuestra cultura patriarcal, a un grupo específico de mujeres: las malas, perversas, putas; cuyos cuerpos están destinados a la obtención de placer por otros. Esto último, en contraposición a la noción del cuerpo femenino destinado a dar vida a los otros, donde el erotismo está presente pero asociado de manera subordinada y al servicio de la procreación (Lagarde, 1993).

A través de mensajes no verbales (por ejemplo: apartar la mano de la niña de sus genitales, o decirle "no te toques ahí", con cierta entonación y mueca de desagrado), la madre transmite a la pequeña la prohibición de tocar el cuerpo por el sólo placer de hacerlo. Rápidamente, las niñas aprenden que eso —cuyo nombre nadie les dice, que palpita entre sus piernas— es intocable, innombrable, sucio, aunque les genere placer. Así, desde muy temprano, en la infancia, las mujeres asimilan que el gozo proveniente de su cuerpo se haya íntimamente ligado a la noción de sucio, feo, prohibido o pecaminoso;

y que ese placer está destinado a otro *tipo de mujeres*, de las cuales tendrán que mantenerse alejadas.

En cuatro de las cinco historias de vida (Karina, Indira, Andrea y Elena), aparece esta idea como una constante: las mujeres que disfrutaban del placer emanado de su cuerpo son *unas fáciles, mujeres de la calle* o prostitutas. Más aún, ellas mismas se han sentido como putas, *pirujas* o *locas* (palabras que en el discurso materno van acompañadas de gestos, miradas y entonaciones que denotan desprecio y asco) en etapas de su vida en las cuales se han permitido el goce erótico.

El caso de Indira es representativo. Aparte de sentir agrado por cómo suena la palabra *piruja* ("me gusta fonéticamente, y no es tan ofensiva"), comenta que le hubiera gustado ser una cabaretera porque cree que ellas tienen más relación con su cuerpo, que no se sienten alejadas de él, ni les da pena que las vean desnudas.

"Una cabaretera por la relación, la aceptación que tienen de su cuerpo, o sea, su cuerpo desnudo... Las cabareteras tienen mejor comunicación, conocen más su cuerpo, se permiten..., independientemente de la condición afectiva que tengan con la otra persona [...] Hubiera sido interesante tener una vida así."

Ahora bien, en la educación sexual de las niñas, intervienen asimismo elementos verbales; las madres hacen uso de ellos para transmitir a sus hijas el conjunto de reglas que normarán la relación entre éstas y su cuerpo: las niñas deben aprender a tocar su cuerpo sólo para limpiarlo o embellecerlo con el propósito de gustar a otros. En dicha transmisión de normas, sin embargo, participan también elementos no verbales; de manera que la importancia de la comunicación no verbal en la enseñanza-aprendizaje del cuerpo femenino vuelve a quedar expuesta.

Cuando la madre baña a su hija, por ejemplo, le está inculcando la noción de limpieza y, al mismo tiempo, en la forma de tocarla, le transmite la deserotización que

debe privar en dicha tarea. Al respecto, Indira expone que el único recuerdo que tiene acerca del contacto con su cuerpo en la infancia es el momento del baño.

“Lo único que recuerdo, sobre eso del cuerpo, es que mi mamá nos bañaba, pero a mí no me gustaba porque era muy brusca, como si estuviera restregando algo. A veces nos bañaba, con calzones, a cubetadas en el patio.”

La infancia, nos dice Lagarde (1993), es para las mujeres la etapa del “descubrimiento del cuerpo para el placer y el goce propios, y simultáneamente es el espacio de su adormecimiento”. Las niñas deben olvidar esa gama de sensaciones placenteras que, paradójicamente, descubrieron en el cuerpo a cuerpo con la madre, en los primeros meses de vida, al momento de ser amamantadas, bañadas, mecidas... Freud señala que succionar el pecho materno y la aplicación de los cuidados corporales generan en la bebé una serie de estímulos excitantes.

“(…) la aplicación de las reglas de higiene corporal produce resultados excitantes iguales a los que la suciedad produciría, habremos de concluir que el onanismo del niño de pecho, *al cual no escapa ningún individuo*, prepara la futura primacía de esta zona erógena (genital) con respecto a la actividad sexual.” (Freud, 1981 II:1204) (el subrayado es mío)

Aún más:

“Muchas madres me han dicho que sus pequeñas hijas de dos o tres años gozaban de estas sensaciones e incitaban a la madre a exacerbarlas con toques o fricciones repetidas.” (Freud, III:3086)

La madre, plantea Alfarahe (2000), “es la primera formadora del erotismo y la primera persona con quien lo experimentamos”. Pero, al mismo tiempo, es ella quien debe prohibir a la pequeña —mediante advertencias, regaños y castigos; mensajes verbales y no verbales— que toque o explore su cuerpo con intenciones eróticas.³⁹

³⁹ Recordemos en este punto algo en lo que se ha enfatizado a lo largo de la presente tesis. Las madres, en nuestra sociedad, se ven obligadas —a fin de ser *buenas madres*— a preparar a sus hijas para vivir en un mundo patriarcal similar al suyo; esto, con la intención de que las hijas no sean unas inadaptadas y sufran lo menos posible. Si tomamos en cuenta que, en nuestra cultura, las mujeres que ejercen libremente sus potencialidades eróticas son estigmatizadas y tachadas de putas; entonces, las madres se empeñarán

Sin embargo, las sensaciones corporales siguen activas, y algunas niñas desobedecen las prohibiciones maternas para continuar la exploración de su cuerpo a través del autoerotismo⁴⁰. Desde luego, tal exploración se lleva a cabo de forma clandestina: las niñas se esconden para jugar a solas o con alguna hermana, hermano, primo, amiga o compañerita de la escuela; lejos de la vigilancia materna. El erotismo queda vinculado, entonces, en la psique de la pequeña, a la sensación de estar haciendo algo malo, prohibido, sucio, que le causa culpa; y el cuerpo, como responsable de ello.

En relación con nuestro grupo muestra, cuatro de las mujeres entrevistadas comentaron —con evidentes gestos de culpa y angustia: se tronaban los dedos, agitaban un pie, escondían las manos entre las piernas— que en la infancia habían tenido juegos eróticos a solas (Iris), con los primos (Karina), con una vecina (Elena) o con un hermano (Andrea), pero siempre a espaldas de sus madres.⁴¹

Esta vinculación entre placer y culpa, ocultamiento, miedo a ser descubierta, engaño, se suma a la sensación de no ser deseada por la madre, generando un incremento en la estimación negativa que la niña tiene de sí misma; es frecuente, por ejemplo, que algunas pequeñas se perciban como *niñas malas*. Tomemos el juego de Andrea con su hermano —un año mayor que ella, por cierto— para ilustrar lo anterior.

arduamente en alejar a sus pequeñas de semejante destino. Por otro lado, "la madre que ha sido socializada en una cultura que considera la sexualidad femenina como un tabú transmitirá casi inevitablemente estas actitudes a su hija(...) Las mujeres interiorizan su propia opresión y se convierten en agentes de la opresión de sus hijas." (Ussher, 1991:56)

⁴⁰ El autoerotismo (comúnmente llamado masturbación) "es un comportamiento sexual que permite a los seres humanos, hombres y mujeres, desde la infancia, a lo largo de toda la vida hasta la vejez, vivenciar su cuerpo como una fuente de sensaciones placenteras que integran su autoimagen". (539 T1, Serratos)

"Es un hecho tan natural, presente desde que nacemos, que nos permite ir formando nuestro esquema corporal como una totalidad que nos integra física, psicológica y eróticamente, y que va formando nuestra propia identidad de género." (542, T1)

⁴¹ Indira no tiene recuerdos al respecto, aunque cabe la posibilidad —según dice— de que los haya reprimido.

"No recuerdo a que estábamos jugando..., es que es un episodio que he tratado de borrar de mi cabeza; en el fondo, creo que yo tuve la culpa, es decir, yo lo provoqué y siempre culpé a mi hermano, así que tengo ahí como algo atorado. Nos desnudamos y estábamos como tú sobre mí y yo sobre ti⁴², pero sin ninguna razón sucia..."

Usemos el mismo ejemplo para demostrar la función de los mensajes no verbales como reforzadores de los verbales, su capacidad para expresar emociones y su fuerza para quedar impresos en la memoria a pesar del tiempo. La madre de Andrea descubrió el juego entre los hermanos; los encontró desnudos uno sobre otro, y "eso fue drama, drama nacional", comenta Andrea.

"Cuando pasó lo de mi hermano yo tenía cinco o seis años. Y de la reacción de mi madre, recuerdo que hubo lágrimas, frases como 'en qué me equivoqué', cara de pena, aflicción..."

Analizando esta parte del testimonio podemos apreciar lo siguiente: 1. En la memoria de Andrea quedaron más grabados los mensajes no verbales (llanto, cara de pena y aflicción) que los mensajes verbales ("en qué me equivoqué"), tres contra uno, 2. Los mensajes no verbales otorgaron el carácter de "drama nacional" a la reacción materna, transmitiendo a Andrea el dolor y la vergüenza sentida por su madre al descubrir aquel juego erótico, y 3. Aunque han pasado veinticinco años, las huellas de tal reacción —sobre todo las no verbales—, permanecen frescas en la memoria de Andrea a tal grado que vuelve a vivirlas, incluso, en el momento de la entrevista; esto queda expuesto a través de su lenguaje corporal: ojos al borde del llanto, nerviosismo en la voz, las manos juntas metidas entre las piernas, tronco en posición fetal.

⁴² Nótese el cambio de la primera a la segunda persona gramatical. He observado que dicho cambio —recurrente en los cinco testimonios— sucede cuando las entrevistadas narran un hecho que les causa conflicto. Una interpretación posible de tal modificación podría ser que la segunda persona gramatical hace referencia a otra persona y, que emplearla, crea distancia entre la entrevistada y su vivencia: como si no hubiera sido ella quien participó o experimentó tal o cual situación, y baja la angustia.

Veamos ahora un ejemplo de las funciones anteriores, pero esta vez en positivo. Un día, la pequeña Iris descubrió —mientras se tocaba la vulva— que tenía una “especie de callito” en la comisura de los labios genitales. Preguntó a su abuela materna qué era eso, y ella le hizo saber que se trataba de su clítoris. Iris rememora el hecho como algo gracioso porque así es recordado por su familia. Aún más, cada vez que la abuela cuenta la anécdota, lo hace de manera festiva (“ella lo cuenta, y todos se ríen, pero en buena onda, como algo gracioso”); de modo que el hecho quedó grabado en la memoria de la niña —después adulta— como algo agradable relacionado con su cuerpo y la posibilidad de explorarlo en términos placenteros.

En este caso, la hilaridad de la abuela y, posteriormente, de la familia, funciona como un mensaje no verbal que refuerza positivamente la disposición de Iris a practicar el autoerotismo; de hecho, si revisamos su historia de vida, podemos constatar que en su infancia estableció una relación gozosa con su cuerpo, que permanece hoy día.

Hasta aquí hemos expuesto *grosso modo* la importancia de la comunicación no verbal en la enseñanza-aprendizaje del cuerpo femenino, relación madre-hija, en la primera etapa del ciclo vital. Veamos ahora algunos ejemplos de cómo funcionan los mensajes no verbales en la transmisión de saberes relacionados con los cambios que tienen lugar en la adolescencia⁴³: la menstruación, el desarrollo de los pechos, el autoerotismo, el

⁴³ “Etimológicamente la palabra adolescencia proviene de *ad*: a, hacia y *olescere* de *olere*: crecer. Es decir, significa la condición y el proceso de crecimiento, que implica un proceso de crisis vital; de *krisis*, que en griego es el acto de distinguir, elegir, decidir y/o resolver, a partir del cual se logrará la identidad personal.” (696, TI)

La Organización Mundial de la Salud reconoce a la adolescencia como el periodo comprendido entre los 10 y 19 años y la juventud como el que se ubica entre los 19 y los 24 años.

establecimiento de las *primeras* relaciones erótico-afectivas, la potencialidad reproductiva...

Cuando la niña llega a la adolescencia, los signos sexuales femeninos aparecen de manera contundente. Una serie de cambios físicos y psicológicos operan en el cuerpo de la púber, provocando, a menudo, una especie de transmutación sorprendente y acelerada, a la que debe adaptarse.

"La adolescencia es un proceso de búsqueda de una nueva identidad que haga posible liberarse del pasado infantil y enfrentar con éxito el propio crecimiento, enfrentarse a un futuro incierto y aprender a vivir en un mundo que ya no lo (la) acepta como niño y aun no lo acepta como adulto." (Castillo, 1994:381)

En nuestra cultura, la adolescencia es percibida, generalmente, como un anatema que implica descontrol, conflicto, rebeldía..., libertinaje sexual. Las madres abrigan toda clase de temores relacionados, especialmente, con la manifestación de las potencialidades eróticas, vinculativas, reproductivas de sus hijas e hijos, y la posibilidad de que éstas les traigan consecuencias graves.

En el caso específico de las mujeres, la adolescencia está marcada, además, por una serie de mensajes ambiguos y contradictorios entre madres e hijas. Un complejo proceso de comunicación verbal y no verbal que combina, por un lado, el miedo, la angustia, la vergüenza que la madre experimenta hacia su propia sexualidad reflejada en su hija púber, y el hecho de tener que abordar esos temas con quien, hasta hora, ella

había considerado asexual⁴⁴. Por el otro, la negativa e incomodidad de la hija ante la posibilidad de que sea su madre quien le hable de esos cambios que ya de por sí le producen confusión, vergüenza, temor.

En tal contexto, algunas madres optan por mantener el silencio y delegar en otras mujeres la tarea de hablar con las adolescentes. Abuelas, tías, hermanas o primas se dan a la labor, entonces, de transmitir a la joven sus conocimientos acerca de los temas sexuales, reproduciendo, muchas veces, lo que a ellas les enseñó su propia madre. Dicha transmisión se efectúa a través de mensajes verbales y, sobre todo, no verbales. Veamos un ejemplo. Karina supo de la menstruación por medio de su hermana.

“...me explicó que eso me iba a suceder cada mes, que nuestro cuerpo cambiaba y que ahora tenía que tener más cuidado, no jugar con los niños porque ya eres una *señorita*.”

Nótese que en esta parte del testimonio, la palabra “eso” funciona como sustituto del término *menstruación*, y el vocablo “señorita” como transmisor de un mandato: a partir de ese momento, la joven deberá comportarse de otra manera porque ha dejado de ser una niña. Sin embargo, es necesario precisar que no son las palabras *eso* ni *señorita*, en sí mismas, las que transmiten dichos mensajes a Karina; sino la forma como son pronunciadas por su hermana, el tono de voz, gesto, mirada que utiliza. Es decir, en el proceso de comunicación entre Karina y su hermana, un sinnúmero de mensajes sobre la menstruación viaja a través de formas no verbales kinésicas y paralingüísticas. Mensajes como menstruar es feo, sucio, vergonzoso, algo que debe ser callado, escondido.

⁴⁴ “La relación madre-hija en nuestra cultura se establece a partir del principio de la sexualidad dominante que considera que las niñas no tienen sexualidad.” (Alfarache, 2000:99)

“La niña es, a los ojos de su madre, encantadora, adorable, graciosa, inteligente, todo lo que se quiera, menos sexual y coloreada de deseo.” (Olivier, 1987:84)

repudiado —y las emociones correspondientes— son transmitidos mediante códigos de comunicación no verbal; y, en este caso, reforzados además por el silencio materno.

Otras madres, en cambio, optan por romper el silencio. En cuanto las chicas tienen su primera menstruación, las madres sienten la obligación de entablar una plática de *mujer a mujer* con ellas ("Nadie puede cuidarte ni aconsejarte como tu madre"⁴⁵); plática que genera, comúnmente, vergüenza, rechazo, disgusto y una buena dosis de ansiedad en las dos.

Elena: "Todo eso que ella me estuvo explicando, con una confianza surgida de la noche a la mañana, para mí era repulsivo. Yo pensaba: no me hables de esas cosas, pues si nunca me has hablado, no lo hagas ahora..."

En este caso, la función de los mensajes no verbales es de acompañar, reforzar, acentuar los mensajes verbales, así como transmitir emociones. Por ejemplo, el rechazo que la madre de Elena siente hacia la menstruación queda expuesta en la frase: "No vayas a ser de esas viejas cochinas, descuidadas que se manchan". *Manchar* es el término que, comúnmente, sigue a la palabra *menstruación* en el discurso de las mujeres; *mancharse*, *ensuciarse*, *oler*, van generalmente acompañadas de ciertas muecas, gestos corporales, entonaciones, pausas o silencios que denotan el asco, desprecio, vergüenza que madres e hijas sienten hacia el hecho de menstruar.

"A lo largo de mis investigaciones sobre la relación madre-hija, no he encontrado ningún aspecto más regido por la contradicción, la vergüenza, la confusión y la negativa que la menstruación." (Friday, 1983:129)

En nuestra cultura, la menarquia es vista como "un acontecimiento que simboliza el comienzo de la madurez femenina, un *rite de passage*" (Ussher, 1991:46), un hecho importante a causa de su relación con la reproducción; y, al mismo tiempo, una especie

⁴⁵ Frase pronunciada por la madre de Elena en cuanto supo que ésta había tenido su menarquia.

de maldición o castigo que representa pérdida de libertad, zozobra, vergüenza y, para muchas adolescentes, "su primer contacto con los tabúes y restricciones que rodean sus cuerpos" (Ibidem, 51).

Al respecto, las cinco mujeres entrevistadas manifestaron haber experimentado ambas emociones hacia la menstruación; aún aquéllas que tuvieron una educación más abierta.

Andrea: "Yo creo que he pasado diversas etapas con eso de la menstruación. Ahorita creo que estoy en la *premenstrual* a todo lo que da, porque si me pongo muy, muy deprimida. Antes de eso tuve una etapa como de enojo, de ponerme de muy mal humor, de odiarme yo misma; no podía hablar con nadie en esos días, no, no, fatal. Y antes tuve una etapa de ¡uf, qué alivio, no estoy embarazada!"

Iris: "No tuve problemas con el hecho de menstruar, si acaso un poco de incomodidad, de molestia, en el sentido de 'ya ensuciaste tus calzones, ya los ensuciaste...', porque sí me parece algo sucio(...) Me desagrada ver la mancha(...) No sé de dónde venga esa sensación de suciedad."

Continuemos con el testimonio de Iris para mostrar una vez más la importancia de la comunicación no verbal en la enseñanza-aprendizaje de la sexualidad femenina. Ella declara no saber de dónde viene la sensación de suciedad que experimenta hacia la menstruación, su madre nunca le dijo "es algo sucio"; sin embargo, en el momento de la entrevista, como en una asociación libre de ideas⁴⁶, su memoria trae al presente dos hechos significativos: 1. "Recuerdo que mi madre siempre me decía: 'cuando menstrúes, tu toalla, envuélvela'", 2. "Una vez me llamó la atención —tal vez yo había dejado una

⁴⁶ Asociación libre de ideas: método que consiste en expresar sin discriminación todos los pensamientos que vienen a la mente, ya sea a partir de un elemento dado (palabra, número, imagen de un sueño, representación cualquiera), ya sea de forma espontánea.

Una idea que se le ocurre al individuo, al parecer en forma aislada, constituye un elemento que remite en realidad, consciente o inconscientemente, a otros elementos.

Jung pone en evidencia que las asociaciones que así se producen vienen determinadas por la totalidad de las ideas relacionadas con un acontecimiento particular dotado de un tinte emocional. El método de asociación libre es un componente esencial de la técnica psicoanalítica. No es posible establecer con precisión la fecha de su descubrimiento, que tuvo lugar progresivamente entre 1892 y 1898. (Información tomada del diccionario de psicoanálisis p. 35-37)

toalla por ahí tirada—, y la cara que puso fue como de..., como si estuviera dando una clase.

Analizando el ejemplo anterior, es posible inferir que el mensaje verbal y recurrente: "tu toalla, envuélvela", transmite a Iris la sensación de que una compresa de algodón usada y abierta es desagradable a su madre, probablemente porque la sangre menstrual causa rechazo en ella; asimismo, que el mensaje no verbal concretado en un regaño y un gesto negativo (que Iris no describe, pero que en el momento de la entrevista reproduce, y es de reprobación) actúa como reforzador del mensaje verbal, acentuando dicha sensación. Probablemente sea ésta, entre muchas otras, la causa de que Iris sienta que la menstruación es sucia. Ella misma hace la descripción de una toalla abierta y, acto seguido, declara que lo entendió así tras la insistencia de su madre para que la envolviera.

Iris: "Por higiene, ¿no?, porque se ve feo que entres a un baño, el mismo de tu casa, y encuentres una toalla *toda abierta*: es antihigiénica, desprende olores, bacterias... y también por una cuestión estética. Yo lo entendí así."

Anotemos, finalmente, que Iris dice *amar* los tampones porque le dan una sensación de limpieza.

"Soy muy cuidadosa con mi higiene *esos días*; desde que descubrí que puedo usar tampones, los amo, o sea, no los uso todo el día porque sé que hay que dejar salir *todo eso* (mensaje paralingüístico), pero los uso dos o tres veces al día porque me hacen sentir limpia."

Sin embargo, desde una lectura de lo no verbal, podemos inferir que los tampones le permiten mantenerse alejada de la toalla *manchada*, más exactamente: de la sangre menstrual. Actitud de rechazo que observamos en las cinco mujeres entrevistadas.

Ahora bien, con relación al desarrollo de los pechos, cuatro mujeres de nuestro grupo muestra coinciden en una experiencia: cuando llegó el momento, tuvieron que dejar de usar camiseta e integrar el corpiño o brassier a su guardarropa; las cuatro señalan este cambio como el mensaje más importante —y, en algunos casos, el único— que recibieron sobre el tema. Dos refieren el hecho como algo desagradable:

Iris: "Recuerdo ese cambio de la camiseta al corpiño, fue extraño: por un lado, yo ya quería usar corpiño para parecerme a mi prima (...), por otro lado, cuando ya lo usé, fue una sensación horrible: era sentirte partida (...) Ahora ya estoy acostumbrada (al brassier), pero en esa época me sentía apretada, aprisionada."

Karina: "Lo que no me gustó fue usar sostén (...) Me sentía como prisionera."

Para Andrea, el cambio significó formar parte de otro grupo de niñas: las que se iban a convertir en mujeres. Indira lo expone como algo tardío: "hasta la prepa usé camisetas"; en su caso, el crecimiento de los pechos significó un hecho vergonzoso que debía ser sometido al silencio: "ni siquiera podía pedirle a mi mamá que me comprara un brassier". Ella y sus hermanas (excepto una) intentaron que su desarrollo se percibiera lo más tarde posible: "hasta nos sentábamos así agachadas para que no se nos notara".

Estamos aquí, por tanto, ante un claro ejemplo de comunicación no verbal a través de la ropa. Código vestuario. El paso de camiseta a corpiño o brassier simboliza la transición de niña a mujer, y transmite a la joven diversos mensajes relacionados con esa parte del cuerpo que desempeña un papel importante en su imagen corporal e identidad sexual.

"Los pechos son importantes signos exteriores de sexualidad para la mujer en desarrollo, y continúan siéndolo después durante la vida adulta... Rosenbaum (1979) sugirió que la relativa carencia de visibilidad de los genitales femeninos, tanto literalmente como dentro del discurso concerniente a la sexualidad de las mujeres, resulta en que el desarrollo de los pechos viene a ocupar gran importancia en la conciencia de la adolescente." (Ussher, 1991:43)

Al respecto, las mujeres entrevistadas coinciden en que el uso de corpiño o brassier les transmitió, de una u otra forma, una sensación de aprisionamiento, de escisión.

En nuestra cultura, el desarrollo de los pechos —igual que la menarquia— significa para muchas adolescentes su primer contacto vivencial con los discursos promotores de la sexualidad escindida⁴⁷: “la arquetípica dicotomía de la madonna/ramera” (Ibidem, 44), “las madresposas y las putas” (Lagarde, 1993:203); el cuerpo femenino destinado a la procreación y el cuerpo femenino destinado al placer de los otros. En tal contexto, las jóvenes deben aprender nuevas formas no sólo de vestirse, sino también de moverse, comportarse, relacionarse..., que estén en consonancia con el tipo de mujeres aceptado positivamente en nuestra sociedad; dicho aprendizaje se lleva a cabo mediante formas de comunicación verbal y no verbal en la relación madre-hija. Sobre esto, Davis expone un ejemplo que resulta característico.

“Las adolescentes deben aprender nuevos movimientos corporales... Una niña puede desarrollar rápidamente en la pubertad senos de mujer adulta, pero luego deberá aprender qué hacer con ellos. ¿Encorvarse y tratar de ocultarlos? ¿Echarlos hacia delante de forma provocativa? Nadie le aconsejará claramente. Su madre no le dirá: ‘Mira trata de levantar el pecho un par de pulgadas y tira un poco más de los hombros. No seas demasiado provocativa, pero tampoco te ocultes del todo.’

Sin embargo, al verla encorvada, le dirá irritada: ‘Arréglate el pelo’. Si se excede hacia el otro extremo, le dirá que su vestido es demasiado ajustado o simplemente que parece una mujerzuela.” (Davis, 2000:24)

En la adolescencia, la dicotomía madonna/ramera se posiciona en el centro de la comunicación madre-hija. Como se mencionó anteriormente, las madres abrigan toda clase de temores relacionados con la manifestación de las potencialidades sexuales de sus hijas y la posibilidad de que éstas les traigan consecuencias graves; por lo tanto, la mayoría de los mensajes verbales y no verbales que emiten van encaminados a lograr

⁴⁷ Ver capítulo dos, apartado 2.2

que las jóvenes asimilen la división: mujeres buenas/mujeres malas, y aprendan a actuar en consecuencia.

En este sentido, frases como: *ahora ya tienes que cuidarte, ya eres una señorita, ya no puedes andar de loca* —que aparecen reiteradamente en los testimonios de las mujeres entrevistadas—, aluden a las potencialidades eróticas, vinculativas, reproductivas, y promueven la escisión sexual. "Ser señorita", nos dice Elena, "significaba no jugar con los niños ni andar por ahí corriendo; no podías ni pensar en tener novio." *Andar de loca*, en cambio (y en esto coinciden, de una u otra forma, los cinco testimonios), significaba establecer relaciones eróticas con los hombres, dar rienda suelta a los deseos, perder el control.

Surge aquí, de nuevo, la importancia de lo no verbal: la palabra *loca*, en sí misma, no tiene relación alguna con la manifestación libre de las potencialidades eróticas; es en este contexto específico, en la pronunciación aderezada con ciertos tonos de voz, gestos, miradas —expresiones kinésicas y paralingüísticas—, que adquiere dicha acepción. El término "loca", aparece en los cinco testimonios como sinónimo de "puta". *Puta vs señorita*; puta *versus* madresposa.

"Dos ideas fluyen la una al lado de la otra: por un lado, la de que el cuerpo femenino es impuro, corrupto, lugar de descargas y derramamientos de sangre, peligroso para el sexo masculino, fuente de contaminación moral y física, 'pórtico del demonio'. Por otro lado como madre, la mujer es benéfica, sagrada, pura, asexual, nutidora; y la potencialidad física de la maternidad —ese mismo cuerpo con sus vertidos de sangre y sus misterios— es su único destino y justificación en la vida." (Rich, 1986. en Ussher, 1991:34)

Al respecto, los cinco testimonios ofrecen numerosos ejemplos de este tipo de educación; donde los mensajes verbales y no verbales entran en una relación de complementariedad, reforzamiento y transmisión de emociones para lograrla. "Ya pronto

vas a ser una *señorita* y tendrás que *cuidarte*", "no puedes tener *relaciones* antes de casarte", "'si haces una *pendejada* allá tú', y yo sé que se refería a salir embarazada"; "no vayas a ser de esas viejas cochinas que andan *oliendo*", "siéntate bien, siéntate derecha, cierra las piernas", "tienes que llegar virgen al matrimonio", "la niñas bien, decentes, *no hacen eso*", "esas son mujeres malas, mujeres de la calle"; "cómo vas a dejar que un tipo te toque antes de casarte", "tienes que llegar de blanco al altar"...

Por último acotaremos que, en nuestra cultura, cada mujer se ve inevitablemente emplazada a uno u otro extremo de la dicotomía; y esto conduce —también inevitablemente— "a la consternación y escisión de la mujer individual, quien se ve obligada a negar un aspecto de su experiencia" (Ibidem, 32). Las cinco mujeres entrevistadas manifiestan que, en algún momento de su vida, se han sentido *putas* y *señoritas* al mismo tiempo.

Finalmente, haremos algunas anotaciones sobre la vida adulta. En esta etapa del ciclo vital, las mujeres ya han interiorizado la escisión sexual y se ha creado, entre ellas y su madre, un amplio código de comunicación no verbal que les permite comunicarse, incluso, sin decir palabra.

"Antes de que mi madre volviese la cabeza cuando yo entraba para cruzar su mirada con la mía... había aprendido a interpretar en un sólo golpe de vista las señales que me transmitía su cuerpo visto desde atrás." (Belloti, 1984; en Altable, 1991:42)

Más aún, este código de comunicación no verbal forma parte de un lenguaje corporal que comparten madres e hijas y que las identifica como tales. Es decir, en el proceso de enseñanza-aprendizaje del cuerpo femenino, la madre transmite a la hija una

gama de expresiones no verbales kinésicas, proxémicas, paralingüísticas... propias de su lenguaje corporal, que, posteriormente, forman parte del lenguaje corporal de la hija.

Al respecto, las cinco mujeres entrevistadas manifiestan —algunas abiertamente y otras de manera velada— que tienen gestos, miradas, formas de hablar, de moverse, de actuar..., iguales a las de sus madres.

Andrea: "Soy idéntica a ella. Me veo como en un espejo... Soy igual que mi mamá en los gestos, las actitudes, las palabras; mi mamá es igual a mi abuelita; entonces, las tres somos iguales"

Iris: "De mujer a mujer, mi mamá y yo somos muy parecidas... Todo es así, sin palabras; mensajes no verbales, como tú dices. Creo que mi mamá me enseñó mucho sin palabras."

Karina: "Soy muy parecida a ella, en el carácter, ¡y en los gestos!; luego Andrés me dice: 'tú dices que no, pero eres tu madre, en el pinche carácter que tienes, cómo hablas, cómo te comportas, eres ella. Ahí volvió a nacer tu madre.'"

Indira: "Creo que me parezco un poco a ella, pero no mucho, o bueno, en ciertas cosas, porque soy producto de ella "

Estamos aquí, por tanto, ante el resultado de un largo proceso de introyección de la figura materna. En la etapa adulta, las mujeres ya han asimilado muchos de los rasgos de carácter de la madre, sus concepciones, su forma de ver, de comportarse y de actuar frente al mundo. Dicha introyección opera en todos y cada uno de los aspectos de su vida; en el terreno erótico, en el vincutivo, en el reproductivo y en el genérico. "Nos introyectamos la madre crítica, llevándola de un lado para otro en la forma de sus restrictivas reglas, durante lo que nos quede de vida" (Friday, 1983:87). Esta madre internalizada actúa como vigilante y censor del comportamiento de la hija; veamos algunos ejemplos tomados de nuestro grupo muestra.

Karina: "Y, entonces, cuando estás con el chavo (se refiere a una relación erótica), te acuerdas de la confianza que te han dado, y de qué diría la sociedad, y tu mamá, si te viera en esos momentos, y entonces te detienes."

Indira: "Sabes que vas permitiendo cada vez más, y que él va haciendo cada vez más... Pero también sabes que eso (sustituto paralingüístico) no está bien. El mensaje materno es que las niñas bien, decentes, no hacen eso. Aunque yo ya tenía veinte años."

Elena: "Comenzamos a *fajar*, besitos, caricias, pero sin quitarnos la ropa... No sé si me penetró, no estoy muy segura; la verdad, es que yo estaba muy nerviosa porque, mientras *estábamos ahí*, no hacía más que pensar que yo no debía estar haciendo *esas cosas*, que está mal si no te casas. Tenía mucho miedo, pensaba en mi mamá."

Analizando las historias de vida de las cinco mujeres entrevistadas, encontramos que el lenguaje corporal que comparten madres e hijas representa una prueba concreta de la introyección de la figura materna. Cada expresión no verbal aprendida por la hija conlleva una actitud de la madre hacia algún aspecto de la sexualidad; por lo tanto, en la etapa adulta, la hija no sólo reproduce los gestos de la madre sino también las actitudes que los acompañan. Esto explica que entre ellas exista la posibilidad de comunicarse aún sin emitir palabras. No son necesarias. Muchas veces, madres e hijas pueden entenderse sólo con mirarse —lenguaje kinésico—, y aquéllas pueden influir en éstas incluso sin estar presentes. La hija se ha convertido en su propia madre. *Mi madre yo misma*⁴⁸. "Aquí es donde empieza uno de los grandes misterios femeninos. Todo el mundo puede ver que hemos asimilado muchos de los rasgos (...) de carácter de la madre" (Ibidem, 397).

⁴⁸ Título del libro de Nancy Friday, que versa sobre las relaciones madres e hijas. Ver bibliografía.

CONCLUSIONES

En el campo de estudios sobre comunicación humana, existe una línea de investigación, relativamente nueva, denominada: comunicación no verbal. *Relativamente nueva* dado que el interés por este tipo de comunicación surgió, entre los estudiosos de las interacciones simbólicas (antropólogos y sociólogos), en la década de los cuarenta, pero no fue sino hasta los años ochenta que cobró importancia entre los comunicólogos.

La comunicación no verbal (CNV) puede ser definida como la parte del proceso comunicacional que emplea señales distintas a las palabras dichas o escritas para la transmisión de mensajes: gestos, miradas, movimientos corporales voluntarios o involuntarios; tonos de voz, silencios, interjecciones; proximidad, distancia, espacios personales e interpersonales; vestimenta, uso de objetos, abalorios...; todos juegan un papel importante en la emisión y recepción de mensajes. No se puede no comunicar.

En un acto comunicativo entre dos o más personas —sea cara a cara, a través de un canal o de un medio—, las diversas manifestaciones de la corporalidad actúan como transmisores de información sobre la personalidad, la edad, el sexo, nivel socioeconómico, la pertenencia grupal; el estado de ánimo, la intensidad emocional, los afectos (por mencionar algunos) de las y los interactuantes. Por lo regular, los mensajes no verbales son codificados y decodificados a niveles subconscientes; adquieren significado según el contexto en el que son utilizados, y transmiten todo aquello que ni emisor ni receptor tienen intención de comunicar.

A fin de sistematizar los conocimientos obtenidos en relación con este tipo de comunicación, los estudiosos del tema han elaborado un marco teórico sobre los

orígenes, importancia, funciones y modalidades de la conducta no verbal. Entre las modalidades tenemos, por ejemplo: la kinésica o estudio de los gestos y movimientos corporales; la proxémica o utilización del espacio personal y territorial; el paralenguaje, análisis de las cualidades de la voz (intensidad, tono, timbre, ritmo), vocalizaciones (risa, llanto, interjecciones, suspiros, bostezos) y pausas o silencios; comunicación artifactual, que comprende la manipulación de objetos, vestimenta, abalorios, productos de belleza.

Asimismo, entre las funciones más importantes de la comunicación no verbal están el reforzar, complementar, sustituir, acentuar, contradecir o regular a la comunicación verbal. Ambos sistemas son interdependientes; los dos están unidos inextricablemente en el proceso total de comunicación. No obstante, los investigadores plantean que la CNV tiene mayor injerencia en el proceso: 65%, según Birdwhistell; 93%, Mehrabian

Sin embargo, sea cual sea el porcentaje de la CNV, hoy se sabe que existen interacciones humanas en las cuales los mensajes no verbales desempeñan un papel fundamental: cuando se juzga el estilo personal de alguien; cuando se responden preguntas que requieren de interpretación; cuando son evaluadas las emociones, ideas y actitudes de mujeres y hombres. *Cuando la cultura impone restricciones a la comunicación verbal, tal sería el caso de los mensajes relacionados con la sexualidad, en general, y la sexualidad femenina, en particular.*

Por otro lado, investigaciones realizadas desde una perspectiva de género han sumado a estos conocimientos, el planteamiento de que los códigos no verbales son utilizados de manera diferente por hombres que por mujeres; es decir, la forma en que las personas escuchan, perciben, codifican, decodifican, transmiten una información, está íntimamente ligada a su identidad femenina o masculina; esto es, a su género.

El género implica la forma de pensar, de sentir, de ser y estar en el mundo; los valores, los deseos, la autopercepción, la autoestima... Es una construcción simbólica que contiene el conjunto de atributos asignados a las personas a partir de su sexo (Lagarde, 1996). Dicha atribución se efectúa desde el momento en que nace una persona; y le es transmitida, principalmente, a través de códigos no verbales.

El enfoque de género nos permite entender que cada persona aprende a ser hombre o mujer mediante un largo proceso de educación, donde intervienen procesos de comunicación verbal y no verbal; y que el carácter de dichos procesos depende, a su vez, del género de sus participantes. Así, género y comunicación conforman una especie de mecanismo cultural que se inaugura desde el nacimiento, y se activa, una y otra vez, a lo largo de la vida. Comunicación y género son, pues, interdependientes.

Ahora bien, la instrucción genérica forma parte de un entramado mayor: la educación sexual. Todas las personas, mujeres u hombres, desde que nacen hasta que mueren, están expuestas de una u otra forma a ella; la cual comprende, además del género, la instrucción erótica, vinculativa y reproductiva.

La sexualidad es una construcción bio-socio-cultural e histórica que, en el caso de las mujeres, determina, constituye y organiza su identidad. La sexualidad femenina implica procesos de enseñanza-aprendizaje sobre el cuerpo, y en ellos intervienen agentes educativos como la familia, la escuela, la iglesia, el Estado... Sin embargo, es la familia y, en especial, la madre quien mayor influencia ejerce en la educación sexual de las niñas.

En nuestra cultura, la madre es la encargada de implantar la feminidad en su hija o hijas, la responsable de transmitirles las nociones acerca del cuerpo, el erotismo la

maternidad, lo decente, lo malo y lo bueno: la sexualidad escindida. Dicha transmisión se lleva a cabo mediante procesos de comunicación verbal y no verbal; no obstante, estos últimos desempeñan un papel fundamental, dado que uno de los mecanismos pedagógicos que impera entre madres e hijas es el silencio.

Al respecto, las cinco mujeres entrevistadas manifestaron que el silencio materno protagonizó su educación sexual. Las cinco coinciden en plantear que asimilaron las cuestiones relacionadas con su cuerpo a base de interpretar los silencios de sus madres; es decir, tuvieron que aprender a decodificar sus gestos, miradas, movimientos corporales; o, en términos de comunicación no verbal: sus códigos kinésicos, proxémicos, paralingüísticos, a través de los cuales fluía la información.

En este sentido, y a lo largo de la presente investigación, he podido comprobar que efectivamente la comunicación no verbal juega un papel fundamental en la enseñanza y aprendizaje del cuerpo femenino, relación madre-hija. Asimismo, encontré que su influencia es mayor en las dos primeras etapas del ciclo vital: infancia y adolescencia.

Desde el momento en que nace una niña, su madre le hace saber de múltiples formas sutiles y no verbales qué significa serlo, cómo debe comportarse y cuál es la relación que debe establecer con su cuerpo. Algunas señales no verbales son, por ejemplo, la ropa que le pone, el color de las prendas, los adornos; cómo la toca, la sostiene en brazos, le habla, la mira; los juegos, juguetes y tareas que le asigna, todas ellas van encaminadas a transmitirle la noción de feminidad —o identidad genérica— que, en nuestra sociedad patriarcal, está emparentada a características como: fragilidad, ternura, belleza, dependencia, temor, pasividad... Las cinco historias de vida ofrecen diversos ejemplos de esta educación genérica.

Ahora bien, con respecto a la educación erótica, sabemos que la capacidad para el placer se genera en el cuerpo a cuerpo con la madre, que la imagen erótica se construye en la relación madre-hija y que una valoración positiva de sí misma —o autoestima— depende de todo ello. No obstante, encontré que ninguna de las mujeres entrevistadas está completamente a gusto con su cuerpo. Todas comentaron que hay algo en él que no les agrada.

En nuestra sociedad, la relación madre-hija está regida por la deserotización entre ellas. La madre descubre sin deseo el cuerpo de la hija porque el mandato patriarcal fálico es muy claro en este sentido: sólo puede desear el cuerpo del varón, del hijo. Así, entre madres e hijas, se instaura la prohibición del deseo compartido. La madre debe apartar a la hija de sí, de su cuerpo; transmitirle su *no* deseo erótico por ella, lo cual trae como consecuencia directa la sensación de insatisfacción, de imperfección que las niñas —después mujeres— experimentan hacia sí mismas.

La madre transmite este *no deseo erótico* a la hija, principalmente, a través de mensajes no verbales: kinésicos, proxémicos, paralingüísticos. Las cinco mujeres entrevistadas comentan, por ejemplo, que entre ellas y sus madres existe cierta distancia física —mensaje proxémico—, que no hay con sus hijos. Las madres suelen ser más cariñosas, en términos de expresión corporal, con ellos.

De igual manera, la madre debe establecer la prohibición del autoerotismo en la hija, es decir, la niña debe aprender a tocar su cuerpo no en términos placenteros, sino sólo para limpiarlo o embellecerlo; todo ello transmitido, nuevamente, mediante códigos no verbales como: apartar la mano de la niña cuando se está tocando los genitales, muecas de desaprobación, miradas de enojo. Sobre esto, cuatro mujeres de nuestro

grupo muestra expresaron, de una u otra forma, su rechazo hacia la —comúnmente llamada— masturbación. Las cuatro manifestaron una sensación de desagrado, vergüenza, culpa ante la práctica.

La importancia de la comunicación no verbal se hace presente, de igual manera, en la adolescencia. El silencio permanece entre madres e hijas como canal trasmisor de las sensaciones y emociones que los cambios físicos de la joven, despiertan en ambas. En el caso de la menarquia, por ejemplo, encontramos que es a través de mensajes no verbales como se transmite, de madres a hijas, la noción de que menstruar es feo, sucio, vergonzoso; un hecho que debe ser escondido, callado, repudiado.

Por otro lado, pude constatar que las cinco mujeres entrevistadas recibieron mensajes verbales y no verbales en relación con la sexualidad escindida; que en esta etapa, dicha escisión se posiciona en el centro de la comunicación madre-hija, y que los mensajes no verbales funcionan, sobre todo, como reforzadores de los verbales. Al respecto, las mujeres de nuestro grupo manifestaron que, en algún momento de su vida, se han sentido en ambos polos de la dicotomía: madonna/ramera.

Finalmente, encontré que en la etapa adulta hay una especie de interiorización de la figura materna y de sus códigos de comunicación verbal y no verbal por parte de las mujeres. Además, entre ellas y sus madres existe un amplio código de comunicación no verbal que les permite comunicarse, incluso, sin utilizar palabras.

BIBLIOGRAFÍA

ALFARACHE LORENZO, Angela G.

2000 *Identidades lésbicas y cultura feminista. Una investigación antropológica*, Tesis de Licenciatura, ENAH, México.

ALTABLE VICARIO, Charo

1991 *Penélope o Las trampas del amor. Por una coeducación sentimental*, Mare Nostrum Ediciones, Madrid.

BAENA PAZ, Guillermina

1984 *Manual para elaborar trabajos de investigación documental*, Editores Mexicanos Unidos, México.

BUSTOS, Olga

1994 "La formación del género: el impacto de la socialización a través de la educación", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 I:267-298

CASTILLO MACHADO, Alfredo

1994 "La dimensión psicológica de la maternidad y la paternidad", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 II:371-399

DAVIS, Flora

2000 *La comunicación no verbal*, Ed. Alianza Editorial, México.

ECO, Umberto

1986 *Como se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Ed. Gedisa, México.

FERNÁNDEZ COLLADO, Carlos

2001 *La comunicación humana*, Ed. McGraw Hill, México

FERNÁNDEZ DEL VALLE, Elena

1998 "La 'envidia del pene' entonces y ahora. Las primeras polémicas en torno a la sexualidad femenina", en PALACIOS, 1998:123-143

FLAX, Jane

1995 *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*, Ediciones Cátedra, Madrid.

FRIDAY, Nancy

1983 *Mi madre, yo misma. Las relaciones madre-hija*, Ed. Argos Vergara, Barcelona, España.

FREUD, Sigmund

1981 *Obras Completas*, Ed. Biblioteca Nueva, 3 Tomos, Madrid, España

1981 (1925) "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica", en FREUD, 1981 I:2896-2903

1981 (1905) "Tres ensayos para una teoría sexual", en FREUD, 1981 II:1169-1237

1981 (1923) "La organización genital infantil", en FREUD, 1981 III:2698-2700

1981 (1924) "La disolución del complejo de edipo", en FREUD, 1981 III:2748-2751

1981 (1925) "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica", en FREUD, 1981 III:2897-2903

1981 (1931) "Sobre la sexualidad femenina", en Freud, 1981 III:3077-3089

GILBERT, Harriet y Christine ROCHE

1989 *Historia ilustrada de la sexualidad femenina*, Col. Relaciones humanas y sexología, Ed. Grijalbo, México.

GONZÁLEZ SERRATOS, Selma

1994 "La expresión autoerótica", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 I:539-571

IRIGARAY, Luce

1985 *El cuerpo a cuerpo con la madre, el otro género de la naturaleza, otro modo de sentir*, Cuadernos Inacabados 5, la Sal, ediciones de les dones, Barcelona.

KNAPP, Mark

1999 *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*, Ed. Paidós Comunicación, México.

LAGARDE, Marcela

1993 *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Col. Posgrado, UNAM, México.

1996 *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Cuadernos Inacabados 25, horas y HORAS la editorial, Madrid.

LAMAS, Marta

1994 "El problema de la igualdad entre los sexos", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 III:173-200

LAPLANCHE, Jean y Pontalis, Jean-Baptiste

1987 *Diccionario de Psicoanálisis*, Ed. Labor, Barcelona.

LAZAR, Judith

1996 *La ciencia de la comunicación*, Publicaciones Cruz, Col. ¿Qué sé?, México.

LERER, María Luisa

1994 *Sexualidad femenina. Mitos y realidades*, Ed. Piados, Buenos Aires.

LORENZO GARCÍA, José

2000 *Comunicación no verbal. Periodismo y medios audiovisuales*, Ed. Universitas, Madrid.

MALDONADO WILLMAN, Héctor

1998 *Manual de comunicación oral*, Ed. Addison Wesley Longman, México.

MATTELART, Armando y Michéle MATTELART

1997 *Historia de las teorías de la comunicación*, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, España.

McENTEE, Eileen

1996 *Comunicación oral para el liderazgo en el mundo moderno*, Ed. McGraw Hill, México.

MIRANDA ARCE, Raúl

1995 "El modelo psicoanalítico del desarrollo sexual", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 II:565-593

1994 "La identidad erótica; dimensiones personales", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 I:507-537

OLIVIER, Cristiane

1987 *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

PALACIOS, Agustín (Comp.)

1998 *Freud, su legado un año después*, Ed. Sansores y Aljure, México.

PEARSON, Judy C., TURNER, Lynn H. y W. TODD-MANCILLAS

1993 *Comunicación y género*, Paidos Comunicación, Ed. Paidos, España.

PÉREZ FERNÁNDEZ, Celia Josefina y Eusebio RUBIO AURIOLES (Coords.)

1996 *Antología de la sexualidad humana*, CONAPO-Miguel Angel Porrúa, 3 Tomos, México.

PICK, Susan

1994 "Panorámica de la investigación psicosocial en sexualidad en México" en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 I:97-121

RODRÍGUEZ PINTO, Mario

1994 "Desarrollo de las potencialidades sexuales de la infancia: reflexiones de un pediatra", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 II:491-514

ROJAS SORIANO, Raúl

1979 *Guía para realizar investigaciones sociales*, UNAM-FCPyS, México.

RUBIO AURIOLES, M. Guadalupe

1994 "Educación de la sexualidad en la infancia: métodos y contenidos", en PÉREZ FERNÁNDEZ, 1994 III:735-764

TUBERT, Silvia

1988 *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*, Ediciones El Arquero, Madrid.

USSHER, Jane

1991 *La psicología del cuerpo femenino*, Arias Montano Editores, Temas para debate, Madrid, España.

SCHRAMM, Wilbur

1982 *La ciencia de la comunicación humana*, Col. Tratados y manuales, Ed. Grijalbo, México.